Christmassy

lights of hope

(Luces navideñas de esperanza)

CH Starmis



SNOWLANDIC SERIES 4

Pandora

Christmassy lights of hope
(Luces navideñas de esperanza)

Snowlandic 4

Christmassy lights of hope
(Luces navideñas de esperanza)

Snowlandic 4

CH Starmis

Pandora

©CH Starmis, 2024
©Snowlandic 4 – Christmassy lights of hope, 2024
©Pandora Ediciones, 2024
Apartado de Correos 4015, 24010, León (España)
www.pandoraediciones.com
info@pandoraediciones.com

©Edición de cubierta: Pandora Ediciones

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: diciembre 2024
Registrado en Safe Creative.
Código de registro: 2410109768455
ISBN:
Editado en España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A los que no abandonan su espíritu navideño
ni siquiera en verano

“La Navidad es una necesidad. Tiene que haber al menos un día en el año para recordarnos que estamos aquí para algo más que nosotros mismos”

Arnold Eric Sevareid.

Extras que vas a encontrarte en este libro[1]

Este no es un libro al uso, es mucho más. Y, por ello, nos hemos visto en la situación de tener que incluir esta especie de *manual de instrucciones* para saber cómo sacarle el máximo partido.

En la serie de Snowlandic podrás encontrarte algunos extras que complementan la lectura de la historia en sí. Hay que tener cuidado porque en ocasiones puede haber algún spoiler así que, si quieres leer completamente a ciegas la historia, revisa estos extras cuando termines de leer. Se marcará debidamente la zona de extras al principio del libro para que no haya ninguna duda al respecto salvo *Pero esto no ha sido todo*, que irá justo al terminar el último capítulo.

A continuación, te explicamos lo que debes tener en cuenta.

Nota de autora: podrás saber más de la historia a través de las propias palabras de la autora y su relación con Mist Rachs. ¿Desvelará algún día todo lo que realmente conoce sobre este pueblecito?

Lista de personajes: en cada libro se van sumando nuevos personajes y puede que en algún momento dudes quién era alguno en concreto. Para ello se elabora una lista con todos los vecinos del pueblo, añadiendo en cada libro los turistas que vayan a aparecer si es el caso o los nuevos vecinos que iremos conociendo.

Introducción: siempre es agradable entrar en una historia con un ambiente determinado en tu cabeza y para eso se incluye este extra. Será el mismo en cada libro pero podrás sumergirte en Mist Rachs justo antes de comenzar la lectura.

Cuenta la leyenda: en cada libro se incluye una leyenda diferente que podrá tener relación con la historia que se desarrollará a continuación. Mist Rachs es un pueblo en el que dan mucha importancia a las leyendas, los cuentos y las tradiciones así que no podía faltar una dosis de las mismas también en los extras.

Lo que ha sucedido hasta ahora: a quién no le ha pasado querer empezar la continuación de un libro pero sentir que hay detalles de los que no se acuerda del anterior. Pues bien, hemos solventado eso añadiendo un resumen de lo acontecido hasta el momento justo antes de empezar la lectura. Porque las relecturas siempre son geniales pero a veces un breve resumen también viene bien, ¿no creéis?

Plano: como los personajes van a moverse por el pueblo constantemente, no viene mal saber dónde quedan las cosas así que un plano del lugar os será de mucha utilidad a la hora de saber dónde está el hotel, el mercadillo navideño o en qué calle viven algunos personajes.

Calendario de actividades: Mist Rachs vive la Navidad como ningún otro sitio lo hace y está bien saber qué talleres y actividades se llevan a cabo durante el mes de diciembre. Todo va a estar reflejado en este calendario para que os podáis hacer una idea de lo que van viviendo los vecinos del lugar. Cada año se irán añadiendo nuevas actividades y en todos los libros se marcarán los días que ya han pasado del mes (más oscuro) y de los que va a constar ese libro en sí mismo (más resaltado), para que tengáis todos los detalles y no os perdáis nada.

Pero esto no ha sido todo: y es que la historia no termina con el último capítulo, por ello se añade al final un adelanto de lo que podremos encontrar en el siguiente libro.

Nota de la autora

Todavía no me puedo creer que esta historia haya llegado al cuarto libro. ¡Estoy emocionadísima! Han sido muchas noches sin dormir para tener todo listo cada año, días de verano encerrada con villancicos sonando y velas de dulces de jengibre por toda la sala para intentar crear ambiente. Muchos nervios por los lanzamientos de cada uno y dudas sobre si una historia que no fuera solamente navideña cuajaría en un mercado tan saturado como está siendo últimamente el editorial. Había gente que me decía que me centrara en un tema, que no innovara, que lo original estaba destinado a las grandes voces de la literatura, que se lo podían permitir. Pero no pude resistirme a esto. No pude dejar sin voz a los habitantes de Mist Rachs y a todo lo que sucede allí. Y en estos años muchas lectoras me han escrito para contarme sus experiencias al leer esta saga y me he sentido aliviada al ver que este pequeño experimento no salió tan mal como me lo pintaban: Snowlandic estaba gustando a las fans de la Navidad, pero también a las que nunca les había hecho gracia esta festividad, porque se engancharon con el misterio que rodeaba al pueblo.

A veces es duro seguir tu instinto cuando te repiten tanto que no lo hagas porque vas a fallar estrepitosamente, pero nunca se sabe quién acabará teniendo razón en cuestiones de creatividad, así que no puedo estar más agradecida por la respuesta que las lectoras han tenido con esta historia. Cuando veo que decís que no empieza la Navidad hasta que no se publica un nuevo libro de Snowlandic, os aseguro que me echo a llorar de felicidad.

Y ya tenemos aquí el cierre de esta primera temporada, y yo sigo sin poder creérmelo. Siempre he leído tantos libros navideños y visto cientos de películas de ese género, que me parece increíble poder formar parte de algo así yo también. No sabría cómo agradeceros el cariño y el apoyo que recibo año tras año de todas vosotras. Sólo se me ocurre volver al año que viene con más Mist Rachs, un plato de galletitas de jengibre y una dosis extra de misterio en la nueva temporada.

No sé todavía cuándo ni cómo acabará esta aventura. Lo que sí os puedo asegurar es que continúo disfrutándola como el primer día. Y espero que eso sea algo que podáis sentir en cada página.

Ahora, acompañadme al cierre de la temporada navideña en Mist Rachs. ¿Estáis preparadas?

Personajes

Jenna: Chef y dueña del Jenna's dessert (Mist Rachs)
Philip: Chef y dueño del Philip Rest (Mist Rachs)
Loreen: Dueña del hotel Timeless (Mist Rachs)
Helen: Trabajadora del hotel Timeless (Mist Rachs)
Mathias: Trabajador del hotel Timeless (Mist Rachs)
Tom: Dueño de un taller, reparaciones varias (Mist Rachs)
Marie: Alcaldesa (Mist Rachs)
Olive: Contable en una empresa.
Max: Padre de Marie, Olive y padre adoptivo de Philip.
Erza: Madre de Marie, Olive y madre adoptiva de Philip.
Massie: Organizadora de Eventos (Mist Rachs)
Chas: Dueño de cafetería (Mist Rachs)
Andy: Hijo de nuevos vecinos en Mist Rachs.
Sally: Dueña tienda de antigüedades (Mist Rachs)
Lia: Abogada (Mist Rachs)
Tyra: Dueña tienda de ropa (Mist Rachs)
Rudolph: Ayudante en Philip Rest (Mist Rachs)
Jo: Cocinera en Philip Rest (Mist Rachs)
Erik: Cocinero en Philip Rest (Mist Rachs)
Rudolph: Ayudante en Philip Rest (Mist Rachs)
André: Camarero en Philip Rest (Mist Rachs)
Pete: Sheriff (Mist Rachs)
Annie: Desaparecida hija de Pete.
Christine: Peluquera (Mist Rachs)
Daiana: Profesora de patinaje sobre hielo (Mist Rachs)
Alan: trabaja en el invernadero (Mist Rachs)
August: Bibliotecario (Mist Rachs)
Cathy: profesora taller villancicos (Mist Rachs)
Gabriel: Teniente de alcalde (Mist Rachs)
Sandrine: Hermana pequeña de Gabriel (Mist Rachs)
Cynthia: Profesora de arte de Sandrine en un internado de Altas Capacidades.
Pascal: Dueño del puesto del mercadillo navideño de vino especiado y pretzels (Mist Rachs)
Edmund: Auxiliar en el ayuntamiento (Mist Rachs)
Frederick: Anterior teniente de alcalde (Mist Rachs)
Johann: Jefe del teatro (Mist Rachs)
Agatha: Profesora en Evergreen School (Mist Rachs)
Leo: Teleoperador emergencias.
Mike: Pareja de Annie.
Émilie: Mujer de Pete y madre de Annie.
John: Dueño tienda de alimentación (Mist Rachs)
Lou: Farmacéutico (Mist Rachs)

Intro

No sabría bien cómo describir el extraño y encantador pero casi desconocido pueblo de Mist Rachs. Es uno de esos lugares en donde no te detienes nunca aunque pases cada día por allí. No es que tenga un acceso complicado o esté prohibida su entrada por motivos gubernamentales. Tampoco es que sus habitantes mantengan en secreto su localización. Es un pueblo que cualquiera podría encontrar. Aparece en todos los mapas y es visible para los que estén por la zona.

Pero, por algún motivo, pasa desapercibido para demasiada gente.

Mist Rachs es el típico pueblo que desearías conocer en época navideña y quedarte allí a vivir por siempre jamás. Es todo un misterio el motivo por el que esto no le sucede a todo el que encuentra el lugar. A otros, sin embargo, les invade un sentimiento de pertenencia a ese pueblo al instante. La explicación a esto es un misterio que los habitantes del lugar temen que un día alguien quiera desentrañar por las consecuencias que podría acarrear.

Si te acercas algún día a Mist Rachs y sientes que debes visitarlo, haz caso a esa corazonada. Detente, entra y sumérgete en él. Pasea a orillas de su río o por entre las calles que hay al otro lado del mismo. Toma una taza de chocolate caliente con malvaviscos en su coqueta cafetería y atrévete a visitar las ruinas del misterioso castillo que se divisa desde cualquier punto del pueblo. Charla con los amables vecinos y maravíllate con cada rincón de ese idílico lugar, con sus casas de diferentes estilos y colores que parecen sacadas de un cuento de hadas.

Y si tienes la suerte de visitarlo durante el mes de diciembre, podrás asistir a concursos de decoración e iluminación. Hay carreras benéficas y teatros navideños sobre una blanca y brillante capa de nieve. El menú de su restaurante se llena de colores rojos, blancos y verdes, y puedes encontrar muérdago casi en cada esquina. Disfruta del olor a eucalipto y abeto, degusta dulces típicos y trata de alojarte al menos una noche en su hotel boutique: podrás pasar una increíble velada frente a la gran chimenea del salón central, viendo una película navideña con tu vaso de vino especiado en las manos.

Ojalá seas uno de los afortunados que tiene la necesidad de visitar Mist Rachs; nadie llega allí por casualidad y eso siempre significa algo. Pero mientras averiguas el motivo real de tu extraña visita, disfruta de cada uno de los instantes que pases allí.

Quién sabe, puede que incluso encuentres en Mist Rachs tu nuevo hogar.

Cuenta la leyenda…

Cuenta la leyenda que hace muchos, muchos años, habitaba estas tierras una engreída familia de nobles, odiados por todos en la región: los Rastchims.

Su castillo siempre estaba cerrado a cal y canto, custodiado por docenas de guardias, armados de arriba abajo, por si alguien del pueblo de Mist Rachs, situado a los pies del mismo, pudiera sentir la necesidad de importunarlos en su lujoso hogar. Las cosechas de las tierras de los campesinos iban destinadas prácticamente íntegras a los nobles, los cuales se hacían también con casi toda la reserva de leña de la región. Aquella familia había ido ganándose el absoluto odio de cada uno de los habitantes del pueblo, que veían cómo día tras día eran más pobres y desdichados, a la par que esa familia de nobles se enriquecía más y más.

Pero un día los Rastchims aprenderían que no se debe dar por hecho que siempre disfrutarás de la abundancia en la que ellos vivían sin ningún tipo de esfuerzo.

En la región comenzó un duro invierno, el más duro de cuantos se conocían hasta entonces. Los Rastchims estaban preparados para ello, por lo que no se preocuparon demasiado de aquella tormenta de nieve que parecía asolar el resto de regiones a su alrededor. Ellos podrían disfrutar de un apacible invierno sin complicaciones, ya que los campesinos del pueblo les habían colmado de reservas de sobra para todos ellos.

Un misterioso turista, de mirada vacía y cuerpo enclenque, llegó al pueblo el primer día de diciembre. Buscó cobijo para resguardarse de las bajas temperaturas que asolaban ya las zonas colindantes y preguntó por algo de comida para saciar el hambre que arrastraba desde hacía días. Todos y cada uno de los habitantes de Mist Rachs que encontró en su camino, le sugirieron que se quedara en su propio hogar, que compartirían lo poco que tenían con él y podrían darle un techo donde refugiarse de la tormenta hasta que pudiera emprender de nuevo su camino.

Aquel hombre estaba asombrado con la amabilidad de los vecinos de aquel pueblo que, no teniendo casi para ellos mismos, le brindaban su ayuda desinteresada. Les preguntó que cómo es que no estaban bien preparados para el duro invierno de la región, si habían tenido problemas con las cosechas ese año o no habían podido recoger la suficiente leña para sus chimeneas y cocinas. Los mistrachianos, uno a uno, le explicaron que todo se lo llevaban aquellos nobles que vivían lujosamente en el castillo de las afueras del pueblo. Sin embargo, los campesinos que les facilitaban todo aquello, estaban destinados a sobrevivir día tras día como podían, dándose apoyo entre ellos y compartiendo lo poco que les dejaban para subsistir.

Fue entonces cuando aquel desconocido decidió ponerse en camino hacia el ya mencionado castillo, queriendo conocer de primera mano a quienes estaban abocando a una vida de sufrimiento a gente tan maravillosa como los mistrachianos. Llamó a las puertas del castillo, del que emanaba calor a raudales y un aroma a especias que abría el apetito. Varios guardias salieron al momento, preguntándole qué es lo que quería de los Rastchims. El turista les pidió ver a los nobles, pero los guardias le dijeron que, sin audiencia, no podrían dejarle pasar. Rogó y suplicó verlos, alegando que tenía algo muy importante que anunciarles, que había venido desde tierras lejanas y no podía irse sin comunicarles su mensaje. Finalmente, aquellos guardias que custodiaban la entrada, decidieron escoltarle hasta el interior, en donde el turista pudo comprobar de primera mano el lujo entre el que vivían los nobles. Tapices y muebles maravillosos en cada estancia por la que pasaban, chimeneas a rebosar de leña cada pocos metros y reservas de comida

como para alimentar a todo Mist Rachs durante cinco inviernos. De las cocinas salían cada pocos minutos con platos exóticos y exquisitos que se llevaban rápidamente al lugar al que precisamente se estaban dirigiendo.

Al llegar, vio cenando a la familia de nobles de la que tanto había escuchado hablar, despreocupados por todo a su alrededor, disfrutando entre risas de los manjares que tenían frente a ellos, sobre una enorme mesa alargada de madera de la mejor calidad.

Los nobles fueron informados por su guardia personal de la presencia en la sala de aquel turista que tanto había insistido y que decía traer un mensaje que quería transmitirles directamente a ellos. Todos levantaron sus cabezas y dirigieron las miradas hacia aquel hombre enclenque que se erguía, orgulloso, al otro lado de la mesa, esperando a ser recibido.

Le indicaron que expusiera lo que tuviera que decirles con prontitud, ya que estaban en mitad de la cena. Él les pidió alojamiento y comida hasta pasar la tormenta, ya que la gente del pueblo no poseía casi nada y no quería hacerles el más mínimo gasto o temía que no podrían pasar lo que quedaba de invierno. También les expuso la necesidad de repartir con los mistrachianos algo de todo lo que ellos tenían. Al fin y al cabo, el pueblo era quien surtía a los nobles; no estaba bien que se quedaran con todo y, sin embargo, los campesinos sobrevivieran a duras penas unos metros más allá de las puertas del castillo.

Las risas comenzaron estruendosamente a sonar por toda la inmensa sala de comedor en la que estaban. Los nobles no se molestaron en contestarle. Pidieron a sus guardias que sacaran de allí a aquel vagabundo y lo echaran del castillo, volviendo a charlar entre ellos como si nada de todo esto hubiera pasado.

Fue entonces cuando algo se quebró en la noche, sonando como un rugido de puma o un rayo atravesando mil cristales.

Los nobles observaron el punto en el que se produjo ese ruido ensordecedor y quedaron asombrados al ver que el turista desaliñado que acababan de pedir que lo arrojaran de nuevo a su suerte, se transformaba ante sus ojos en un poderoso mago, ataviado con las mejores galas que habían visto en su vida. Lanzó entonces una terrible maldición que sumió de tristeza a aquella familia de nobles, pues obligaba a estos a valerse por sí mismos sin los mistrachianos, que vieron cómo sus despensas, como por arte de magia, se llenaban hasta rebosar de víveres y reservas con las que saciar su hambre y revertir el frío que estaban pasando. Los nobles, sin embargo, vieron ante sus ojos cómo desaparecía de aquella inmensa sala todo cuanto habían acumulado hasta la fecha. La cena se esfumó, los tapices y muebles se vieron reducidos a cenizas y todas las chimeneas del castillo se apagaron, ya que la leña desapareció de cada una de ellas. El mago les aseguró que todo volvería a la normalidad cuando aprendieran durante un solo mes a vivir como cualquier otro ser mortal sobre la faz de la tierra. Si lo conseguían, el mago restablecería cada uno de los tapices, muebles y víveres que había hecho desaparecer.

Primero fue la bajada de temperaturas que provocó un aumento del uso de la poca leña que les quedaba en el sótano. Pero los nobles no consiguieron que nadie del castillo se adentrara en el temible bosque, ya que solamente los Rastchims eran conocedores de sus trampas y sabían cómo salir sanos y salvos de allí. Los nobles no harían tal cosa y finalmente todo el servicio acabó abandonando el castillo, mudándose con los mistrachianos, que acogieron a todos ellos con los brazos abiertos, dispuestos a compartir los víveres que habían aparecido en cada casa de forma mágica.

Luego vino el desabastecimiento de comida. Los Rastchims no encontraron en ninguna parte del castillo nada que pudiera ayudarles. Ni siquiera sabían dónde buscar o cómo hacerse

con más comida, por lo que acabaron teniendo que sobrevivir con una mísera manzana al día, que compartían entre todos ellos.

El resto de la región pronto supo de las desventuras que los nobles de Mist Rachs estaban viviendo y decidieron aprovechar la oportunidad para vengarse por haber sido siempre una familia bendecida con la buena suerte. Pasaron a emitir una orden por la que les aumentaban la cuantía que debían pagar al rey. Pero los Rastchims no tenían forma de hacer frente a una desgracia más, hambrientos y agotados por todo lo anteriormente vivido.

La desgracia definitiva vino cuando la gran tormenta de nieve se acercaba a Mist Rachs. Sabían que no sobrevivirían a algo así sin comida ni leña en el interior del castillo. Rogaron finalmente clemencia al temible mago el mismo día que llegaba la tormenta y este les recordó que, si no eran capaces de enfrentarse a todo aquello, una desgracia peor caería sobre sus conciencias. Decidieron por unanimidad que era mejor enfrentarse a una sola desgracia que seguir soportando tantas seguidas; acabarían muriendo si la tormenta finalmente les alcanzaba esa noche como se preveía. Así pues, el mago hizo aparecer toneladas de leña en cada estancia para pasar el resto del invierno, víveres suficientes para que todos ellos pudieran alimentarse hasta saciar su hambre y llenó de monedas de oro las reservas del castillo para hacer frente durante varios meses a lo que el rey les había empezado a reclamar.

Pero cuando los Rastchims parecían aliviados por la aparente bondad del mago, este les recordó las consecuencias que sus actos acarrearían para toda la eternidad. El mago entonces sonrió de forma malévola, llenando de terror a todos los que estaban observando la escena. Y es que ese era el castigo final: llevó al bosque a la familia y se dispuso a separarles en el tiempo y el espacio, marcándoles físicamente en una de sus manos para que recordaran su castigo y jurando que jamás volverían a reunirse ni ellos ni las generaciones venideras. Si lo intentaban, él no permitiría que eso sucediera y tendrían que atenerse a las fatales consecuencias.

Los Rastchims lloraron de rodillas, pidiendo que tuviera algo de clemencia para con ellos. Los mistrachianos escucharon aquellos lamentos y salieron de sus casas, dispuestos a ayudarlos aunque esa familia se hubiera comportado tan mal toda la vida con ellos. ¿Cómo aquellas gentes podían seguir albergando tanta humanidad a pesar de todo?

Le expusieron al mago que diera algún tipo de alivio a la familia de nobles, que era justo que pudieran intentar resarcirse de sus errores de alguna forma. Y eso fue lo que finalmente hizo. Decidió regalarles un rayo de esperanza: cuando tres generaciones de Rastchims aprendieran a ser amables con la gente, colaboraran entre todos y dejaran su altanería para siempre, cuando no provocaran mal alguno en los mistrachianos y estos pudieran sentir compasión real por ellos, perdonándolos finalmente, las marcas de la maldición desaparecerían y aquella familia tendría una oportunidad.

Y es que en otra noche de tormenta, durante otro mes de diciembre, el castillo volvería a la vida tímidamente de alguna forma.

Cada generación de Rastchims desde entonces fue separada terriblemente por diferentes razones en cuanto conseguían formar una familia. Aquella maldición pasó de boca en boca, tratando de que no se perdiera en el tiempo y así mantener la esperanza de que un día conseguirían romperla de alguna forma. Pero la maldición se convirtió en leyenda, pasando de generación en generación como un sencillo divertimento en noches de tormenta.

Aun así, tanto los mistrachianos como los Rastchims actuales, sienten un profundo respeto hacia su pasado, sea o no parte realidad y parte leyenda, y siguen recordando las palabras del mago y aquella terrible maldición que una vez, hace cientos de años, marcó las vidas de toda

una familia para siempre.

Los niños en la escuela repiten desde entonces una tonadilla mientras juegan para no olvidarlo jamás.

Un desconocido vendrá
y a los Rastchims salvará,
una noche de tormenta
en el castillo se verá.
Nobles y campesinos,
todos juntos liberarán
a los Rastchims separados
y al mago por fin vencerán.

Lo que ha sucedido hasta ahora

Durante toda esta temporada navideña en Mist Rachs, hemos tenido varios turistas que han llegado, unos para quedarse definitivamente, otros para permanecer solamente unos pocos días y volver a sus hogares.

Ha pasado por el pueblo Jenna, una decidida cocinera que dejó todo atrás y consiguió encontrar su nuevo hogar en Mist Rachs, junto a Philip, el chef del pueblo, con el que terminó de crear el postre navideño por el que tanto luchó.

Con el segundo libro supimos más del propio Philip, que vio cómo llegaba su propia madre desde el pasado, conociéndola por fin, pero con la edad de quince años. Fue doble sorpresa para Jenna cuando se dio cuenta de que era la mismísima Sisi, famosa emperatriz, aunque todavía no hubiera conocido siquiera al emperador. Sisi, una chica curiosa y sensible, dudó si quería volver a su tiempo cuando leyó en la biblioteca lo que le esperaba. Finalmente consiguieron que regresara, con muchas incógnitas por resolver.

Tuvimos a la vez a dos visitantes que tienen incluso saga propia, Sara y Luca, la escritora y el guía turístico que llegaron algo perdidos al pueblo y que se quedaron unos días nada más. Pete desconfiaba de ellos, ¿pero de quién no? Y finalmente se vio que no tenía motivos para ello, porque aunque supieron que Sisi y parte de su familia estaban en el pueblo, y Sara estuviera escribiendo precisamente sobre este personaje histórico, tanto ella como Luca darían lo que fuera necesario por mantener ese secreto a salvo.

Vino el tercer libro cargado de amor y aventura, ya que hubo dos parejas que se formaron y una tormenta de nieve que acabó llegando a Mist Rachs. En cuanto al amor, por una parte tuvimos a Marie y Gabriel, dos amigos que estaban enamorados desde hacía tiempo, pero que ninguno de los dos daba el paso por miedo a perder su amistad. Por el otro, llegó una nueva visitante, Cynthia, invitada por la hermana de Gabriel. Es profesora en el colegio de Sandrine y esperaba comprobar de primera mano las historias increíbles que su alumna le contaba sobre su pueblo en la época de Navidad. Hizo amistad con Tyra, la vecina de Mist Rachs que regenta la increíble tienda de ropa en donde puedes encontrar lo que desees y no pagas nada si no vives en el pueblo. La búsqueda de Gabriel por todo el pueblo la noche de la tormenta de nieve unió más a estas dos últimas y propició que tanto Cynthia y Tyra como Marie y Gabriel se atrevieran a expresar lo que realmente estaban sintiendo los unos por los otros.

Nuevas sorpresas quedaron en el aire con el adelanto en las últimas páginas de la tercera entrega: dos nuevos visitantes, relacionados estrechamente con Pete, el sheriff, llegaron a Mist Rachs al día siguiente de la temible tormenta de nieve.

El pueblo ya ha tenido varios eventos, concursos y talleres navideños como el de patinaje sobre hielo, el de postres navideños, la cena previa al encendido de luces, el baile, taller y recital de villancicos, continúa el ciclo de películas navideñas, el concurso de envolver regalos, la función de Navidad en la escuela del pueblo y el accidentado concurso de Santa Claus. El mercadillo navideño sigue abierto y hemos llegado a la mañana de Navidad. En el restaurante de Philip puedes todavía saborear el postre navideño ganador de este año, el de Jenna, y ahora nos espera una última semana de infarto para que termine el mes de diciembre.

¿Qué más les depara el destino a los habitantes de Mist Rachs para terminar esta Navidad?

I

Pete

Parece que todo ha vuelto a la tranquilidad. Y es de agradecer, porque después de lo que estamos viviendo este mes en Mist Rachs, un poco de calma nunca viene mal. Sin embargo, mi labor no es descansar y participar en cada taller que Massie organice, sino velar por el bienestar de todo el mundo que vaya a participar en cada evento. A veces me convencen para asistir a algún sitio, como a la comida que organizaron hoy al mediodía, después de la ya mítica guerra de bolas de nieve navideña, pero estuve poco tiempo y volví a mi pequeño piso, justo encima de la comisaría, en la concurrida Red Avenue. Desde aquí puedo vigilar con bastante facilidad lo que sucede en la plaza principal del pueblo, donde suelen hacerse más actividades durante esta época. No es que tenga tiempo de descansar; el sheriff de Mist Rachs jamás podría hacer eso. Es sólo que necesito apagar mi mente de tanta felicidad navideña y conectar conmigo mismo durante un instante.

A veces necesito unos segundos nada más, otras veces me cuesta algo más de tiempo. La cuestión es que no puedo volver a mi trabajo hasta que no aparecen ellas de nuevo en mis pensamientos con todos sus rasgos, sus sonrisas y sus timbres de voz. Me obligo a mí mismo a no pasar página; me niego a hacerlo. Prefiero seguir sufriendo toda mi vida antes que sacarlas de mi mente.

Y la gente me dice que debo rehacer mi vida, buscar algo que realmente me apasione y darme unas vacaciones, pero no le veo el sentido a lo que me sugieren. Toda mi vida eran ellas y el destino me las arrebató. ¿Por qué iba a querer ser feliz si no están conmigo?

Veo por la ventana de mi pequeño salón empezar a iluminarse la calle con las cálidas luces de las farolas. Émilie amaba este momento del día, cuando todo el ajetreo iba terminando y la calma comenzaba a bañar los tejados de cada rincón de la ciudad. Vivíamos sin preocupaciones en nuestro pequeño hogar. Éramos una pequeña familia en un gran mundo. Nos queríamos, nos hacíamos felices y amábamos la vida. Desde que la conocí, en mi adolescencia, soñé con el futuro que podríamos tener juntos. Ella, al parecer, tenía sueños parecidos a los míos. Es por eso que nunca llegué a comprender por qué su rostro a veces desprendía una especie de halo de preocupación y tristeza. Los dos buscábamos ser felices y estar juntos, fuera como fuese. ¿Qué nos podía importar el resto del mundo?

Estaba ciego. Sí, puede ser. Estaba ciego por amor. Vivía por y para ella, tratando de hacerla lo más feliz posible sin pensar en las consecuencias que parecían cernirse sobre nosotros a gran velocidad.

Pero el ser humano es de lo más estúpido que existe sobre la faz de la tierra y yo no era una excepción.

Me di cuenta demasiado tarde. Maldita sea… Me di cuenta de que todo era verdad. Todo sobre lo que ella me había estado advirtiendo era angustiosamente real y ya nada podía hacer.

Nuestra suerte estaba echada.

Creo que la de hoy va a ser una noche tranquila, o eso espero. Cojo de nuevo mi gorra y me pongo la cazadora del uniforme para salir de casa y hacer otra ronda antes de que caiga por completo la noche.

Y volveré un día más a mi piso, vacío de felicidad y lleno de amargos recuerdos que colecciono a sabiendas de lo que duelen.

II

Anna

—Vamos, date prisa o no llegaremos a tiempo.

—Es que sigo sin entender por qué tenemos que usar estos ropajes —dice Mike con desesperación, intentando abrocharse la cremallera de su cazadora. Me acerco a él y le separo las manos para hacerlo yo misma, subiéndosela con una sonrisa triunfal—. Claro, a ti se te da genial porque eres de aquí.

—Me fui cuando era tan pequeña que pensaba al principio que todo lo había soñado —le recuerdo con una triste sonrisa.

Él parece sentirse culpable cuando me escucha decirle aquello y viene hacia mí. No extraño para nada sus ropas de siempre si puedo verle con unos vaqueros ajustados y un jersey de cuello alto. Está tan guapo en esta época, con su pelo negro impecable y recién afeitado, que siento deseos de besar sus labios a cada instante. Y él lo sabe. Es por eso que se acerca a mí en este momento sin perder la sonrisa. Su colonia frutal me envuelve hasta casi perder el control, aunque creo que ha sido más por el beso dulce y decidido que me ha dado. Mi corazón se acelera hasta que él lo nota y se separa de mí, sabiéndose ganador de vete tú a saber qué.

—Cuando quieras —me dice—. Yo ya estoy listo.

Sonrío, meneando la cabeza mientras me pongo el abrigo rojo y un gorro de lana a juego con el mismo. Mike se vuelve a acercar a mí y me coloca mejor el gorro, centrándolo en mi cabeza.

—Tenemos prisa —le recuerdo cuando veo que vuelve a mirarme a los labios.

—En esta época siempre hay tiempo para esto, ¿no? —pregunta, volviéndome a besar, esta vez de forma más superficial.

Coge luego mi bufanda y la coloca alrededor de mi cuello, dejándola lo suficientemente holgada como para que no me moleste demasiado, pero abrigándome para no coger un resfriado en un día como hoy.

—¿Salimos ya o…?

—¿Hay otra alternativa? —pregunta con voz decaída, caminando hacia la puerta de nuestra habitación.

—Sé que odias hacer esto, pero…

Llego hasta él y agarro su mano enguantada, recordándome que debo ponerme yo misma los guantes también antes de salir a la calle.

—No lo odio —comienza a decirme, girándose para mirarme y dejando de prestar atención al pomo de la puerta que aferra con la otra mano—, es sólo que… —Suspira antes de continuar hablando—. Siento que nos estamos perdiendo en todo esto. Tú y yo. Y que, cuando te des cuenta, ya será demasiado tarde.

Agarro su rostro entre mis manos y le acerco a mí para hacer que me mire a los ojos.

—Oye, no va a suceder eso, ¿de acuerdo?

—Sabes bien que no vas a querer regresar jamás a lo que teníamos antes.

—No es que no quiera, Mike, es que podemos tener mucho más en otra parte.

—¡Pero este no es mi mundo! —se queja, separándose de mí—. Yo no pertenezco a…

todo esto —dice con los brazos extendidos—. Soy un simple granjero que no sabe ni cómo funciona su mundo, así que imagínate lo que es estar descubriendo otro constantemente y teniendo que volver de nuevo al mío y…

—Pero, ¿no preferirías seguir viviendo así? —le digo, yendo hacia él de nuevo. Vuelvo a coger su rostro entre mis manos, aunque no parece muy contento por ello—. ¿No quieres tener todas estas comodidades? Porque te pillé el otro día tomándote una pastilla para el dolor de espalda a escondidas.

Va a agachar la mirada para que no vea la vergüenza en sus ojos, pero no se lo permito.

—Eso es muy diferente —se queja—. Hay cosas que podría extrañar, tienes razón, pero es peligroso hacer lo que estamos haciendo y tú lo sabes mejor que nadie.

—Sabes que tengo que…

—No, no tienes por qué hacerlo.

—¿Cómo que no? —Y ahora soy yo la que me separo de él—. ¡Es mi padre! ¿Qué se supone que tengo que hacer entonces?

—¡Dejarlo estar!

—Pero, ¿cómo…? —Camino por la habitación furiosa, tratando de calmarme—. ¿Estás diciéndome en serio que tendría que volver contigo, sabiendo que va a morir?

Su gesto condescendiente no hace más que aumentar mi enfado.

—¿Sabes qué? Puede que si no vinieras a meter tus narices donde no te llaman, a tu padre no le pasaría nada.

—¿Cómo te atreves a decir…?

—Tú no sabes qué pasaría si dejaras de intentar interferir en una vida que ya no es tuya, Annie. Puede que él muera cada vez que volvemos precisamente por lo que tú haces.

—Primero, no me llames así —le recuerdo—. Y segundo, no vuelvas a culparme de la muerte de mi padre. Creo que es de una crueldad totalmente innecesaria.

Parece que acaba de comprender del todo las palabras que me ha dicho y su gesto cambia de enfadado a preocupado. Viene hacia mí, pero yo le doy la espalda, así que coge mis hombros por detrás, hablándome al oído.

—Lo siento, cariño —me dice dulcemente—. Soy un idiota, no tendría que haber dicho algo así. Perdóname y salgamos de aquí, ¿te parece?

Y me gustaría sentirme mejor con aquella disculpa, pero me ha dolido que me pida perdón de esa forma.

Por él, no por mí.

Me giro de nuevo y le miro a los ojos. Coloco mis manos en su cintura y entonces él posa las suyas sobre mi espalda, acercándome más a su cuerpo, sabiendo que la discusión ha terminado.

—Sé que tú no quieres que hagamos esto y, aun así, me acompañas cada vez que regreso.

Asiente, esbozando una triste sonrisa.

—Porque te quiero —me dice—. Eres el amor de mi vida y jamás me separaría ni un instante de ti.

—Yo necesito hacer esto para poder pasar página y estar preparada para seguir adelante —le explico.

Pero no parece creer en mis palabras por cómo me está mirando.

—¿Estás segura de que, si salvas por fin a tu padre, tú podrás regresar al Mist Rachs del pasado, dejar todo esto atrás y ser feliz?

Sé que deberíamos tener esta conversación cuanto antes. Tendría que ser totalmente sincera con él y, sin embargo…

No, aún no. ¿Por qué adelantarnos a una posible discusión cuando hay tanto todavía que hacer?

—¿Sabes? Creo que esta vez por fin va a ser diferente —le digo.

—¿Por qué?

No creo que esté muy convencido con mi repentina positividad.

—Hemos encontrado bastantes cambios al llegar, ¿no es así?

Cojo su bufanda y ahora soy yo quien comienza a abrigarle.

—Sí, bueno…

Va cediendo poco a poco, consiguiendo que se le pase el mal humor que yo misma le estoy provocando constantemente.

—¿Te apetece que vayamos a por esas galletitas del Philip Rest?

Hace un gesto de salivación que siempre me provoca la risa.

—¡Por favor! —Abrimos la puerta por fin, saliendo al pasillo—. Oye, esta vez podríamos llevarnos alguna a casa. —Y viendo la cara que estoy poniendo, se ríe y vuelve a hablar—. Envueltas en una tela o algo similar, no creo yo que suceda nada, ¿no?

—Y hay que pasarnos también por la farmacia —le recuerdo.

Y como si se supiera de memoria la lista de la compra, me la recita de carrerilla.

—Tampones y pastillas para el dolor, ¿no?

Me río al ver que Mike es demasiado de este tiempo y ya muy poco del anterior.

—Y algún antigripal.

—Pero deja de hacer negocio con los vecinos, porque van a acabar provocando que nos quemen en alguna hoguera.

—Pero es que ese día me faltaba sal y… —protesto.

—Claro, claro… —dice ya de buen humor, riéndose conmigo al bajar por las escaleras, llegando al hall principal.

Allí vemos a una amable Loreen, dueña de este precioso hotelito, sonreírnos en cuanto nos acercamos a recepción.

—¿Un paseo nocturno por el mercadillo, chicos? —nos dice con voz melodiosa.

—Tengo antojo de manzana caramelizada —le cuento, medio mintiendo.

—Ay, esos antojos… —bromea ella.

Y creo que esto es algo que en todas las épocas se ha sabido su significado.

—¿Qué? —exclama algo nervioso Mike, mirándome con una sonrisa fingida y un gesto de absoluto asombro y terror por motivos que nadie se imaginaría en este tiempo a nuestra edad.

Yo me echo a reír por la confusión.

—No es de esos antojos —aclaro a ambos.

Loreen ríe conmigo al ver el nuevo gesto del pobre Mike, más que aliviado.

—Habrá que esperar —contesta ella—. Quién sabe si en este viaje…

Prácticamente empujo a Mike hasta la puerta que abro mientras despedimos a Loreen, saliendo al frío exterior por fin.

—Algún día estoy seguro de que podremos formar una familia —insiste Mike, empezando a caminar abrazados por el camino que conduce al centro del pueblo.

Niego con la cabeza algo triste. Porque esto es algo que me duele, pero es imposible que podamos hacer algo así. Al menos, no en la situación actual.

Y si esto no se resuelve, creo que no seré capaz jamás de regresar a mi vida anterior y avanzar.

—Ni siquiera estamos casados, Mike —le recuerdo.

—Eso no nos impide viajar y…

Me besa detrás de la oreja, haciéndome unas deliciosas cosquillas, provocándome la risa.

—Esto no es nada propio de nuestra época —le reprendo, bromeando.

Suspira, reemprendiendo la marcha.

—A veces ya no sé ni a qué época pertenezco.

Me detengo un momento, mirando aquellos ojos brillantes de los que hace tiempo me enamoré.

—Nos pertenecemos el uno al otro —le digo susurrando—. Donde estemos y cuando estemos, ahí será. Y con eso nos basta.

Me da un suave beso en los labios sin dejar de sonreír. Volvemos a caminar mientras le veo menear la cabeza, todavía sonriendo.

—No sé por qué te contaría Belmont todo aquello —dice ahora—, pero sólo por todo lo que estamos viviendo, creo que merece la pena.

Le miro sorprendida por el cambio de actitud repentina.

—Vaya, ¿en serio piensas eso?

Se encoge de hombros, rindiéndose a la realidad.

—Sé que me desespero y que no conozco todos los detalles. No soy tonto, Anne. Me doy perfecta cuenta de que ocultas muchas cosas de las que Belmont te contó después de romper el maleficio de aquel brujo, pero aun así, creo que hemos cambiado después de todo lo que estamos haciendo, y ha sido para bien. Me gusta ser como somos nosotros ahora —reconoce, bajando el tono.

—¿No querrías ser mejor como Agnes y August?

Ríe en cuanto le menciono a aquel matrimonio de nuestra época, el primero que me viene a la mente en este momento.

—No seamos como ellos nunca, por favor —me pide, haciéndome reír ahora a mí—. Creo que jamás se han visto ni los tobillos el uno al otro.

—Pues han tenido ya siete hijos.

—Me parece que lo hacen con las luces apagadas mientras rezan cien padrenuestros.

Vuelvo a reír con sus ocurrencias.

—Por poco me ahogo intentando aguantar la risa cuando le preguntaste aquella vez si no usaban algo para impedir tener más hijos.

—Se ve que le molestan las tripas de animal al señorito —se burla él—. Pero no le importa que ella tenga que pasar por un parto cada año, claro.

Dejo de reír y él me mira sorprendido, sin entender el motivo por el que ahora simplemente sonrío.

—Eres muy feminista para tu época, Mike.

Y sabe a lo que me refiero. Hemos hablado de este tema precisamente hace poco.

—Siempre fui así, eso no es algo que haya aprendido viniendo aquí —me recuerda.

Beso su afeitada mejilla, acariciándosela después.

—Y no te imaginas cuánto te quiero por ello. —Entonces recuerdo algo—. Necesitamos también llevarnos esta crema a casa.

—¿La que me he echado hoy? —dice, frotándose un instante la cara—. No te lo vas a

creer, pero la compré en el mercadillo navideño. —Hace una pausa, aguantando un momento la risa—. Es de un puesto medieval.

Ambos estallamos en risas, llegando ya a Snow Avenue, por donde entramos para ir directos a Mistletoe Square mientras caminamos entre escaparates decorados y gente yendo y viniendo alegremente con villancicos a nuestro alrededor.

Hay que reconocer que seguramente no pertenezcamos ya del todo a su tiempo, aunque le duela darse cuenta. Puede que yo lleve vagando entre dos épocas toda mi vida y a lo mejor todo esto no está haciendo más que empeorarlo. Pero lo cierto es que, a pesar de lo que sé y lo mucho que eso puede llegarme a afectar anímicamente a veces, Mike y yo estamos viviendo algo especial desde hace tiempo, algo que nos hace mejores personas y fortalece nuestra relación.

Es por eso por lo que voy a seguir luchando. Porque merecemos tener un futuro juntos.

Y nada ni nadie va a decidir por nosotros cómo, dónde o cuándo queremos vivirlo.

III

Michael

Si alguien me llega a decir que estaría la noche de Navidad paseando por un mercadillo navideño, bebiendo vino especiado y comiendo un pretzel junto a una hermosa chica, llegada desde el futuro a mi época cuando era pequeña, con gente alrededor hablando por el móvil de la última película que han visto en Netflix y del avión que tendrán que coger al acabar las vacaciones para volver a la oficina de la ciudad, en un enorme edificio de veinte plantas… Vale, no, nadie de mi tiempo me habría podido decir algo así. Ni siquiera entenderían la mayoría de palabras que estoy usando en esta enorme frase, porque esas cosas son del futuro y no existe nada de lo que vemos cuando regresamos a esta época.

La cuestión es que sí, es cierto, extraño todo esto cuando regresamos a casa. A casa… ¿Dónde es exactamente eso? Por increíble que parezca, en este tiempo me siento… Bien. De hecho, desde el primer día noté que no estaba fuera de lugar. Creí que me volvería loco, que no podría respirar este aire o algo parecido. No sucedió nada de lo que pensaba. Y me sentí tan cobijado por todos que el pecho se me llenó de paz. Cada instante que paso en este lugar, siento que me atrapa más y más, pero me resisto a reconocerlo en alto. Porque entonces significaría que no sé ni a qué tiempo pertenezco, y es un tema que hace que me vuele la cabeza. ¿Veis? Perfecto, hasta uso expresiones del futuro. En realidad no son sólo expresiones, es más bien el lenguaje entero de esta época el que manejo mejor que el mío propio. Es más sencillo y uno se acostumbra demasiado bien a él.

Y si sólo fuera el lenguaje…

Lo preocupante de estar cabalgando entre un tiempo y otro, lo peor de todo, es que la gente empieza a darse cuenta. Sobre todo, la de mi época. Nos ven diferentes, cambiados. Actuamos sin ser conscientes de ello de una manera más moderna y la forma que tenemos de ver las cosas no es la que era antes. Si nos duele la espalda, si tenemos que asearnos, si pasamos una gripe o tenemos hambre, todo cambia en un lugar o en otro. Incluso para vernos y comportarnos en público hay que adaptarse. La gente de mi época se escandalizaría sólo escuchándonos hablar entre nosotros de una manera tan íntima como hacemos aquí, besándonos y abrazándonos de forma natural. Nuestros vecinos son comprensivos y amables, tanto que con nuestra edad aceptan que todavía no estemos casados y con hijos sin llevarnos a la hoguera, pero lo que no se entiende es a veces difícil de explicar a gente que no ha tenido a su alcance nada de lo que existe en esta época.

Sí, lo reconozco, en el Mist Rachs actual soy muy feliz. Me siento realmente a gusto y sé que Anna también prefiere su propia época, con remedios químicos e higiénicos suficientes como para aumentar nuestra esperanza de vida prácticamente al doble de años. ¿Quién no preferiría algo así? Pero me resisto a quedarnos aquí, porque la situación de Anna es complicada por lo que he podido comprobar todas las veces que hemos cruzado.

Y no quiero ponerla en peligro.

El día que decidió contarme lo que estaba haciendo con tanto secretismo, fue porque la vi salir del bosque herida. Venía cojeando, con un brazo ensangrentado y un tobillo dolorido. No quiso explicarme las circunstancias en las que se hizo aquello, pero sí que me acabó contando lo

que llevaba haciendo unas cuantas veces. Y me costó creerla, pero, ¿cómo no hacerlo cuando la chica de la que llevas toda tu vida enamorado te confiesa su más preciado secreto? Después de eso, le pedí acompañarla. No porque no supiera arreglárselas sola, sino porque quería estar con ella en una situación así. Quería pasar esos momentos duros a su lado, demostrarla que podía contar conmigo para cualquier cosa en su vida. Porque antes de enterarme de todo esto, esa misma mañana iba a haberla pedido que se casara conmigo. Claro que después todo cambió y no he sido capaz de encontrar el momento adecuado, más que nada porque ni siquiera sabría qué decirle. ¿Dónde pasaríamos nuestra vida? ¿En el futuro? ¿En la choza de mi tiempo? ¿Trabajaríamos en algo extraño como con papeles y números y miles de letras o tendríamos que arar las tierras para sobrevivir? ¿Le juraría amor eterno hasta que la muerte nos separara, puede que un par de años después por unas fiebres extrañas que en mi tiempo te matan y aquí te lo curan en unas horas?

Se lo he intentado comentar en más de una ocasión. He tratado de hablarle de nuestro futuro juntos, pero ella no hace más que decirme que si no arregla lo que ha venido a hacer aquí, ella no podrá avanzar. Sé que antes quería tener hijos, pero en cuanto ha empezado a viajar a este moderno Mist Rachs, esa idea le pone demasiado triste cuando sacamos el tema, pensando precisamente en su propio padre y en la suerte que corre una y otra vez.

No sé si me oculta algo, lo siento así desde hace tiempo. Puede que no me haya contado todo. No sé los motivos que tiene para ello, si he demostrado de sobra que puede contar conmigo para lo que necesite. Pero aun así, aunque jamás supiera todos los detalles de esta locura, continuaré ayudando al amor de mi vida a poner en orden su pasado en el futuro.

Aunque me jugara mi propia existencia con ello.

IV

Anna

En esta ocasión, todo ha cambiado demasiado. Todavía no sabemos por qué, pero la gente está más alegre y hay un delicioso bullicio en todas partes, con los puestos del mercadillo abiertos y los vecinos entrando y saliendo de las tiendas, cargados de bolsas que comparten hasta llegar a sus decoradas casas. Algo es diferente y no sé qué hemos podido cambiar nosotros. La última vez no hicimos gran cosa, pero no hay tristeza por ninguna parte de Mist Rachs y parecen estar disfrutando de un diciembre navideño más que entretenido.

Y me encanta este cambio, así que voy a intentar disfrutar de él todo lo que pueda.

—Mira, son ellas —le digo con emoción, dándole un codazo.

Él levanta la vista hacia donde estoy mirando y sonríe al ver a Marie y Olive, mis amigas de la infancia, ya adultas y guapísimas. Las reconocí el primer día que volví a verlas, como si mi corazón hubiera sido quien le envió la orden al cerebro para recordar. Dios mío, ¡cuánto me gusta volver a hablar con ambas cada vez que vengo! Para ellas siempre es la primera vez, pero yo siento un tremendo placer al saludarlas o al encontrármelas de vez en cuando por las calles de Mist Rachs.

Recuerdo que la primera vez que llegué aquí, pensé que todo me asustaría. Los libros que encontré en la cabaña del bosque, en donde Belmont me dijo que hallaría mucha más información sobre mi pasado en el futuro, te hacían temer esta época. Nada de eso sucedió

cuando crucé el Rachs Pont. Fue como, literalmente, volver a casa. Cada calle y cada persona que me cruzaba iba refrescándome la memoria, esa que pensé durante muchos años que no tenía y que confundía con mis sueños infantiles. No, no eran sueños, o pesadillas, como las clasificaban todos a mi alrededor. Lo que yo contaba era real. ¡Todo era más que real! Así que, por supuesto, la imagen de esas dos personas que siempre aparecían en mis sueños, incluso en la actualidad, tenía que serlo igualmente. Mis padres.

Mis verdaderos padres tenían que ser reales y estar en alguna parte.

—¿No vas a saludarlas? —pregunta él, dando un mordisco a su pretzel, tirando a una papelera cercana el vaso ya vacío de su vino especiado.

—Es que no sé qué decirles esta vez.

Se echa a reír y besa mi sien, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo, rodeándome con el brazo que ya tiene libre. Su cuerpo siempre huele a hogar y me encanta estar muy cerca de él.

—Sabes que puedes decirles siempre lo mismo porque para ellas es la primera vez que te ven.

Eso me pone triste y él lo nota, porque vuelve a besarme en la sien, acariciando mi cintura con su pulgar. Cada vez que venimos, intento al menos saludarlas y en alguna ocasión termino charlando con ellas de todo un poco, empezando a hacerme amiga de nuevo, como si el tiempo no hubiera pasado. Pero nada más que tengo que volver para intentar salvarlo, todo se ha reiniciado y el bucle comienza de nuevo. Ellas siguen sin reconocerme y yo vuelvo a cruzarme con ambas, extrañándolas y queriéndolas cada día más.

El dilema de qué decirles se termina de golpe cuando alguien pasa por nuestro lado corriendo y nos medio empuja a los cuatro, haciendo que choquemos entre nosotros, provocándonos la risa.

—Perdonadnos —dice Olive, todavía riéndose—. ¿Os he tirado algo de chocolate o…?

—No, no pasa nada —le aseguro sin dejar de mirarla, con ganas de echarme a sus brazos.

Y entonces pienso en que en unos días puede que tenga que regresar y ella no se acuerde ya de nada, así que…

—¿Puedo abrazarte? —le pido, extendiendo mis brazos hacia ella, con infinitas ganas de llorar por si me dice que no.

O que sí.

Ella mira un momento a su hermana, que está frunciendo algo el ceño mientras me mira a mí, sonriendo levemente.

—Bueno, yo… Claro, sí —dice por fin Olive, haciendo que salte de la emoción y me acerque a ella después de todos estos años.

Porque las veces que he vuelto hemos hablado, pero ni siquiera me he atrevido a tocarlas. Y ahora estoy abrazando a una de mis amigas de la infancia, con la que más jugué y más travesuras hicimos juntas. Tengo pocos recuerdos de aquella época, pero todos son maravillosos gracias en parte a ellas.

Suelto el cuerpo de mi amiga poco a poco, temiendo que en cuanto lo haga, haya sido todo un sueño y se esfumen ambas delante de mí, despertando en mi camastro de la choza en donde vivo en el otro lado, muy lejos en el tiempo de aquí.

—¿Nos…? —comienza a decirme ella, algo extrañada todavía por mi reacción al verla—. ¿Nos conocemos?

—Eh… No, no nos…

—Es que te he abrazado y… —Ríe de manera nerviosa ahora, mirando de nuevo un

instante a Marie—. Era como si nos conociéramos. Qué tontería, ¿verdad?

—Sí, una tontería muy grande —dice Mike, riéndose también para disimular que empieza a ponerse nervioso—. Bueno, nosotros tenemos que…

Tira de mí, pero Olive agarra mi brazo y me frena.

—¿Eres de Mist Rachs? —insiste ella.

—Olive, que acabas de conocerla —le recuerda Marie, no entendiendo qué le pasa a su hermana—. ¿Cómo va a ser de aquí?

—Pues porque… Podría ser —le dice ella sin explicar nada concreto y sin dejar de mirarme—. ¿No eres entonces de aquí?

Mike ya no sabe si toser o carraspear y yo no tengo ni idea de salir de aquí.

—Hacía mucho tiempo que no venía —respondo sin contestar a su pregunta en realidad, rezando para que esto funcione y deje de preguntar.

Temo que si les cuento la verdad, me traten de bruja y me quemen o algo parecido.

—¿Segunda o tercera vez? —pregunta la insistente Olive.

Acabo de desbloquear un recuerdo: mi amiga nunca se rendía ante nada ni nadie.

—Olive, por favor, que te pareces a Pete —le dice Marie, medio riéndose.

—¿Pete? —pregunto yo esta vez.

Marie toma la palabra ahora para que su hermana pueda coger fuerzas y volver a preguntar después algo más.

—Nuestro sheriff —nos dice—. Es un poco… inquisitivo.

—Ah, el sheriff —disimulo como puedo la sonrisa que siento que quiere incluso romper mis labios—. Sí, nos lo encontramos hace unas horas al llegar al pueblo.

—Espero que no os haya molestado demasiado —vuelve a hablar Marie con voz dulcísima, provocándome cosquillas en la nuca—. Él es un poco… Especial, digamos.

—Tocapelotas, digamos también —añade Olive, haciéndonos reír a Mike y a mí con esa palabra—. Pero es muy buena gente, de verdad. Es sólo que lleva a otro nivel el tema de la protección del pueblo.

—Claro…

—No lo lleva en la sangre… Pero casi —dice ahora Olive.

¿Qué es lo que acaba de decir? ¿Ella sabe algo que podría serme útil en esta ocasión?

—¿Cómo?

—Sí, ya sabes… —dice ella, gesticulando.

—No lo sé, pero si tú me lo dijeras… —respondo, bajando el tono.

—Bueno, claro, yo sé porque le conozco —me dice, empezando a fruncir el ceño—. Pero tú…

Y creo que no voy a sacar nada de todo esto.

—Da igual —comienzo a decir, no sabiendo ya cómo puedo salir de esta—. No pasa nada. Nosotros…

Miro a Mike para que me ayude y él parece despertar del letargo en el que se había sumido.

—Sí, eh… ¿Suena un vibrador? —me dice, como si no recordara el nombre concreto del aparato que tantas veces estamos viendo desde que cruzamos. Le cuesta aprender la palabra móvil y siempre la sustituye por algo diferente.

Veo a Marie y Olive aguantar la risa, pero no sé por qué.

—¿Un vibra…? —comienzo a preguntar distraídamente, empezando a mirar a nuestro

alrededor por si es el de mis amigas de la infancia el que suena—. La verdad es que cuando esos aparatos empiezan a moverse…

Ellas ya no aguantan más y ríen a carcajadas. Y al ver que ambos no entendemos por qué les ha dado la risa, intentan calmarse para explicarnos.

—¿Un vibrador? —nos dice Olive, ya que a su hermana parece darle vergüenza—. ¿Tú tienes uno en el bolso y se ha activado de repente?

—No, la verdad es que yo no llevo un…

Señalo con la mirada el móvil que una de ellas lleva en la mano y vuelven a reír.

No entiendo nada.

—La vibración del móvil —aclara Marie, tapándose la cara con las manos.

Vale, se ve que me estoy perdiendo alguna gracia interesante, pero por mucho que me esfuerzo, no la comprendo.

—Creíamos que os referíais a un vibrador de verdad —dice Olive—. Ya sabéis…

Empieza a hacer unos extrañísimos gestos, pero no, no lo comprendemos todavía.

—¿No sabéis qué es un vibrador? —nos pregunta Marie.

—Pues…

No pienso reconocer abiertamente que no tengo ni idea, pero…

—A lo mejor ellos en su tierra lo llaman de otra forma —le dice Olive a su hermana, y ella misma saca el móvil, tecleando algo que luego nos enseña—. Esto.

Vemos unas cosas extrañas de distintos colores, alargadas y…

¡Ahora por qué se asombra Mike!

—¿Ya sabes lo que es? —le pregunto. Pero al mirarle, veo que está completamente rojo, como si hubiera estado arando durante tres días seguidos bajo el sol—. ¿Qué es lo que te pasa?

—¿Cómo lo llamáis vosotros? —pregunta Olive, realmente intrigada.

—No me parece prudente hablar de algo así con unas damas —exclama Mike, de repente cohibidísimo.

Pero mis amigas de la infancia se ríen de nuevo, aunque no muy contentas con la respuesta de él.

—Entre mujeres o entre hombres se puede usar el mismo lenguaje —le dice Olive sin esconder su malestar—. ¿Acaso piensas que estamos en la Edad Media?

—¿La Edad… Media? —pregunto.

—Ya sabéis, eso de los caballeros y las damiselas en apuros, y reyes en castillos, y gente luchando con espadas —comienza a explicar Olive, gesticulando excesivamente con cada cosa que dice. Y se queda mirando a Mike—. Y chicos que tratan a las mujeres como si fuéramos tontas.

—Oh, no, de verdad, ¡no era mi intención! —empieza a disculparse Mike—. Es que vi eso y… Lo siento mucho.

Olive menea la cabeza y su hermana le da un codazo para que tenga piedad de nosotros. Suspira, y eso espero que signifique que va a dejarnos vivir.

—Perdonadme, pero acabo de estar con una fuerte gripe y a lo mejor estoy algo…

—Insoportable —termina Marie la frase por ella, haciéndonos reír a todos, incluso a la propia Olive.

—No pasa nada —les digo—. Bueno, nosotros ya nos vamos.

—Claro, sí… —nos dice Olive. Pero cuando ya nos estamos alejando, vuelvo a escucharla—. ¿Os habéis apuntado al taller de cata de mañana?

—¿A dónde? —pregunto, no entendiendo.

Y ahora temo haber preguntado otra cosa que vaya a desembocar en una nueva pequeña tragedia.

—A probar chocolates y vinos especiados navideños —explica Marie.

—Eh… No, la verdad es que hemos llegado hoy y no hemos…

—¡Apuntaos! —nos pide Olive—. Todos los años es muy divertido. —Y se me acerca tanto que me asusto un poco—. Así te explicamos qué pasa con eso del vibrador y por qué puede que tu novio se haya sorprendido tanto al verlo.

Ambas sonríen y parece que de verdad quieren que vayamos. Miro a Mike y sé que me está diciendo que es peligroso, porque cuanto más interactuemos con la gente de este tiempo, más oportunidades tenemos de meter la pata y acabar en una mazmorra cuando menos. Además, tenemos que hacer cosas antes de que todo vuelva a suceder. Pero tengo frente a mí a Olive y a Marie, como cuando jugábamos de pequeñas a acercarnos lo más posible al bosque antes de que nuestros padres nos riñeran. Y tengo poquísimos recuerdos con ellas.

Y quiero poder recordar más cosas cuando todo esto acabe.

—¿Dónde decís que tenemos que apuntarnos a eso? —pregunto.

Ambas ríen encantadas mientras Mike refunfuña algo por lo bajo, aunque no se le nota exteriormente enfadado. Sabe que soy así y me quiere de todas formas.

—Vosotros estad mañana aquí mismo, en el mercadillo, a las diez en punto —nos explica Olive—. En la caseta de Pascal. —Y señala algo a nuestra derecha, viendo entonces un letrero con las palabras *vino especiado y más*—. Ya me encargo yo de que os añadan a la lista de alumnos, ¿de acuerdo?

—¡Perfecto! —se me escapa decir con voz emocionada.

Eso parece haberles hecho gracia a mis amigas, porque ríen mientras, ahora sí, se alejan de nosotros. Y entonces veo el gesto de Mike, observándome con resignación absoluta mientras suspira.

—¿Te das cuenta de…? —comienza a decir.

—Lo sé, pero es que no he podido evitarlo.

Vuelve a suspirar, cogiéndome por la cintura y empezando nosotros dos también a caminar.

—Mañana tendríamos que estar buscándole si queremos tenerlo vigilado esta vez —me recuerda.

—Pero el mercadillo está en un lugar privilegiado para estar pendientes. Además, el resto de veces que hemos venido, las actividades las habían suspendido y esta vez parece que no. Podríamos enterarnos del motivo y sacar algo en claro.

Menea la cabeza y entonces se ríe levemente, sabiendo que va a tener que ceder e ir a probar cosas ricas navideñas la mañana siguiente.

—En fin, qué le vamos a hacer. —Y me mira—. ¿Tenemos de esas pastillas que curan el dolor de estómago? Porque seguramente vaya a necesitarlas.

Me echo a reír con él, volviendo a nuestro merecido paseo por el mercadillo de Navidad.

—Oye, una pregunta —le digo ahora, deteniéndome y haciendo que me mire al instante —. ¿Qué es lo que viste en lo que te enseñaron para que…?

Empieza a enrojecer, pero no se comporta como con Marie y Olive. Me mira de reojo y vuelve a caminar, agarrando mi cintura.

—Eso te lo tendré que explicar cuando quieras que tengamos hijos, cariño.

Y de repente comprendo.

Acaricio la marca de nacimiento que tengo en la palma de mi mano, como siempre hago cuando estoy algo nerviosa, como si ese gesto me calmara un poco y me acercara de alguna forma a mi familia.

—Bueno, pero aunque no tuviéramos hijos…

Vuelve a reír, frotándose la cara por los nervios.

—Es cierto, lo siento. Creo que todavía no estoy muy adaptado a esta época.

—Ya ves que yo tampoco lo estoy mucho, porque ni siquiera sabía qué era eso tan grande que…

—A ver —me corta—, ahora no pienses que eso va a ser así, porque… no tanto.

—¿El qué?

—Pues… eso.

—Eso —repito, haciéndole resoplar con frustración.

—Necesito otro vino especiado —sentencia.

Me echo a reír, contagiándole a él.

—Creo que yo también —reconozco, aumentando nuestras risas por un instante.

Seguimos caminando, intentando no pensar en nada más, guardando las fuerzas para lo que queda por llegar.

Porque las vamos a necesitar.

V

Pete

Ser sheriff en un pequeño pueblo es la cosa más tranquila del mundo. No hay mucho que hacer salvo velar por la seguridad de todos sus habitantes y poco más. No se suelen meter en líos, no hay casi problemas que resolver…

Pero mi trabajo es algo muy distinto.

Ser sheriff de Mist Rachs es velar por una seguridad que puede verse amenazada de forma constante y peligrosa. Tienes que tener mil ojos en todas partes, porque la situación más insignificante puede convertirse en una catástrofe mundial. Además, necesitas conocimientos de sobra en demasiadas áreas en las que ni siquiera existen especialistas a los que poder consultar. No puedes pedir refuerzos porque en la mayoría de ocasiones la ayuda sería contraproducente, por lo que estás completamente solo frente al peligro constante que amenace el lugar.

Demasiado solo.

Sobre todo, con ellas dos sólo en mis recuerdos.

—¿Cómo que dos participantes de la Edad Media? —pregunto a Pascal al revisar los que están apuntados para el taller que dará comienzo en unos minutos.

Él se encoge de hombros, con ese gesto tan suyo que quiere decir que ni sabe ni le importa.

—Eso es lo que Olive ha apuntado al llegar —responde, volviendo a su tarea de llevar de aquí para allá vasos y utensilios que tiene por dentro de la caseta.

—Así que Olive —digo para mí mismo, buscándola con la mirada por toda la plaza—. Oye, ¿este taller no era en la cafetería de Chas?

—Sí, pero necesito dejar todo recogido, sheriff —me explica como en un quejido por estar interrumpiéndole—. Creo que Olive se fue por allí —y señala el fondo del pasillo de casetas.

Muy bien, pillo la indirecta.

Le dejo seguir a lo suyo por ahora, ya que tengo que preguntarle a Olive de qué se trata aquello de apuntar a *dos personas de la Edad Media*.

Y ahí está ella, al dar la vuelta a la hilera de casetas, ataviada con su abrigo gris de paño y gorro y bufanda de lana rosa. Habla distraídamente con su inseparable hermana mientras ríen ambas hasta que ven llegar a Gabriel. Es entonces cuando el gesto de Marie se dulcifica al darle un tímido beso que su hermana aplaude como si fuera una de las mayores maravillas del universo. Olive siempre ha sido así de entusiasta con todo; no me explico cómo puede sobrevivir en el aburrido trabajo de oficina que tiene. Siempre que la veo, y son muchas veces cada día durante las navidades, la imagen de ella cuidando y jugando con Annie me viene a la mente. Era unos años mayor que mi niña, pero se llevaban bien, igual que con Marie. Las tres eran inseparables y era una locura mantenerlas quietas en el mismo sitio mucho rato.

Puede que por eso…

—Buenos días —digo en alto, haciendo que los tres se giren hacia mí—. ¿Estáis pasando una buena mañana?

—Una helada mañana, más bien —comenta Gabriel de buen humor.

—¿Tu tobillo ya está mejor? —le pregunto, viendo que hoy no ha sacado siquiera algo con lo que apoyarse.

Gabriel lo mueve, mostrándome lo recuperado que está.

—Lou hace magia —me dice, mencionando a nuestro farmacéutico.

—¿No tendríais que estar en el ayuntamiento? —les pregunto ahora a él y a Marie.

La alcaldesa y su teniente de alcalde no creo que deban estar todo el día por ahí.

—Hoy nos hemos cogido el día libre y vamos a asistir a la cata —me explica Marie—. ¿Te animas, Pete?

—No, gracias, algunos tenemos que trabajar —les respondo con toda la seriedad que el momento requiere. Y me dirijo por fin a Olive—. ¿Qué es eso que has apuntado en la lista de asistentes al taller de Pascal?

—¿Qué he apuntado, Pete? —pregunta con un deje en su voz poco educado.

—Los asistentes de la Edad Media —le recuerdo—. ¿Se puede saber qué es de lo que no me he enterado esta vez?

Gabriel parece no entender tampoco, pero ellas dos se ríen con ganas por mi pregunta.

—Pete, no te preocupes —me dice Olive—. Ayer conocimos a una pareja muy maja y eso que escribí es una broma interna entre nosotros. Les dijimos que les apuntaríamos al taller, pero no conocía sus nombres, así que usé esa broma para que se reconocieran en la lista.

—Tenéis bromas internas, pero no sabes ni sus nombres y dices que no me preocupe —le recrimino.

—Pero Pete, hombre, que todo va bien —me dice ahora Gabriel, posando su mano sobre mi hombro unos interminables segundos—. No te preocupes, que no pasa nada, ¿de acuerdo?

—Dice el que por poco muere congelado en el castillo —le recuerdo.

—*Por poco* es el matiz, exacto —puntualiza Olive ahora, continuando de buen humor a pesar de las circunstancias.

—Parece que no os estáis dando cuenta de lo inusual que está siendo todo en estas navidades —les digo, intentando hacerles entrar en razón.

Pero ellos sonríen con condescendencia.

Menuda pérdida de tiempo es tratar de explicar la importancia de mi trabajo a estos tres mocosos.

—Mira, ¡ahí llegan! —exclama Olive, observando algo por encima de mi hombro—. Ahora comprobarás que no son de la Edad Media.

Marie y Gabriel se ríen mientras yo me giro para ver quiénes son aquellos dos a los que Olive se refería. Es entonces cuando veo a la pareja que apareció como de la nada justo al terminar la tormenta de nieve ayer mismo, con poco equipaje y dispuestos a pasar un número indefinido de días en Mist Rachs.

—Sospechosos —murmuro.

—Para ti todo el mundo es sospechoso —se queja Olive, habiéndome escuchado.

—Y para ti no lo es nadie —le reprocho.

Pero ella ya no me está escuchando. Se ha adelantado y abraza a aquella chica de rubios cabellos largos con gorro de lana y bufanda abultada. Parece algo nerviosa al verme. Mira al chico que viene con ella, pero este está observándome de arriba abajo detenidamente.

Sospechoso.

Muy sospechoso.

Michael

Todo lo que está pasando en esta ocasión es muy diferente y no sabemos por qué. En realidad, algo ha cambiado desde el principio: Pete no tendría que haber estado paseando por esa zona del pueblo a nuestra llegada y ahí vimos que algo no iba como siempre. Y es bueno, cierto, pero en esta ocasión andamos un poco a ciegas por ese motivo.

Y ahora esto.

Tenemos frente a nosotros a Pete con mirada inquisitiva, y juro que quiero que me trague la tierra y me escupa en mi tiempo para no tener que dar las explicaciones laboriosas que seguramente vaya a solicitarnos a continuación. Anna no quiere que nadie sepa nada, pero esto está siendo una locura; acabarán sospechando algo, es inevitable.

—Así que vosotros dos sois los de la Edad Media —nos suelta Pete con el ceño fruncido.

Yo me quedo mudo, sintiendo que el aire no me llega a los pulmones, hasta que Anna se echa a reír mientras me da un codazo.

—Sí, somos los de la lista de asistentes —le explica y cambia su tono a uno más grave, no sé por qué—. Recién llegados de la Edad Media.

—¿Ves, Pete? —le dice Olive—. No pasa nada, no son peligrosos.

Pero él no parece convencido. Sigue mirándonos a ambos con sus ojos oscuros como la noche, intentando leernos las mentes para averiguar quiénes somos en realidad.

Y me dejaré incluso torturar antes que traicionar a Anna.

—Eso está por ver todavía —le dice a Olive, pasando ahora por nuestro lado—. Tened todos una buena mañana.

Se va alejando entre la hilera de casetas levemente nevadas del mercadillo navideño, que va despertando poco a poco a estas horas de la mañana. Camina cansado, como si no le quedara más esperanza en la vida y se aferrara a la constante temporal que parece seguir sin ningún altibajo, aunque me consta que este diciembre está siendo muy distinto para él.

Todavía recuerdo la primera vez que lo vi. Me pareció extraño que tuviera el pelo tan negro, cuando Anna lo tiene tan claro, pero ella me explicó que recordaba el pelo rubio de su madre brillar con la luz del sol. Cuando ella me contó que ahora debía tener unos sesenta, casi no me lo podía creer. Sería el más anciano del lugar, pero no parecía tener más de cuarenta como mucho. Y al parecer, eso de la edad es algo que también es diferente en este tiempo. Viven más a pesar de todos los peligros a los que tienen que enfrentarse cada día: carros metálicos en las carreteras, en los cielos… Claro que luego pueden ir a por unas pastillas y todos los dolores se les curan. Tampoco tienen trabajos como en mi época y parecen estar siempre más desocupados. Eso me da mucha envidia, lo reconozco. A mí me encantaría poder tener más tiempo para hacer todas las cosas que ellos hacen cuando no trabajan. Claro que en mi época tampoco es que puedas hacer mucho más que arar las tierras, cosecharlas, comer un rato y dormir otro poco. Hablaría con Anna. Sí, hablaría con ella mucho más de lo que hablamos. Me encanta que me cuente cualquier cosa. Al principio pensé que tenía mucha imaginación y eso me daba bastante miedo. Luego comprendí que tener imaginación no es algo peligroso y que, además, ella no imaginaba: recordaba.

—No le hagáis mucho caso a Pete —nos dice aquel chico que está agarrando a una de las amigas de Anna—. Es un poco cascarrabias, pero buena gente.

—Se toma su trabajo de sheriff muy en serio —dice la amiga a la que él agarra por la cintura—. Y se lo agradecemos, pero a lo mejor unas pequeñas vacaciones sí que necesitaría.

—¿Pete ha cogido alguna vez vacaciones? —le pregunta la otra chica.

Se quedan ambos pensativos un momento y empiezan a negar con la cabeza.

—Creo que no quiere tener tiempo para pensar —dice con pena la otra.

Puedo sentir esa misma pena en el pecho de Anna cuando dicen aquello. Llena sus pulmones de golpe en silencio y suspira después. Y me parece que ambos hemos pensado en el mismo motivo por el que Pete, su padre, ese al que intenta salvar una y otra vez volviendo a este tiempo, no quiere pensar más allá de su trabajo.

Si yo perdiera a mi familia, tampoco querría disfrutar de la vida.

—¿No es la cata en donde Chas? —escuchamos decir a una chica viniendo hacia nosotros, saludando con la mano en cuanto ve que nos giramos hacia ella—. Vais a morir congelados.

Creo que no es alguien que conociera Anna en su tiempo ni cuando ha regresado recientemente, porque la mira con intriga, sin ubicarla en su cabeza. Y para ella, que ya lleva cruzando el puente varias veces, esto es una anomalía. Si ella no la había visto antes, es bastante extraño y otro cambio que no sabemos cómo ha podido suceder.

—La verdad es que sí —comenta una de las amigas de Anna. ¿Olive? Siempre me confundo entre ellas, ya que suelen ir juntas a todas partes y no siempre se ha detenido a hablar con ellas estando yo presente—. Venga, vayamos a la cafetería y entremos en calor antes de probar todas las cosas ricas que Pascal nos habrá preparado.

Y aquella chica que acaba de llegar, con melena pelirroja y sonrisa brillante, se acerca a nosotros y alarga su mano.

—Soy Jenna —nos dice—. ¿Sois turistas?

—Llegaron ayer —le explica la misma amiga de Anna, la cual aprieta mi cintura hasta casi rompérmela mientras le damos la mano a aquella chica. Y su amiga nos mira—. Perdonadme, pero la gripe me dejó bastante tocada. Ayer no me presenté al final, y mi hermana, tampoco. Yo soy Olive, ella —y señala a la otra chica— es Marie, mi hermana mayor, él es su novio Gabriel —y ambos parecen enrojecer por algún motivo—, y la que acaba de llegar como si llevara varias horas ya despierta es, como os ha dicho ella misma, Jenna, la novia de nuestro hermano.

¿Cómo que…? ¿Gabriel? ¿El mismo que…?

Anna creo que está pensando lo mismo que yo por cómo ha abierto los ojos al escuchar ese nombre. Me mira una milésima de segundo y creo que va a tratar de obviar ese tema con gente alrededor, así que pasa a su siguiente duda.

—¿De Philip? —la escucho decir en bajo, como si se le hubiera escapado ese nombre sin querer.

Pero las hermanas del tal Philip sí que lo han escuchado y miran ahora a Anna con el ceño fruncido, sin saber qué pensar.

—¿Ya conoces a mi chico? —le pregunta Jenna de forma inocente—. ¿A que es increíble? Es el mejor chef sobre la faz de la tierra, y creedme, conozco a unos cuantos.

Parece emocionada al hablar de él y Anna sonríe antes de contestar.

—Sí, parece un chico genial —responde ella, mirando de reojo a Marie y Olive, que creo que están prefiriendo no parecer demasiado desconfiadas.

—Luego podemos pasarnos por su restaurante a por unas galletitas navideñas —sigue

diciendo Jenna, ahora caminando hacia algún lugar para empezar lo que sea que vayamos a hacer a continuación—. Te entra el espíritu navideño de golpe si todavía no lo tenéis, aunque en Mist Rachs eso es complicado.

—¿No puedes estar ni media mañana sin ver a mi hermano? —bromean ahora con ella, haciendo sonreír a Jenna.

—Llevo ya dos minutos sin abrazarlo y…

Todas ríen y hablan de camino hacia el lugar que parecen conocer bien, así que yo aprovecho para hablar con Anna.

—¿Todo bien? —le pregunto en bajo.

—¿Gabriel? ¿En serio? —es lo primero que dice.

—Lo sé. Es el cambio más increíble que hemos visto.

—Me extrañó ver todo este ambiente navideño al llegar y claro, era por eso —sigue diciéndome—. ¿Qué habrá pasado para que…?

—Es bastante extraño, sí. Habrá que estar más atentos esta vez. Puede que sea ahora cuando cambiamos algo y… —Anna sonríe con mi disertación—. ¿Qué pasa?

—Eres todo un entendido en viajes temporales.

Me encojo de hombros y sonrío con ella.

—Ya te dije que podías confiar en mí porque aprendo rápido.

Ya nos estamos acercando al lugar al que todo el mundo se dirige y parece que Anna tiene algo más que añadir antes de tener que volver con el resto y disimular durante un largo rato.

—¿Te has dado cuenta de lo de… Jenna? —me dice en el mismo tono susurrante—. En todas las veces que he venido, Philip estaba amargadísimo y no quería ni celebrar la Navidad. No tenía pareja. —Y me mira—. Esa Jenna no estaba.

—Lo sé, es extraño. ¿Qué es lo que ha pasado de una vez a otra para que estemos viendo tantos cambios en esta ocasión?

Niega con la cabeza, sin entenderlo tampoco.

—Puede que sea algo que vayamos a hacer esta vez y que influirá en el pasado reciente, no sé.

—Entonces eso quiere decir que cualquier cosa que hagamos diferente de las otras veces, está bien hecho, ¿no?

Vuelve a mirarme antes de entrar en aquel lugar, donde todos van pasando alegremente mientras continúan charlando.

—O tremendamente mal.

Y eso no ha sonado nada bien.

VI

Anna

Sea lo que sea que vayamos a conseguir en esta ocasión, reconozco que es la vez que más estoy disfrutando. Y sí, es cierto, tendríamos que estar buscándolo para localizarle cuanto antes y ver qué se propone esta vez, pero hasta dentro de cinco días no hará nada. O al menos, eso es lo que ha pasado todas las veces que hemos venido. El día de Nochevieja aparecerá con cualquier excusa, se armará un tremendo revuelo en el pueblo y mi padre…

Mi padre intentará detenerlo, pero…

Olive me chista para llamar mi atención mientras estamos probando otro vino especiado que Pascal nos ha servido. Y ya van… ¿Cinco? Me acerco a ella y veo que me enseña algo en la pantalla de su móvil.

—¿Esto es lo que dijisteis ayer? —le pregunto en bajo cuando me muestra una imagen similar, pero de otro color.

Ella asiente, medio riéndose, con las mejillas sonrojadas.

—¿Ya sabes lo que es? —susurra. Y niego con la cabeza—. Tú y yo vamos a tener que hablar de muchas cosas —me anuncia—. ¿Cuánto tiempo vais a quedaros?

—Hasta… Por lo menos, hasta final de año.

—Bien, perfecto, pues nos da tiempo a quedar algún día todas y que te expliquemos ciertos detalles de la anatomía humana.

¿De la…?

—Vale, sería genial.

Y creo que me ha notado un poco emocionada, porque en realidad lo estoy. Quedar con la que fue una de mis amigas, de las pocas personas que todavía recordaba después de tantos años de pensar que todo había sido un sueño, es algo que me emociona demasiado.

—Oye, ¿seguro que no nos conocemos de antes? —me pregunta ahora—. Es que desde ayer no dejo de darle vueltas y…

—¿Crees que me conoces?

Asiente mientras coge otro vaso de vino de los que Pascal acaba de traernos. El aroma a jengibre y canela ha inundado toda la sala desde hace rato y en realidad ya no sé ni lo que estoy bebiendo, pero me encanta. Y a juzgar por las risas de Mike, que charla animadamente con otro de los vecinos que ha asistido a este taller, me parece que le pasa igual que a mí.

—Todavía no me has dicho tu nombre —me recuerda.

—Me llamo Anna —le digo sin pensar.

Creo que me están envenenando con lo que estoy tomando, porque empiezo a hacer y decir cosas que no debería.

—Vaya, ¿Anna? —dice sorprendida—. ¿Sabes? Tuve una amiga de pequeña que se llamaba como tú —me cuenta, sonriendo con tristeza—. Ella… No sé qué le sucedió. Se acercó demasiado al bosque y… Puede que se perdiera. —Y ahora ríe levemente de la misma forma triste que antes—. Poco tiempo después, intenté ir a buscarla, aunque nunca me había atrevido a entrar en el bosque. Pero quería encontrar a mi amiga. Me sentía culpable por haberme despistado y haber dejado que se perdiera. Yo era muy pequeña y… Tuvo que entrar mi padre a

por mí, porque yo no supe salir. Y no sé todavía cómo me encontró él; todo lo de aquella época lo tengo algo borroso. Imagino que por la pena. —Entonces me mira de nuevo—. Perdona, no sé por qué te acabo de contar todo esto. —Y se ríe con vergüenza—. Debe ser el vino que nos están sirviendo, que ya va haciendo efecto.

Coge otro pequeño vaso y lo acerca a mí para brindar con él, bebiendo ambas después otro trago.

—Este sabe mejor —confirmo.

—Creo que voy a aficionarme al vino especiado desde hoy mismo.

—Y yo creo que me empieza a gustar más que el chocolate.

Ambas reímos con ganas mientras continuamos bebiendo de aquel vaso hasta terminarlo.

—Oye, ¿vais a ir el domingo a la gymkhana navideña? —me pregunta ahora, más animada cada vez.

Y de repente un recuerdo que no sabía ni que tenía se acaba de desbloquear en mi cabeza.

—¿Sigue haciéndose?

Me mira sorprendida sin perder su sonrisa.

—Eres de Mist Rachs, ¿verdad?

¿Por qué siento que no puedo mentirle?

—Sí, pero hacía tiempo que no venía.

—¡Lo sabía! —exclama—. Es que lo sabía. ¿Ya no tienes familia aquí? ¿Os fuisteis cuando eras muy pequeña? ¿No coincidimos tú y yo en algún momento? —Se da cuenta de que está haciendo demasiadas preguntas y vuelve a echarse a reír—. Perdón, creo que son demasiadas cosas a la vez, ¿no?

Río yo también con ella, deseando contarle mil y un detalles de mi vida, pero no atreviéndome a hacerlo. La primera vez que vine, él se enteró y todo fue a peor desde ese momento, así que a partir de entonces intento que nadie sepa quién soy en realidad. Por suerte, Pascal nos interrumpe a todos, comenzando a explicarnos qué vamos a probar a continuación, volviendo a centrarnos en unos nuevos vasos que nos sirve. Las respuestas a todas esas preguntas quedan en el aire y seguimos disfrutando de un rato más que agradable todas juntas, como si aquel día infernal jamás hubiera sucedido, como si yo hubiera seguido en este tiempo desde entonces y mi vida hubiera continuado entre las calles de un moderno Mist Rachs, en familia, con las amigas de la infancia y sintiéndome a salvo de cualquier peligro.

Esta vida no es justa para nadie y no pedía un trato de favor, pero al menos, esta vez espero poder lograr salvarle.

Michael

—Ya se nos están acabando las monedas —le comento a Anna en cuanto llego de nuevo al hotel con un nuevo remedio de la tienda para el dolor de cabeza que tiene, causado por tanto vino de esta mañana.

—Pues no había nada más de valor en la cabaña de la bruja que podamos empeñar —responde ella, tirada en la cama, tal y como la dejé hace un rato.

—Tú lo que quieres es que nos quedemos aquí y trabajemos en algo para ganar tiempo.

Veo que sonríe desde su sitio, tapándose los ojos con el brazo, que levanta ahora un poco para mirarme durante una fracción de segundo.

—¿Pudiste conseguir algo? —pregunta.

Le paso el agua embotellada y una pastilla de las que me dieron para que se le pasara el dolor de cabeza. Ella coge ambas cosas con rapidez como si, al tomarse aquello, se le fuera a pasar todo al instante. Bueno, puede que sí. Estas cosas del futuro funcionan muy bien.

Vuelve a tumbarse en la cama después y yo hago lo mismo en cuanto poso las cosas en la pequeña mesa que hay junto a nosotros. Intento quedarme en el otro lado de la cama para no molestarla, pero entonces se mueve y me tiro al suelo por el susto.

Y se echa a reír.

—Encima tú ríete de mí —me quejo, levantándome y yéndome a mi cama, justo al otro lado de la mesita—. Ya me voy, muy bien.

—Me río por tu reacción, no de ti —me explica. Suspira y vuelve a hablar—. No hace falta que te tumbes tan lejos de mí.

—Intenté quedarme a tu lado, pero…

Vuelve a mirarme, sonriente.

—Anda, ven —me pide—. Dame un abrazo.

—¿Un abrazo? —le digo, sorprendido—. ¿En la cama?

—¿Por qué no? —Y se da cuenta de lo que le voy a contestar antes de hacerlo siquiera—. Nadie de nuestro tiempo va a vernos, Mike, y esto es algo normal aquí.

—Lo sé, pero hay cosas que entiende que puedan costarme un…

—Pero habla mientras me abrazas —sigue quejándose.

Sonrío con aquella voz deliciosamente tierna y vuelvo a su lado, tumbándome junto a ella y rodeándola con mis brazos. Anna suspira y se acurruca entre mí, haciéndome tan feliz con ese sencillo gesto que me gustaría incluso gritar.

—¿Te hace efecto? —le pregunto en voz baja.

—Así ya me encuentro mejor.

—Los remedios de esta época son milagrosos.

—Es por tu abrazo —me especifica, mirándome.

Ve que me quedo sin habla un instante y sonríe por ello.

—Cuando volvamos, tenemos que recordar que estas cosas…

—No entiendo qué tiene de terrible estar así —se lamenta—. No hacemos nada malo.

—Lo sé. —Me quedo en silencio con ella un momento—. A mí también me gusta.

Levanta la vista de nuevo para mirarme.

—¿Verdad? —Y vuelve a apoyar su cabeza sobre mi pecho—. Me gusta eso de esta época, que puedes hacer cosas que en la otra no te permiten ni soñar. Y no sé qué tiene de reprochable estar los dos aquí, o dormir en la misma cama, o…

—La verdad es que no tiene nada de malo —reconozco, consiguiendo que ahora se apoye en la almohada para poder mirarnos mejor—. Además, me gusta mucho besarte aunque no estemos casados.

No espera a que yo me acerque y es ella quien me besa.

—Me gusta esta época, Mike —me confiesa.

—Lo sé. Es tu época.

—Me gusta mucho.

—Sí, lo sé. —Nos quedamos de nuevo en silencio unos dolorosos segundos—. ¿Qué vamos a hacer, Anna?

Cuando hablamos de este tema, suspira tantas veces que pareciera que le faltara el aire.

—Primero quiero cerciorarme de que esta vez mi padre…

—Ya, pero me refiero a después de eso. ¿Qué vamos a hacer?

Me mira fijamente sin hablar todavía, pensando bien sus palabras antes de pronunciarlas.

—Sé que aquí podríamos ser más felices.

—Pero si alguien se enterara de dónde venimos, no nos iban a creer.

Se incorpora y se sienta a mi lado, emocionada de repente.

—Pero podemos solucionarlo, de verdad. Yo creo que eso pasó porque fue él quien se enteró. A lo mejor si se lo decimos a…

—Primero hay que encontrarlo y ver si esta vez también ha cambiado algo. Porque, por ahora, ni siquiera lo hemos visto por el pueblo.

—Pero luego… ¿Hablaremos de quedarnos?

¿Quiero realmente dejar para siempre lo único que he conocido en mi vida? ¿Podría despedirme de todo y de todos para vivir en una época desconocida y extraña, en la que no entiendo la mayoría de las veces nada de lo que pasa? ¿Abandonaría mi propio mundo por quedarme a su lado?

—En realidad, tendremos que hablar de muchas cosas.

—Pero juntos, ¿no? —insiste, no llegando a comprender por qué le he dicho eso.

—Sí, juntos. Pero…

Y no me da tiempo a seguir hablando porque coge mi cara y empieza a besarla entre risas de pura felicidad.

No sé cómo acabará todo esto, porque no es algo que se pueda predecir con experiencias previas o de gente de tu entorno. Estamos solos en este problema de principio a fin. Lo único que tengo claro es que la quiero y necesito verla feliz.

Y si para eso hay que arriesgar todo lo que he conocido hasta ahora en la vida, no dudaré ni un instante en hacerlo.

VII

Anna

—Supuestamente tendríamos que habernos cruzado ya con él en los dos días anteriores, pero tampoco lo hemos visto —digo ahora, algo cansada de tanto caminar—. A lo mejor esto es algo que también ha cambiado y se ha ido del pueblo.

Mike menea la cabeza, nada convencido con mi explicación. Se levanta del banco en el que estábamos sentados en cuanto empieza a nevar de nuevo, estirando su cuerpo después de tanto rato haciendo vigilancia.

—No hemos podido verle desde que llegamos porque hemos estado de… ¿mulaciones?

Me quedo boquiabierta por la palabra que acaba de decir, no sabiendo de qué está hablando hasta que por fin me echo a reír a carcajadas.

—¡Vacaciones! Dios mío, Mike, ¿cómo no vas a ser capaz de aprender la mejor palabra del mundo?

—Lo que significa sí es maravilloso, pero la palabra se me resiste —confiesa, algo molesto por mi anterior carcajada—. El caso es que hemos estado paseando por el pueblo, haciendo amistad con todos, pero de lo importante nos hemos olvidado.

Me levanto con él y agarro su barbilla, moviéndosela levemente frente a mí.

—Me encanta cuando te pones así de serio.

Empieza a sonreír, pero se da cuenta de lo que pretendo y vuelve a enderezarse, alejándose de mí.

—Estamos aquí para otra cosa, Anna —me recuerda—. Encontrémosle y acabemos con esto, por favor.

—Me haces sentir como si yo no quisiera salvar la vida de mi padre —me quejo—. Y eso no es así. Obviamente quiero, pero también necesitaba volver a vivir unas navidades como cuando era…

Me quedo muda antes de terminar la frase, pero ya es tarde, porque Mike lo ha comprendido.

—Como cuando eras feliz, ¿no? —dice con tristeza.

—Mike, no es exactamente lo que quería decir, por eso no terminé la frase.

—Sé que es eso, Anna —insiste—. Y lo entiendo, ¿de acuerdo? Entiendo que tú te sientes feliz en tu tiempo. Pero comprende que todo esto para mí es nuevo, como en su momento mi época lo fue para ti.

—Y yo me acostumbré a ello —le recuerdo.

—Eras pequeña —dice, como si eso lo explicara todo.

Me acerco a él, sonriendo y cogiendo sus manos entre las mías.

—Sí, lo era, pero no sólo fue por eso. Hubo un niño que se me acercó en cuanto salí del bosque —le digo, aunque sé que él ya conoce la historia—. Me consoló y me abrazó, me llevó con él hasta el pueblo, me encontró una familia que me cuidara y no se separó de mí desde aquel día. Y eso hizo que yo pudiera acostumbrarme a vivir allí durante todos estos años.

Ahora vuelve a sonreír, recordando nuestra infancia, tan normal para él y tan dura para mí. Pero Mike estuvo conmigo y consiguió que todo quedara en un lejano recuerdo que se

convirtió en un plácido sueño que rememorar en momentos duros.

Le debo mucho en mi vida y me gustaría que sintiera que yo haría lo mismo por él si se diera el caso.

Llega a nuestros oídos un nuevo villancico que suena por todo el mercadillo que tenemos a nuestro lado. La nieve sigue cayendo sobre nosotros, aunque no de forma tan fuerte como para molestarnos, y un olor dulce parece rodearnos, recordándome que va a ser la hora de comer y todavía no hemos sido capaces de encontrarlo. Y sí, creo que tiene razón Mike. Llevamos dos días en este tiempo y he estado tan en mi mundo con Olive, Marie y el resto de gente del pueblo que puede que haya dejado de lado lo que realmente hemos venido a hacer.

—Anna, ¿tú eres feliz? —me pregunta Mike.

Veo algo de dolor en sus ojos, temiendo mi respuesta.

—Tú me haces feliz —respondo.

Y sabe que no puedo contestar algo distinto a eso.

Agacha la cabeza un segundo, apretando mis manos con fuerza.

—Y yo sólo quiero que lo seas.

—Lo sé —le digo sonriente—. Y tú, ¿eres feliz?

—Lo seguiré siendo si estoy contigo. —Y especifica—: Donde y… cuando sea.

Beso con cariño sus labios, con nuestras manos entrelazadas. Al separarme de él, sigo viendo sus profundos ojos mirarme con cariño, como siempre ha hecho y sé que jamás dejaría de hacer.

—A veces pienso que yo me perdí en el bosque para poder acabar encontrándote a ti.

Parece sorprenderse con mis palabras, entreabriendo la boca incluso.

—Creo que eso es lo más bonito que me podrías haber dicho, cariño.

Le abrazo ahora tan fuerte que acaba riéndose, pero no me importa; sigo abrazándole. Mike me devuelve el abrazo, hundiendo su rostro en mi pelo.

—Sé que tenemos que… —comienzo a decir, adelantándome a lo que sé que me dirá a continuación.

—Shhh… —le escucho decir—. Dios mío, espero que siempre puedas lavarte el pelo con este ungüento, porque me relaja tanto olerlo…

Me echo a reír, separándole para mirarle.

—¿Estabas oliéndome el pelo?

—Bueno, te estaba abrazando mientras disfrutaba de lo que te echas últimamente para lavártelo —se disculpa con una tímida sonrisa.

Acaricio sus bucles oscuros y paso mis dedos por su afeitado rostro, besándole la mejilla.

—Si nos quedamos, prometo no lavarme el pelo con otra cosa en lo que me resta de vida.

Me suelta y hace un gesto de manos con decisión.

—No se hable más —dice—. Nos quedamos.

Vuelvo a reír, ahora con él. Pero en cuanto me acerco para besarle una vez más, veo por el rabillo del ojo a quien andábamos buscando.

—¡Ahí está! —exclamo en voz baja, señalándole con la mirada.

Mike dirige la vista hacia el mismo sitio y ve a Frederick, el que al parecer ahora ya no es teniente de alcalde por lo que nos hemos podido informar, caminar decidido hacia el ayuntamiento de Mist Rachs. Y a pocos pasos, siguiéndole, mi padre, con claras intenciones de alcanzarle.

—¿Por qué tu padre va hacia él? —pregunta Mike, comprendiendo lo mismo que yo de

toda esta novedosa situación: nada.

—Muchas cosas han cambiado desde la última vez que cruzamos y ya no sé ni qué pensar —reconozco.

Porque cuando creí que sabría cómo salvar a mi padre de las manos de Frederick, todo ha cambiado de forma caótica y siento que voy a volver a fallar.

No sé hasta cuándo tendré que seguir regresando para reiniciar el tiempo y tener otra oportunidad.

VIII

Frederick

No me hace ninguna gracia tener que volver aquí. Odio este lugar. Siempre lo he hecho en realidad. Todo el mundo siendo tan feliz y derrochando alegría por cada poro de su piel… Creo que soy alérgico al espíritu navideño que inunda estas calles cada maldito mes de diciembre.

Y, sin embargo, tengo que volver. Sé que aquí encontraré las respuestas que no consigo de otra forma. Y necesito saber. Tengo que saber algo más para tener un poco de paz mental y de espíritu por fin.

No me vendría nada mal.

Sigue nevando. ¿En este pueblo nunca deja de nevar en diciembre? Al menos, no es ya como en la tormenta de este año. No pensé que fuera a durar tanto. Tampoco calculé demasiado mis actos el día que comenzó, pero lo hecho, hecho está. El caso es que nieva. Nieva y la gente disfruta por la calle bajo los cientos de miles de copos que caen, comiendo manzanas caramelizadas y chocolate caliente, yendo de aquí para allá como si no tuvieran más que hacer en la vida que ser felices.

Qué asco da este pueblo, maldita sea.

Si consiguiera encontrar algo… Si lograra dar con lo que busco desde hace tiempo… El día que lo logre, desapareceré de aquí para no volver jamás; estoy deseándolo.

Los odio. Odio todo lo que tenga que ver con este pueblo y su gente. Odio que sean tan amables y cariñosos. Odio que todo huela siempre a abeto, naranja y canela. Odio sentir ganas de reír y bailar cuando empieza a nevar, o saber que en el fondo no odio nada de todo esto. Porque debo hacerlo. Debo odiar al pueblo y a sus gentes. ¿Cómo no odiarlos, sabiendo lo que ellos siempre me contaron?

Quiero saber. Más bien, necesito saber. Llevo ya tiempo intentando averiguar todo lo que puedo, pero me está siendo imposible dar con algún dato. Es como si alguien los hubiera guardado a cal y canto por vete tú a saber qué razón. Y ellos tampoco dicen nada. Es más, ni saben que yo estoy buscando más respuestas. Piensan que continúo con mi vida como si no me importara nada, como siempre fue. Quieren que les dé información sobre cómo van las cosas por aquí y si veo algo fuera de lo normal, poco más. Pero cuanto más tiempo paso en este pueblo, rodeado de vecinos con una amabilidad exacerbada, más necesito saber. Saber para volver a sentir odio. Saber algo que no me han contado por completo y merezco saber. Saber…

Porque nadie tendría que vivir sin conocer algo así.

Ellos creen que sigo odiando Mist Rachs. Y lo hago. Ríen cuando les cuento cómo es mi vida aquí. Parecen disfrutar con cada palabra hiriente que sale de mi boca al hablar de sus calles y sus gentes.

Pero todavía no se han dado cuenta de que, poco a poco, estoy dejando de odiar.

Y no quiero.

Y por eso tengo que encontrar lo que llevo tanto tiempo llevo buscando sin parar.

Pete

—Frederick, ¿adónde te crees que vas?

El muy idiota hace como si no me está escuchando, pero sé que incluso sabe que le estoy siguiendo desde que cruzó el puente. Por eso ha acelerado el paso, creyendo que así no voy a alcanzarle.

Iluso…

Doy dos zancadas y agarro su cazadora por detrás, tirando de él hacia mí para que se detenga.

—¿Qué coño haces, Pete? —se queja, revolviéndose e intentando soltarse.

Ni de coña, chaval.

—Te estaba preguntando que dónde ibas con tanta prisa, Frederick —le repito.

—A trabajar, ¿dónde voy a ir?

—¿Un sábado por la tarde al ayuntamiento?

—Un representante público se debe a la gente, sea cuando sea.

Claro, es por eso por lo que ni durante la semana se le veía casi por el pueblo.

—Sabes que ya no trabajas aquí, así que no tienes motivos siquiera para volver a Mist Rachs.

Pero, ¿se piensa que, siendo el sheriff, no estoy al corriente de toda esta situación?

—Tú no lo comprendes —me dice ahora, bajando el tono—. Necesito estar aquí.

—Nunca estabas. Ibas al ayuntamiento a trabajar un rato, muy de vez en cuando, y luego te ibas del pueblo —le digo—. No has hecho vida aquí en todo este tiempo. ¿Por qué ibas a *necesitar* estar en Mist Rachs?

—Es… Es complicado.

—Intenta explicarte —le animo, soltándole y cruzándome de brazos.

Parece nervioso, demasiado, y quiero averiguar de una vez qué sucede con él. Porque desde que apareció por el pueblo, ha sido todo un misterio. Y no me gusta no tener bajo control algo que esté relacionado con Mist Rachs.

—Pete, no me podéis prohibir la entrada al pueblo —me recuerda.

—Estuviste a punto de provocar un tremendo caos el día que comenzó la nevada —le recuerdo yo a él—. No hubo consecuencias más graves porque la alcaldesa reaccionó como debe hacerse, pero lo que tú hiciste podría considerarse delito y me gustaría verte entre rejas, la verdad.

Sonríe de forma sarcástica, el muy cretino.

—Nunca te he caído bien, ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondo—. Pero no te sientas especial por ello; es algo que suele pasarme con el mundo en general.

—Con el mundo en general, pero no con ellas en particular, ¿no es así, Pete? —Intento hablar, pero de mi boca no sale ni una sola palabra. Vuelve a sonreír, viendo el efecto que han tenido en mí sus palabras—. ¿Sabes? Yo podría ayudarte. Si tú me dejaras, claro.

—Puedes ayudarnos a todos largándote de Mist Rachs.

—Me refiero a tu hija y tu mujer, Pete. ¿No te gustaría volver a ser una hermosa familia?

El corazón golpea mi pecho con fuerza, aunque trato de disimularlo todo lo que puedo.

—¿De qué estás hablando, Frederick?

—¿Crees que, como paso poco tiempo en el pueblo, no estoy al corriente de lo que se

cuenta de cada uno de vosotros? —Sigue sonriendo, como si le encantara verme sin palabras—. ¿No te gustaría volver a estar juntos de nuevo, los tres, lejos de toda esta mierda?

—Frederick, no sé lo que pretendes, pero te aseguro que yo no…

—Sé que es lo único que te haría feliz en la vida —me corta, viendo que mis palabras no suenan todo lo serias que lo hacen normalmente—. ¿Las recuerdas? ¿Recuerdas cuando erais una linda familia, los tres juntos, antes de que la pequeña Annie desapareciera en este maldito bosque y tu mujer…?

—Cállate ya, Frederick, y lárgate de aquí —le digo con contundencia, empezando a perder la paciencia.

—¿Demasiados recuerdos de repente, Pete? —dice con voz suave—. No quisiera martirizarte. Simplemente te digo que yo podría ayudar. Porque sabes de sobra que mis contactos son buenos. Podrían conseguir eso y mucho más.

—Nadie sabe quiénes son tus contactos y tampoco tengo interés en saberlo, sinceramente.

Se ríe de forma socarrona, como si no creyera mis palabras.

—Sí que te interesaría, Pete, porque pueden hundir o encumbrar a alguien en una milésima de segundo.

Hace chasquear sus dedos al decir aquello. Y ese sonido me molesta de una forma inaguantable.

—Lárgate por donde has venido, Frederick —le digo, no de muy buen humor.

La nieve empieza a caer con más fuerza, pero no pienso moverme de aquí hasta que él lo haga.

—Voy a entrar en el ayuntamiento, me dejes o no —me reta—. Si no es hoy, será mañana, pero voy a entrar.

—Si das un paso más, te llevaré detenido a comisaría —le amenazo yo ahora, avanzando de nuevo hacia él.

Comienza a caminar hacia atrás, por suerte, en dirección contraria al ayuntamiento.

—Lo siento, Pete —me dice—. Sé que no eres un mal tipo y que la vida te ha golpeado demasiado duro, pero tengo algo muy importante que hacer y no pienso ceder.

Voy hacia Frederick, dispuesto a detenerle ya mismo, cuando alguien se mete de por medio entre él y yo, consiguiendo que aquel impresentable se eche a correr y le pierda de vista en segundos.

Y cuando me fijo en los dos turistas que se han cruzado en mi camino, sus rostros cambian por completo, sabiendo que se han metido en un buen lío.

Michael

Yo era de la opinión de no intervenir todavía. Lo juro. Creo que Pete y Frederick estaban teniendo una simple discusión, pero que no pasaría de ahí. Anna, sin embargo, al ver que ambos estaban enfrentándose, se echó a correr hacia ellos a los pocos segundos y tuve que ir detrás de ella, claro. A regañadientes y sabiendo que no teníamos que hacerlo.

Y, efectivamente, no ha sido una buena idea.

Pete nos mira con cara de querer encerrarnos en una mazmorra de por vida y nos pregunta una y otra vez el motivo por el que hemos hecho esto. Yo no sé ni qué decir, y por la cara que pone Anne, está igual que yo.

Perfecto, vamos a acabar el año en el calabozo, no podremos salir de aquí, nos encerrarán por toda la eternidad, nos torturarán, nos…

—Decidme ya mismo qué pretendíais obstaculizando a una fuerza del orden en su trabajo —insiste Pete, acariciando las argollas metálicas que tiene colgadas en el cinturón.

—No nos dimos cuenta —dice Anna, como si eso fuera a valerle a su padre.

—¿Creéis que soy estúpido? —brama él—. Enseñadme vuestras identificaciones.

—¿Cómo? —pregunto, sin saber de qué nos habla.

—Carnets, papeles donde diga quiénes sois —nos dice, moviendo su mano con rapidez.

La otra no la separa de aquellas argollas.

Vale, muy bien, estamos perdidos.

—Díselo —le urjo a Anna, que me mira fatal antes de responderme.

—No —contesta secamente.

—Entonces se lo digo yo —amenazo.

—No vas a hacer nada —insiste ella, mirándome peor que Pete.

—¿Qué es lo que tenéis que decirme? —pregunta su padre con el carácter hosco que parece tener siempre.

Anna suspira, sabiendo que no queda otra opción. No quiere. Sé que no quiere porque la única vez que lo hizo, las cosas se complicaron demasiado y le da pánico poner en peligro a su padre, pero ve que no va a tener más remedio que ceder.

—Yo… —comienza a decir ella con tanto miedo en su voz que no lo soporto.

No puedo dejar que haga algo que le duele tanto.

—Está encinta —me adelanto a decir por encima de ella, que se gira para mirarme con sorpresa.

—Que está… ¿Está embarazada? —pregunta Pete, algo descolocado.

—Eh… Sí, estoy… —comienza a decir ella, volviendo a mirarle—. Y claro…

Sigue sin ocurrírsele nada.

Está completamente bloqueada.

—Últimamente no soporta que nadie sufra. A las ovejas de nuestro vecino les ha hecho ropa para que no pasen frío durante el invierno —me invento.

Pete abre en exceso los ojos con aquello.

—¿Ovejas… con ropa? ¿Y en invierno?

—Sí, es… Bueno, es muy gracioso de ver —le digo, tratando de reírme lo más natural posible.

—Ya, claro… —dice él, mirando de nuevo a Anna—. Así que embarazada.

Ella se encoge de hombros y vuelve a mirarme. Creo que no es capaz de mentir a su padre.

—Pensó que iba a pasarle algo cuando vio que discutía con aquel hombre y… —sigo intentando explicar yo solo, porque no espero ya ninguna ayuda de ella a estas alturas de la mentira.

Pete se queda mirando a Anna y… ¿Está sonriendo?

—No tendrías entonces que estar aquí —le dice con un tono más que dulce—. Con esta nieve podrías coger frío. —Agarra su brazo con delicadeza y la mueve hacia un lado del camino, en donde no le cae la nieve encima. Parece querer decirle algo concreto a Anna, pero finalmente se lo piensa mejor y opta por una extraña despedida—. Cuidad mucho de vuestro bebé.

Pero cuando se va a dar la vuelta, Anna recupera el habla.

—¿Tienes hijos? —le pregunta.

—Anna… —le digo en bajo.

¿Qué se propone preguntándole algo así?

Pete se gira hacia ella con ojos cansados, pero sigue medio sonriendo.

—Una preciosa hija a la que quiero más que a mi propia vida, pero… ya no está aquí —le contesta.

Anna se queda muda y no es capaz de decir nada más, igual que el sheriff, el cual agacha la cabeza, vuelve a girarse y se aleja de nosotros bajo la nieve que continúa cayendo en Mist Rachs. Escuchamos de nuevo los villancicos y el ajetreo de la gente del pueblo. El olor a dulces navideños llega otra vez hasta nosotros y el tiempo vuelve a fluir.

IX

Anna

—Y en cuanto todos vayamos llegando a la meta, iremos repartiendo un buen chocolate caliente a cada uno —anuncia Massie, la que se ha presentado como organizadora de eventos de Mist Rachs y responsable de esta especie de juego que nos hará recorrer todo el pueblo, resolviendo misterios.

Parece divertido. Tengo lejanos recuerdos de cuando era pequeña y creo que llegué a participar un año en esta actividad, pero de lo único que me acuerdo es de que estaba muy contenta porque había venido mi madre y corríamos de un lado al otro los tres juntos, intentando ser los primeros en resolver cada enigma. Mis padres se turnaban para cogerme en brazos y taparme mejor con la bufanda a cada rato. Recuerdo ese roce de la lana en mi piel y el abultado abrigo que llevaba. El olor dulce de mi madre, en contraste con el amaderado de mi padre. El sabor de una manzana caramelizada que iba comiendo durante toda la actividad. Me acuerdo también de la nieve sobre los árboles, cayendo a nuestro paso. Risas y carreras por todas partes. Felicidad absoluta.

Pero después de esos últimos días…

—¡Este año queremos un buen premio! —se escucha entre la multitud, haciendo reír a todos con ese comentario.

—Tyra, tú este año no te quejes —le dice Olive a quien parece haber gritado lo del premio.

Me fijo en la persona que ahora mismo está riendo más que encantada junto a una chica morena, guapísima. Creo recordar a la primera, a la que mira a esa chica con una sonrisa más que marcada. Me suenan sus rizos de colores. Las otras veces que he estado aquí, no me había fijado en quien está a su lado, pero en Tyra sí. No crucé ni una sola palabra con ella, sólo la vi de lejos, y la verdad es que siento que es alguien que me encantaría tener de amiga.

En realidad, siento que quiero tener a todos ellos como amigos.

—Pero, ¿qué…? —exclama Mike al ver que ambas se dan un beso, que es aplaudido por el resto del pueblo.

—¿Te sorprendes por algo así? —le pregunto un poco molesta.

—Bueno, es sorprendente, sí.

—Pues que sepas que Agnes me contó una vez que ella y Moira…

Su ceño fruncido me silencia.

—¿De qué hablas? —pregunta.

—De que Agnes…

—No me ha sorprendido lo del beso —me aclara, sonriendo y dándome uno breve en la mejilla—. Me pareció increíble que la gente lo haya visto y aplaudiera porque… Bueno, ya conoces cómo es nuestro… mi tiempo. —Y se acerca a mi oído—. También sé lo de Agnes y Moira.

Le miro a los ojos intentando responder algo, pero prefiero contestarle de otra forma.

Beso sus labios un instante y él sonríe con mi gesto. Acaricia mi pelo y procede a ajustarme el gorro y la bufanda.

Y siento de nuevo que a su lado estoy en casa.

—Yo os facilitaré ahora la primera pista y empezará la gymkhana —sigue hablando Massie, subida a una pequeña tarima en este lado de Mistletoe Square—. ¿Alguna duda de última hora? —Al ver que nadie dice nada, sigue hablando—. Bien, entonces prestad atención. —Carraspea, aclarándose la garganta antes de continuar hablando. Saca de su bolsillo un papel y lo desenvuelve, comenzando a leer—. En Mist Rachs cada año tenemos un dulce concurso. Si quieres saber de qué trata, tendrás que afinar tu gusto. —Parece terminar de decir aquella rima y nos mira, sonriente y satisfecha—. Y ahora… ¡Que comience la gymkhana navideña de Mist Rachs!

Todos los asistentes empiezan a hablar entre ellos. Algunos caminan hacia un lado, otros hacia el contrario. Mike me mira, esperando a que hable.

—Creo que se refiere a…

—¿El concurso de postres navideños? —me pregunta.

—¡Vaya! Pues sí, puede ser. ¿Cómo es que…?

Se encoge de hombros, sonriendo con orgullo.

—Presto atención a los detalles y la primera vez que vinimos me aprendí de memoria el calendario de actividades que había en el tablón del ayuntamiento.

—¿Sabes que eres maravilloso?

—Lo sé, pero tendríamos que buscar la siguiente pista, Anna, porque te entretienes con cualquier cosa y…

Me echo a reír con su queja y agarro su brazo, comenzando a caminar.

—La gente está yendo al restaurante donde se hizo el taller, pero están saliendo de allí sin nada, así que vayamos al lugar en el que se hizo el concurso —propongo.

—Muy bien, pues vayamos.

—Comienza la diversión —digo emocionada, volviendo a participar en esta actividad por primera vez después de tantos años.

Y mientras echamos a correr para que no se nos adelante nadie, entre risas y voces de aliento, siento que jamás me fui de aquí.

X

Pete

Parece que el domingo está siendo bastante tranquilo. No ha habido todavía ningún altercado ni caída, tampoco nuevos turistas, y a Frederick no he vuelto a verle pasarse por aquí, así que mi ronda rutinaria está siendo tranquila. Demasiado, diría yo.

Y en estas fechas precisamente necesitaría que hubiera algo más de ajetreo para dejar de pensar.

El final del año se acerca y eso significa que mi mente vuela hacia el pasado con bastante frecuencia. Y no es algo positivo precisamente. El último día del año es muy duro para mí. Todos los recuerdos caen de golpe como si comenzara a llover a cántaros y yo no tengo ni un viejo paraguas para resguardarme hasta que el chaparrón cese.

Mi niña. Mi preciosa hija…

Éramos felices. Émilie, Annie y yo éramos una familia increíblemente feliz. O, al menos, eso es lo que yo pensaba. Creía que lo teníamos todo. Salud, amor, un lugar para vivir de forma confortable, un trabajo que nos dejaba tiempo para disfrutar en familia… En aquella época no entendía muchas de las cosas que ahora me atormentan día y noche. Antes sí era feliz.

Bendita ignorancia, como suele decirse.

Mi mujer, sin embargo, siempre lo supo. Intentó explicarme por qué hacía a veces las cosas que hacía. Por qué era reacia a tener a Annie. Por qué lloraba tantísimo cuando la veía crecer. Me decía que nuestra felicidad como familia tenía los días contados, que era como una maldición que sus antepasados arrastraban sin que nadie supiera cómo revertirlo, pero que ninguna de las familias que se formaban era capaz de llegar a permanecer mucho tiempo unida. Accidentes, divorcios, separaciones, muertes prematuras…

Trató de hacerme ver el motivo por el que no quería mudarse a Mist Rachs, aunque tuviéramos una casa hermosa de sus abuelos en donde poder comenzar a vivir más holgadamente. No lograba explicarme por qué accedió a aquel trabajo tan lejos de Annie y de mí. Quiso convencerme para que no aceptara el mío de sheriff, que tanta ilusión me hacía. Ninguno de sus esfuerzos fue suficiente, ya que yo intentaba desmontarle cada motivo que me explicaba con tanta paciencia. No quise creerla. Pensé que todo eso eran solamente historias que le habían contado de pequeña, a saber por qué. Nunca conocí a sus padres, así que no podía imaginar los macabros motivos que tendrían para atemorizar de esa forma a una niña desde bien pequeña.

Y, sin embargo, ellos sólo trataban de protegerla.

La gente corre a mi alrededor, buscando pruebas de un lado para otro, tratando de llegar los primeros al final de esta locura de gymkhana que Massie se empeña en organizar cada mes de diciembre. Philip se acaba de unir a Jenna y le está explicando alguna de nuestras leyendas que parece ser parte de una de las pistas. Cynthia tira de Tyra para que se dé más prisa o Gabriel y Marie les adelantarán. Chas habla con su mujer sobre lo bien que está saliendo este año la actividad que tanto trabajo le cuesta sacar cada año. Olive y Sandrine parecen tener todo más que controlado y retan a Andy y a Erik a que ellas serán las primeras en conseguirlo. Incluso Max y Erza se han animado a participar esta vez, aunque parece que han venido para disfrutar con todo el alboroto que se forma por todo Mist Rachs con esta actividad más que por llegar antes a la meta. Seguramente ellos tendrían más posibilidades de llegar al final en pocos minutos —conocen mejor que nadie cada leyenda y detalle del pueblo—, pero disfrutan viendo a todos correr de acá para allá, equivocándose y teniendo que retroceder cada poco para pensar algo más las pistas que Massie lleva meses preparando en absoluto secreto.

—Que te digo que tiene que ser en el castillo —escucho que le dice Loreen a Helen, señalándolo incluso—. Es eso o buscar en el bosque la cabaña.

—Pues yo ni de broma voy a ninguno de los dos sitios —le responde Helen, cruzándose de brazos.

—Chicas, ¿estáis con la última pista? —oigo ahora a Daiana decirles a ambas, acercándose junto a Lia, que parece también algo perdida.

—Sí —les contesta Loreen—. Tiene que estar la última pista en el castillo o en el bosque, aunque no sé cómo Massie querría que nos arriesgáramos a hacer algo tan peligroso por un juego.

—No puede ser, es verdad —afirma Lia—. Pero a mí no se me ocurren tampoco otros sitios en donde puedan estar. Esa leyenda no tiene más datos.

—Chicas, ¿sabéis cómo se podría…? —les dice ahora Christine con el móvil en la mano

como si llevara un rato buscando información por su cuenta.

—Bosque o castillo, ¿no? —dice Tyra, acercándose junto a Cynthia, seguidas de Olive y Sandrine, que llegan corriendo desde el otro lado de la calle, jadeando por las carreras que están dando hoy.

—Aquí nadie va a ir a ninguno de esos dos sitios —intervengo yo, acercándome a todos ellos con calma, viendo que alguno sería capaz de arriesgarse a ir por un vaso de chocolate caliente.

—Pues no podemos rendirnos, Pete —se queja Olive—. Tiene que haber algún error o…

—No hay ningún error —se queja Massie desde lejos, acercándose rápidamente con Chas, ofendidísima por la duda—. Llevo meses preparando esto y os aseguro que todo está correcto.

—Entonces nos quieres mandar a todos al castillo o al bosque, que no sé qué será peor —interviene Tyra—. ¿Qué te hemos hecho este año para que quieras eliminarnos de forma tan cruel?

Massie se ríe con todas las quejas que empieza a recibir y trata de calmar los ánimos como puede.

—Vamos a ver, ¿en dónde os habéis estancado? —les pregunta.

Toma la palabra Philip.

—En un lugar olvidado de Mist Rachs, que nadie parece querer recordar, se encuentra la prueba de que los Rastchims alguna vez poblaron el lugar —lee directamente de su móvil—. Es que no hay otra: tenemos que ir al castillo o buscar aquella cabaña en el bosque.

—Nada de eso es necesario —les dice con una sonrisa, mirándome entonces a mí, que llevo con el corazón en un puño desde que escuché aquel maldito apellido—. Puede que Pete nos quiera ayudar.

¿Cómo es que ella…?

—¿Tú…? —empiezo a decirle, sorprendido porque alguien más que yo sepa algo sobre este tema.

Massie asiente con pena.

—No lo supe hasta hace unos meses, cuando estaba en el archivo de la biblioteca rebuscando en algunos libros antiguos —me confirma.

—Y, ¿no has dicho nada hasta ahora?

—No quería importunarte.

—Pues haciendo algo como esto, creo que lo has conseguido, Massie —le reprocho.

—Pensé que era la mejor forma de hacer que comprendieras que… —comienza a disculparse, viendo que su plan, fuera el que fuera y por vete tú a saber qué motivos, no ha dado el resultado que esperaba.

—¿Puede alguien explicarnos al resto lo que está sucediendo? —interviene Tom con impaciencia.

Suspiro, viendo la cara que Massie me está poniendo para que hable de una vez.

—Hay un lugar en Mist Rachs que podría cuadrar con lo que estáis buscando —les anuncio, provocando el alivio de todos ellos.

—¿Dónde está? —pregunta Jenna.

Vuelvo a mirar a Massie con cara de *ya hablaremos más tarde*, pero me giro en la dirección correcta y comienzo a caminar, seguido de la práctica totalidad del pueblo, yendo detrás de mí en absoluto silencio.

Pasamos por la plaza y rodeamos la iglesia. Empiezo a escuchar murmullos cuando cruzo las verjas del cementerio y me adentro en él, aunque nadie osa interrumpir este momento. Pero al girar hacia donde me dirijo, veo que los nuevos turistas están allí, charlando, sonrientes, como si no pasara nada.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —pregunto sin comprender nada.

Ambos se giran hacia mí y creo que también se sorprenden al vernos a todos llegar tan ceremoniosamente.

—La pista decía que esperáramos porque habíamos llegado al final —toma ella la palabra, enseñando un pequeño letrero que Massie ha dejado a un lado del lugar.

—¿Cómo sabíais vosotros esto? —insisto, bastante nervioso.

Ellos vuelven a mirarse sin entender por qué estoy cada vez más alterado.

—Bueno… —dice ahora él—. Es algo que siempre se cuenta y…

—¿Qué es lo que se cuenta? —inquiere Marie—. Porque yo soy la alcaldesa y nací en Mist Rachs, pero ni siquiera sé todavía lo que estamos haciendo aquí.

Los dos turistas se quedan sin habla de repente.

Sabía que escondían algo, estaba claro desde que los vi llegar.

—La lápida sin nombre del cementerio de Mist Rachs es la de los primeros Rastchims que el brujo hizo desaparecer —explica ella por fin.

—Mi familia siempre me hablaba de esa leyenda —continúa él diciendo.

—Yo también conozco la leyenda de los Rastchims, pero no sabía esta parte —dice Philip.

—Yo tampoco sabía nada de una lápida sin nombre —tercia Lia, acercándose a la misma.

—Bueno, tiene una pequeña erre en uno de los laterales, pero ahora casi no se ve —explica la turista, señalándolo con el dedo—. Pero es esta, la lápida que pusieron los mistrachianos para nunca olvidar ni a aquellos nobles ni la maldición. Grabaron el nombre de Rastchims en ella, pero el brujo lo borró, dejando una pequeña erre que…

—Explicadme ahora mismo por qué vosotros sabéis todo esto —les urjo, empezando a ponerme más que nervioso.

—Pete, cálmate —me pide Massie—. Puede que ellos también buscaran en la biblioteca. —Y les mira—. ¿Es así? ¿August os dejó pasar?

Pero por sus caras, sé que no es esa la explicación.

—Ellos son de Mist Rachs —nos comenta Olive ahora, caminando hacia los turistas y colocándose junto a ellos—. Puede que algún familiar se lo explicara en su momento.

—Eh… Sí, claro, ya os hemos dicho que mi familia siempre contaba… —dice aquel chico, cada vez más nervioso.

—Y tú, Pete, ¿cómo sabías esta leyenda tan bien? —le interrumpe Massie, mirándome fijamente.

Maldita sea.

—Es Pete —dice Olive—. Él sabe todo sobre Mist Rachs.

Pero Massie no se rinde.

——¿Es eso cierto, Pete? —vuelve a insistir—. ¿O quieres contarnos algo que debamos saber?

Clavo mi mirada en los ojos de Massie, pero ella sigue sonriendo, animándome con un leve gesto de cabeza a que hable por fin. Y no pretendía hacerlo. Nunca quise hablar sobre esto con nadie, primero porque pensaba que eran tonterías, y cuando todo sucedió, no era capaz de

hablar ni una sola palabra. Así estuve mucho tiempo, por lo que la gente, cuando empecé a hablar de nuevo, se alegró tanto que nadie volvió a mencionar lo sucedido. Pero no es justo. Es cierto, no lo es. Sé cosas que pertenecen también a Mist Rachs y que todos tendrían que saber. Porque llevo semanas sintiendo que algo sucede fuera de lo normal y puede que ellos deban saberlo.

—No sé qué es lo que viste en el archivo, pero… —comienzo a decirle a Massie.

—Lo suficiente como para atar cabos —contesta—. Pero creo que te corresponde a ti contarlo, porque puede que de esa forma alivies un poco la pesada carga que llevas sobre tus hombros desde hace demasiado tiempo. Todos hemos notado que cada vez estás más estresado y queremos ayudarte, Pete. Porque te queremos.

Comentarios de apoyo por parte de todos le siguen a las palabras de Massie, dejándome algo tocado con tanto cariño.

Cojo aire, llenando mis pulmones del frío ambiente de Mist Rachs. Y frente a mis vecinos, aquellos que aguantan mi mal humor y mis hoscas formas con una sonrisa inmutable, comienzo a hablar de algo que jamás he compartido con nadie más.

XI

Pete

—Émilie, mi mujer, procede de la familia de los Rastchims. —Con esa revelación, un murmullo recorre el cementerio de un lado al otro—. Nunca creí que aquella maldición fuera real. Lo sé, tuve que creerla, pero me negaba a pensar que mi familia estaba condenada por algo que sucedió siglos atrás. ¿Un brujo lanzando una maldición a sus antepasados que podría afectarnos a nosotros en el presente? —Sonrío de forma sarcástica, pero no por no creer en aquella maldita leyenda, sino por no haber sido capaz de hacerlo hasta que fue demasiado tarde —. Si hubiera hecho caso de lo que Émilie me contaba, si no hubiera sido tan… He pagado un precio muy caro por ello. —Trato de mantener la compostura todo lo que puedo, pero se me está haciendo demasiado difícil—. Nuestra pequeña Annie desapareció en el bosque por mi culpa. No quise escuchar a Émilie cuando me decía que estábamos tentando al destino al formar una familia y nuestra niña acabó pagándolo caro. Mi mujer se fue para no volver. Me aseguró que buscaría la forma de hacerla regresar, pero… Y yo… Yo me culparé toda la vida por lo que pasó. Puede que por ello esté tan obsesionado con velar por Mist Rachs, por intentar que nada malo os suceda a ninguno de vosotros —les explico ahora—. Porque sé lo que se siente al perder todo en la vida, y no quiero que le pase algo así a nadie a mi alrededor. Y si me veis estos días tan nervioso es porque sé que la actividad inusual del pueblo no es normal y que está pasando algo que no me explico, pero os aseguro que no dejaré que nada os suceda. Mist Rachs es mi absoluta prioridad.

Se hace un terrible silencio que no sé ni cuánto dura hasta que alguien vuelve a hablar.

—Pete, has sido muy valiente al contarnos todo esto —me dice Massie, posando su mano sobre mi hombro—. Quiero que sepas que puedes contar con nosotros para lo que…

—No, no podéis hacer nada —digo, cortando sus palabras—. Si la leyenda es cierta, sólo alguien de la familia de los Rastchims puede…

—Pero en realidad tú no eres de esa familia —comenta Philip.

—Todavía soy su marido y el padre de nuestra hija —protesto, claramente molesto por la duda.

—Pero no un descendiente directo —añade ahora Marie—. Y la leyenda dice claramente que será uno de ellos quien pueda romper la maldición.

—Me he perdido —oigo a Jenna decir en bajo, puede que a Philip—. ¿Hay una maldición en Mist Rachs que yo deba saber?

Él la mira, acariciando su rostro con un amor como el que Émilie y yo nos profesábamos desde el mismo instante en que nos conocimos.

Hay momentos en los que ver algo así duele demasiado.

—Hace siglos —comienza a explicarle—, dicen que hubo un brujo que maldijo a los Rastchims, una familia de nobles que vivía en el castillo de Mist Rachs. Eran avaros y no hacían nada por el pueblo salvo robarles y molestarlos cuanto podían. El brujo les aseguró que jamás volverían a poder formar una familia ni ellos ni sus descendientes hasta que demostraran que tres generaciones no harían ningún mal en los habitantes de Mist Rachs y estos les perdonarían por todo lo sucedido. —Y Philip se dirige ahora a mí, con mirada culpable—. Lo siento, Pete, no

sabía que erais… Ni siquiera podía imaginármelo.

Jenna también me mira con una pena infinita que no puedo soportar, así que agacho la vista, tratando de huir mentalmente de aquí.

—Todavía recuerdo a Émilie —dice Chas con voz emocionada—. Era muy dulce y siempre tenía buenas palabras para todos.

Levanto la vista al escuchar hablar de mi mujer y agradezco aquellas palabras con una sentida sonrisa.

—Yo no la recuerdo —se queja Olive.

—No pasaba mucho tiempo en el pueblo y tú eras muy pequeña —le explico.

—Yo creo que estaba estudiando o trabajando fuera cuando vinisteis a Mist Rachs —cuenta Gabriel—, pero mis padres me dicen que es una compañera y una amiga maravillosa.

Asiento, agradecido también por sus palabras. Sé que Émilie se fue hace años a trabajar fuera de aquí y mantiene el contacto con los padres de Gabriel por motivos laborales, así que al escuchar aquello es como si trajera a mi mujer de vuelta al pueblo y pudiera sentirla de nuevo cerca de mí.

La extraño demasiado cada segundo de mi vida y, sin embargo, todavía no me he podido acostumbrar al dolor de la ausencia tanto de mi mujer como de mi hija.

—Pues yo creo que sí que podemos hacer algo en todo este lío de la maldición —dice ahora Tyra con decisión, mirando a todos los presentes—. Somos Mist Rachs. ¿En serio creéis que no tenemos la capacidad de ayudar a uno de los nuestros?

—Eso pienso yo, que algo se podrá hacer —le dice Sally, hablando a su vez con Helen, que asiente ante aquella propuesta de Tyra.

—Yo llevo pocos días en el pueblo, pero haría cualquier cosa por cada uno de vosotros —se escucha decir a Jenna.

Al pensar en lo mucho que desconfié de ella, se me hace un nudo en la garganta viendo lo dispuesta que parece estar para ayudar en lo que haga falta.

—Pero, ¿cómo sabremos que hemos acabado con la maldición? —pregunta ahora Cynthia, que recibe las miradas de todos los presentes.

Esta vez soy yo quien vuelve a intervenir.

—Cada uno de los descendientes de los Rastchims tiene una marca de nacimiento en la palma de su mano. Dicen que fue el brujo quien la colocó ahí en primer lugar. Si la maldición se rompe, esa marca desaparecerá.

—Pero tú no tienes esa marca —dice Jenna—. ¿Cómo sabremos…?

—Podríamos hablar con Émilie —propone Gabriel.

—Por ahora, dejémosla tranquila —corta Massie todas las peticiones para llamarla inmediatamente, viendo mi gesto de absoluto dolor—. Primero pensemos cómo podríamos conseguir algo así.

—Contad conmigo —dice Cynthia, mirando a Tyra con una sonrisa—. Pienso pasar muchos años aquí y quiero que todos podamos ser tan felices como lo soy yo.

La gente ríe y se emociona cuando ella y Tyra se besan, parece que contagiando a muchos de los vecinos que tienen a su alrededor, que se vuelven hacia sus parejas, amigos y familia para besarles también. Y me siento solo en un momento así, pero arropado por todos ellos, que vienen a abrazarme acto seguido, asegurándome que van a hacer todo lo posible por ayudarme de la forma que sea necesaria.

Ojalá fuera tan sencillo acabar con aquella maldición que lleva atormentando a los

Rastchims generación tras generación desde hace demasiado tiempo ya. Todos los vecinos parecen ahora decididos a intentarlo al menos, comenzando a exponer ideas para ello.

No seré un Rastchims de sangre, pero cumpliré la promesa que hice hace años: protegeré a cada uno de los habitantes de Mist Rachs, aunque tenga que dar la vida por ellos.

XII

Anna

Llevo desde hace rato con un nudo en la garganta que no me deja respirar y Mike no me está ayudando precisamente.

—Tienes que decírselo —sigue insistiendo mientras se toma su segundo vaso de chocolate caliente en compañía de todo el pueblo.

Hemos terminado todos en el polideportivo —lo que me costó recordar esa palabra la primera vez que regresé a mi tiempo— tomando chocolate después de acabar la gymkhana de forma bastante… inusual. Es cierto que las últimas veces que he estado aquí, esa actividad ni siquiera se hizo por las circunstancias que estaba viviendo el pueblo, así que volvemos a estar bastante perdidos con respecto a los nuevos acontecimientos y datos que han aparecido. En esta ocasión, hay demasiados cambios y no logro entender a qué se debe. ¿Habremos hecho algo la vez anterior sin darnos cuenta y por eso no soy capaz de reconocer ninguno de los momentos que se están dando en esta ocasión?

—Eso ya sabes que no entra en mis planes, Mike —le recuerdo, bajando el tono por si los vecinos que están a nuestro alrededor comprendieran algo de lo que estamos hablando.

—Pero ya le has oído, Anna —vuelve a insistir una vez más—. Yo creo que podrías ayudarle a…

—¿A qué, Mike? Porque yo acabo de enterarme de quiénes son mis antepasados y no tengo la más remota idea de qué hacer con todo esto. —Abro la palma de mi mano con cuidado para que nadie me vea y observo aquella marca de nacimiento a la que nunca presté demasiada atención. Estoy marcada por esa maldición y eso quiere decir que…— ¿Te das cuenta de que esto significa que nosotros también estamos condenados? Nunca podremos formar una familia o nos arriesgaremos a que caiga sobre nosotros alguna catástrofe para que se rompa.

Froto mi cara con la mano que tengo libre, a punto de estallar de desesperación. No tenía ni idea de todo lo que mi padre ha contado en el cementerio hace un rato. ¿De verdad desciendo de los Rastchims? Siempre he escuchado que eran unos nobles odiosos que hacían la vida imposible a los mistrachianos. ¿Por qué tengo que ser yo una de ellos? Y me gustaría negarme, pero no es algo que se pueda hacer, así que lo único que me queda es…

No sé, imagino que lamentarme en silencio y avergonzarme por ello.

—Oye, no —me dice mientras coge mi vaso y lo deja junto al suyo en la mesa de al lado, agarrando mi cintura después—. Eso no va a pasarnos, ¿de acuerdo?

—Pero tú conoces igual que yo la leyenda de…

—Me da igual. Eso no va a sucedernos.

—Eso decía mi padre.

—Y aquí estás, de nuevo con él.

—Pero sin que él sepa que soy yo. Y ni siquiera está mi madre.

Casi no he terminado mi frase cuando Mike suelta mi cintura y coge mis manos entre las de él, mirándome fijamente a los ojos con un brillo en los suyos diferente al habitual.

—Cariño, me gustaría preguntarte algo, y quiero que seas sincera, ¿de acuerdo? —dice.

—Vale, sí, yo…

—Me gustaría saber si querrías casarte conmigo.

No me lo puedo creer.

—Perdona, ¿qué?

¿Por qué está sonriendo?

—Sabes que te quiero y eres toda mi vida —continúa hablando, no sé por qué—. Y querría que desafiáramos juntos cualquier cosa, incluyendo esa maldición. —Se arrodilla ante mí, haciendo que varios de los presentes que tenemos a nuestro alrededor nos miren de forma instantánea—. Cásate conmigo y formemos una familia donde y cuando tú quieras.

—Pero levántate de ahí… —le pido, tirando de él hacia arriba hasta que vuelve a ponerse de pie.

La gente ríe por lo bajo, observando toda la escena, y yo, mientras tanto, me muero de vergüenza y frustración.

¿Cómo se le ocurre elegir un momento así para esto?

—Pero vas a tener que contestarme, esté arrodillado o de pie —me pide, provocando que la gente que nos está escuchando se una a su petición.

—A ver —comienzo a hablar—, no te lo tomes como algo personal, pero mi respuesta es no.

Las risas se hacen más evidentes con mis palabras y puedo ver perplejidad en los ojos de Mike por la negativa.

—Bueno, es que si no me tomo esto precisamente como personal, ya me dirás tú a mí lo que…

Más risas a nuestro alrededor, aunque van alejándose un poco, intentando darnos privacidad para que hablemos de semejante asunto.

—Comprende que no has elegido el mejor momento —me quejo—. ¿Nos enteramos de que tengo una maldición encima que hace que no pueda formar una familia y lo primero que se te ocurre es pedirme matrimonio… para formar una familia? Incluso tu primo Antoine sabría que no era la mejor idea, Mike.

Esa comparación le enfada un poco, pero trata de seguir manteniendo la sonrisa en sus labios.

—Antes de saber todo esto, de empezar a cruzar de un lado al otro del tiempo, quise hacerte esta misma pregunta —me confiesa—. Pero las cosas empezaron a complicarse y…

Acaricio sus manos con las mías, tratando de que se sienta un poco mejor, aunque después de lo que ha pasado sé que es complicado.

—Mike, lo siento, pero yo ahora mismo no soy capaz de pensar en nada más que en…

—Lo sé, lo sé —me corta con voz triste, suspirando de manera pronunciada—. Tienes razón, no debí pedirte algo así en este momento. Olvídalo, ¿de acuerdo?

Sonrío y beso sus labios levemente, contagiándole mi sonrisa.

—No pienso olvidar tu pregunta —le aseguro—, pero me la guardo para más adelante, ¿te parece?

Eso creo que le gusta y asiente repetidas veces.

—Muy bien, dejémoslo para cuanto todo esto haya pasado.

—Si es que conseguimos… —comienzo a decir, volviendo a sentir un gran peso encima.

Mike suspira, tratando de reunir algún argumento más a favor de ser positivos, pero lo tiene realmente complicado.

—Vamos a solucionarlo, ahora más que nunca —me dice, susurrando sobre mis labios—.

Vamos a romper esa maldición y podremos ser felices, donde y cuando quieras.

—Es algo que lleva siglos sin…

—Me da lo mismo —me corta—. Tú y yo vamos a ser muy felices, formaremos una preciosa familia y me pasaré el resto de nuestra vida aprendiendo qué es eso de *intremel*.

Río con sus palabras, sabiendo que ha vuelto a equivocarse.

—Internet —le corrijo—. Tendré que aprender yo también, porque era demasiado pequeña cuando me fui y no me dio tiempo a hacerme con ello demasiado, la verdad.

—Nuestros hijos nos acabarán enseñando.

—Y nosotros les enseñaremos a hacer pan y queso artesanal.

—Y a teñir telas —añade.

—Y a ordeñar vacas.

—Por el método tradicional, porque seguro que en esta época lo hacen de forma extraña, como todo.

Me vuelvo a reír, algo más animada cada vez.

—No sé si hay vacas en la actual Mist Rachs —reconozco.

—Bueno, entonces nos haremos con algunas. Podemos conseguirlas vendiendo esos remedios mágicos que haces tan bien.

—No es magia —le reprocho—. Y aquí no necesitan esos remedios; tienen la medicina.

Se acerca a mi oído, haciéndome cosquillas en el lóbulo de la oreja.

—Los tuyos sabían mucho más ricos.

Le doy un pequeño empujón mientras ambos reímos a pesar de lo que nos ha caído encima. Porque si teníamos poco con todo lo anterior, ahora es casi insoportable pensar cómo podremos superar lo de la maldición.

—Entendería que no quisieras seguir conmigo —le digo ahora, pillándole por sorpresa.

—¿Por qué no iba a…?

—Tú siempre has querido formar una familia.

Menea la cabeza, medio sonriendo.

—No, cariño, creo que no lo has comprendido. —Frunzo el ceño cuando dice aquello, esperando a que continúe hablando—. Yo siempre he querido formar una familia… contigo.

—Pero puede que yo no…

—Si no es contigo, no será con nadie —me dice, provocando que mis ojos se llenen de lágrimas—. Anna, has sido tú desde el mismo día en que te vi salir del bosque llorando, llamando a tus padres. —Seca mis mejillas con una sonrisa en sus labios—. Vas a ser tú aunque tengamos todo en contra. No sé qué más tengo que hacer para demostrarte que no me voy a ir nunca de tu lado. Pase lo que pase, quiero estar contigo. Y, si me dejas, eso es lo que voy a hacer el resto de mi vida. —E intento contestar a aquellas palabras, pero las lágrimas no me lo permiten. Mike se ríe y sigue secándomelas, besando ahora mis mejillas—. Anna, no llores. Todo va a salir bien, ¿de acuerdo?

—No lo he conseguido en todas las veces anteriores —le recuerdo, dejando que siga acariciándome, encontrándome mejor—. No le he podido salvar. ¿Por qué iba a ser distinto esta vez, cuando todo es incluso más difícil?

Suspira, creo que no sabiendo ni qué decirme.

—Es diferente, no difícil —especifica.

—Pero tú mismo me dijiste que a lo mejor yo era la que lo estaba provocando al venir, y puede que tengas razón. Si esa maldición es…

—Las maldiciones se rompen —me recuerda—. Nosotros ya hemos pasado por eso.

—Aquello no era nada comparado con esto, Mike.

—Tiene que haber una forma de romperla; tú y yo lo sabemos bien. Sólo hay que encontrar la manera de hacerlo.

Resoplo, no muy convencida con aquello. Si mis antepasados seguramente llevan siglos intentándolo, no sé por qué yo iba a ser capaz de hacer semejante hazaña.

—¿Todo bien por aquí, chicos?

La voz extrañamente cordial de mi padre llega a nuestros oídos, haciendo que nos giremos en esa dirección. Recuerdo que antes solía sonreír. A veces estaba un poco triste, sobre todo cuando mi madre se iba fuera de Mist Rachs a trabajar. Pero sonreía. Mi padre sonreía muchísimo y a mí eso me hacía muy feliz. Ahora, sin embargo, parece querer hacerlo, pero es como si hubiera perdido la práctica.

—Todo bien, sheriff, muchas gracias —le dice Mike con voz más seria que la de mi propio padre.

—Llamadme Pete —nos dice sin dejar de mirarme. Y frunce su ceño de forma bastante graciosa—. Creo que te conozco.

—¿A mí?

Asiente, clavando aquella mirada en mis ojos, dejándome sin aliento.

—Olive dijo que habías vivido aquí, ¿no?

—Sí, bueno, yo… Era muy pequeña y…

—Tendrías la edad de mi hija —me suelta, volviendo a robarme todo el aire de los pulmones.

—De tu… No sé. Yo… —balbuceo.

—Desapareció en el bosque cuando tenía cinco años nada más —me cuenta, volviendo a agriarse su rostro—. Ahora tendría casi veinte. —Mike y yo no sabemos ni qué decir, pero él vuelve a sonreír como por arte de magia—. ¿Todo bien entonces? —pregunta, señalado mi vientre con los ojos.

Tardo unos segundos en saber a qué se está refiriendo: a nuestra pequeña mentira.

—Sí, todo genial, muchas gracias —respondo.

Asiente, como si estuviera haciéndonos una reverencia, y se aleja de nosotros para seguir con su particular ronda, comprobando que todo esté bien.

—Tienes que contárselo —me vuelve a decir Mike.

Pero estoy demasiado asustada como para volver a plantearme hacer algo así. Me arriesgué una vez y todavía tengo pesadillas con el desenlace final.

Estoy aquí para salvarle, no para agarrar su mano viendo cómo la vida se le va.

XIII

Michael

Una mañana tranquila es lo único que necesitaba. Después de todas las emociones de ayer, sólo quería dejar de pensar durante unas horas sobre lo que vamos a tener que hacer. Porque quedan dos días para lo que tiene que pasar y vamos a necesitar estar despejados para ello.

No hemos vuelto a ver a Frederick, y Pete parece seguir su rutina de rondas por el pueblo sin alterar el curso de las actividades, así que Anna y yo decidimos darnos unas horas para pasear por las calles de esta moderna Mist Rachs, decorada hasta la extenuación de detalles navideños por todas partes. Se sigue haciendo el concurso de decoración navideña como en mi época, aunque los adornos son bien distintos. Brillan con luz artificial de colores y hay por todas partes árboles con bolas colgando y muñecos vestidos de rojo con largas barbas. Anna se esmera en contarme lo que ella recuerda de todo aquello, que es bastante poco, pero nos estamos divirtiendo, viendo cada detalle de cada rincón de Mist Rachs.

—No me acostumbro a ver esto —reconozco, admirando las guirnaldas de colores llenas de bolitas de luz que parpadean en un bucle sin fin.

—Es precioso, ¿verdad? —dice ella, apoyándose un instante en mi hombro.

—Sigo echando en falta las velas, aunque cuando volvemos a mi época, lo que extraño es darle a ese aparato que hace que se ilumine toda la habitación sin más esfuerzo.

Anna sonríe deliciosamente. Es tan bella que a veces pienso que su existencia tiene algo de irreal, como un hermoso sueño del que sabes que acabarás despertando, pero que piensas disfrutar mientras dure.

—Si escaneáis los QR con alguna aplicación, podéis ver en el mapa interactivo todos los puntos de adornos navideños que participan en el concurso.

Anna y yo dirigimos nuestra mirada hacia quien acaba de decirnos todas esas palabras de las que he entendido solamente la mitad. Es Olive, que parece estar esperando a algo después de soltarnos todo aquello.

—Claro, sí, es… —comienza a decir Anna—. Es que nos gusta más así.

Me mira de reojo por si yo le sé decir si ha respondido bien, pero ni idea, así que opto por mostrarle una sonrisa neutra.

—En serio, es mejor con el QR —insiste Olive mientras frota sus manos, tratando de entrar en calor aunque parece que lleva siete capas de ropa encima.

—Sí, claro, mucho mejor —vuelve a decir Anna con voz segura—. Y… ¿Qué tal todo, Olive?

Pero su amiga no responde a lo que Anna le ha preguntado.

—No sabéis lo que es un QR, ¿verdad?

Anna y yo tragamos saliva a la vez; puedo incluso escucharla.

—No nos gusta mucho —intento decir yo ahora—. Que es muy bueno, pero no somos muy de…

Olive sigue sonriendo con condescendencia, alternando su mirada entre ambos.

—No, no sabéis lo que es —afirma con rotundidad.

—Bueno, es que hemos estado… —comienza a intentar disculparnos Anna.

—¿En coma los últimos años? —termina Olive la frase por su amiga. Y Anna ya no sabe ni qué decir, así que continúa hablando la primera—. No sois del presente, ¿no?

Vale, definitivamente estamos en un buen lío.

—¿Qué? —pregunta Anna con un tono agudo bastante elevado.

—No, no lo sois —afirma ahora Olive por algún motivo—. ¿De cuándo sois? Porque os habéis adaptado bastante bien; casi me engañáis y todo.

Nos guiña un ojo con complicidad. Y yo, llegados a este punto, le habría contado todo, pero Anna parece querer seguir insistiendo.

Por lo que sea, porque ya no tengo ni idea.

—No sé de qué nos hablas, Olive.

—Venga ya, ¿en serio? —dice ella, echándose unos milímetros hacia atrás—. No hace falta que sigáis fingiendo. Esto es Mist Rachs y no va a pasar nada, pero deberíais contárselo a Pete.

—¿A Pete? No, ni hablar —se niega en rotundo Anna con rapidez.

Y Olive vuelve a sonreír.

—Bien, ahora que ya habéis admitido que no sois del presente —mierda—, pasemos al motivo por el que no se lo queréis contar a Pete.

—Olive, en serio, no es algo que él tenga que…

Pero su amiga no parece querer escuchar sus excusas.

—Es el sheriff; tiene que saber este tipo de cosas.

—No, créeme —insiste Anna—. Esto no tiene que saberlo. Es mejor así.

Y su amiga vuelve a quedarse en silencio durante unos larguísimos segundos.

—Ya lo habéis intentado, ¿no? —le dice ahora—. Decirle quiénes sois, a Pete. No es la primera vez que venís y os encontráis con él.

Mierda, mierda…

—Olive, por favor, verás…

No, su amiga creo que no va a seguir escuchando excusas.

—Y si insistís tanto en venir… ¿A este tiempo o a todos? —Se detiene unos segundos y continúa hablando, como si le hubiéramos respondido—. A este momento en concreto. Si habéis vuelto, y creo que no es la segunda ni la tercera vez que venís, es porque hay algo que tenéis que hacer. Y es importante. Pero no os habéis fijado en todas estas veces que en Mist Rachs estamos acostumbrados a ver gente del pasado y del futuro por nuestras calles, así que eso quiere decir que os habéis centrado en otra cosa más importante para vosotros. —Hace una pausa, creo que para disfrutar del momento en el que nos remate—. Y algo más importante que darse cuenta de un pueblo al que llega gente de otras épocas tiene que ser… Pete tenía razón, ¿no? Algo está pasando en Mist Rachs y vosotros tenéis que ver en ello.

Anna suspira, sabiendo que no va a tener más remedio que contar algo, lo que sea, pero ya.

—No del todo —comienza a decir—. No tiene que ver con el pueblo en general. No tenemos ni idea de lo que Pete habla cuando dice eso.

—Entonces es por alguien en particular por lo que estáis aquí. ¿Por quién?

Anna vuelve a resoplar.

—Olive, por favor…

—Sé que no me conocéis lo… Bueno, sí, puede que me conozcáis y…

—Sí, te conocemos —le dice Anna.

Olive, por lo que sea, sonríe.

—Si me conocéis lo suficiente, sabréis que podéis contar conmigo.

Anna me mira, como si quisiera disculparse por lo que va a hacer a continuación.

—Es por Pete —le dice por fin.

—¿Por Pete? —pregunta Olive, como si no entendiera de repente esas sencillas palabras.

—Sí, por él. Algo va a pasarle y venimos una y otra vez para salvarlo. Pero no conseguimos que…

—¿Salvar a Pete? —insiste Olive, cada vez más nerviosa—. ¿Qué es lo que le sucede? —Cuando ve que Anna vuelve a dudar, la agarra con asombrosa suavidad el brazo—. Por favor, dime qué sucede.

—Pete es… —comienza a decir ella—. Pete se mete en problemas.

—¿En problemas? ¿De qué tipo?

—Olive, yo… —Anna agacha la cabeza un instante, demasiado frustrada en este momento. Cuando vuelve a levantar la mirada, suspira pronunciadamente—. Mi nombre es Anna, Olive, ¿te acuerdas que te lo dije? Soy Anna. Esa Anna.

—Anna… —repite su amiga, tratando de leer entre líneas en un simple nombre de persona. Y lo hace. Tremendamente rápido, además. Sus ojos se humedecen a la par que se abren proporcionalmente al grado de sorpresa por un descubrimiento así—. ¿Annie?

—Sí —le confirma ella misma, empezando a sonreír con su amiga, que agarra su otro brazo también, acercándose más a ella y observándola con todo detalle.

—¿Eres Annie? ¿Nuestra Annie? —insiste, creo que sabiéndolo, pero queriendo que ella misma se lo termine de confirmar.

Y Anna asiente repetidamente, con una sonrisa tan enorme como pocas veces la he visto.

—Sí, Olive —le responde con lágrimas que amenazan con desbordarse de los ojos—. Soy yo, Annie.

XIV

Anna

Puede que me parta algún hueso si sigue apretándome tanto. O a lo mejor ya me lo ha roto; no sé, empiezo a sentir el cuerpo entumecido.

Y, a pesar de ello, no me importa, porque es el mejor abrazo del mundo: el de mi mejor amiga de la infancia que vuelve a recordar quién soy yo.

—Olive, yo creo que si sueltas a Anna… —le propone Mike, medio riéndose.

—No quiero hacerlo —dice ella con voz infantil, todavía aferrada a mí—. Si lo hago, a lo mejor me doy cuenta de que esto no es real y vuelve a desaparecer.

Consigo coger sus brazos como puedo y la separo un poco de mí, mirándola a los ojos fijamente. Está llorando mientras sonríe, igual que yo. Mi amiga de la infancia llora y sonríe por haberme vuelto a ver.

Y no se imagina cuántas veces he soñado con este momento.

—No voy a desaparecer —le aseguro—. Y te pido perdón por haberlo hecho aquella vez.

—No tienes que pedir perdón por ello —me dice Olive—. Eras una niña. Sin embargo yo… Yo tuve que cuidarte. No tuve que… —Se seca las lágrimas con la mano, soltándome tan sólo un instante—. Debí cuidarte mejor para que no te perdieras en el bosque, pero no sé cómo…

—Tú también eras una niña —le recuerdo—. No tienes la culpa.

—Sí que la…

—No —le corto—. No tienes ninguna culpa. —Y miro a Mike, que está en silencio en este momento—. Además, ¿te has dado cuenta del chico que me encontró aquel día?

Olive parece que va calmándose y dirige su mirada hacia Mike, que sonríe ahora con ella.

—Hola —dice este a mi amiga de forma graciosa, haciendo que se ría un segundo.

—¿Tú encontraste a Annie? —le pregunta con urgencia.

—Sí, yo…

Pero no le da tiempo a terminar siquiera la frase. Olive se lanza a sus brazos, apretándole tan fuerte que le provoca la risa.

Le suelta al cabo de unos segundos y vuelve a mí.

—Vale, a ver, vamos por partes —nos dice a ambos, parece que tomando el control—. Las preguntas y ponernos al día, lo dejamos para después. Ahora vayamos a lo que os ha traído hasta aquí: tu padre, ¿no?

Asiento antes de responder con palabras.

—Sí, es mi padre —le confirmo—. Cuando aprendí a cruzar y volví a verlo, no fue muy agradable que digamos…

—Sí, ese es Pete desde que… —comenta ella, silenciándose al darse cuenta de lo que iba a decir—. Bueno, y, ¿qué pasó?

—Pues no te sabría decir muy bien, porque para mí fue todo muy nuevo y casi no entendía nada, pero se enfadó conmigo por algo. Creo que era el día del funeral y…

—¿Qué funeral?

Miro a Mike, que asiente ante mi pregunta silenciosa.

—Alguien del pueblo había fallecido.

—No ha muerto nadie, Annie.

—Salvo en esta ocasión, todas las otras veces que vine sí que había fallecido. Era Gabriel, el chico que está con tu hermana.

—¡Qué! —exclama, bastante asustada—. Puede que fuera por… Se quedó atrapado en el castillo cuando… Dios mío, pudo morir allí. —Y parece caer en algo—. ¡Fue culpa de Frederick! Maldito imbécil… Le hizo ir hasta allí, diciéndole que mi hermana y…

—Mi padre discutía con ese Frederick —le digo—, puede que por ese motivo. Pero entonces…

Se me cierra la garganta al recordar cada vez que he presenciado aquello.

—¿Qué pasa con Frederick y tu padre, Annie? —me pregunta.

—Ellos… No siempre es igual. A veces discuten en la plaza, otras en alguna calle o sobre el puente. El resultado siempre es el mismo: Frederick acaba siendo el culpable de la muerte de mi padre, de una forma u otra.

—¡Lo mata! —grita, asustadísima.

Le chisto para que baje el tono, comprobando que no hay nadie en la calle que nos esté mirando después de esto.

—No lo mata, sino que lo provoca —puntualizo—. A veces mi padre se lanza a él y cae mal, otras resbala y se cae al río de espaldas… Todo es por una discusión muy fuerte con Frederick a raíz de algo que ha pasado recientemente. Pero él…

Mi pecho empieza a latir cada vez con más fuerza, recordando todas las veces que no he podido salvar a mi padre por no ser capaz de llegar a tiempo y evitar la catástrofe.

—Y tú vuelves una y otra vez para salvarle —afirma mi amiga, comprendiendo.

—La primera vez vine porque quería… No sé, quería ver si era real lo que ponía en aquellos papeles de la cabaña.

—¿Qué cabaña?

—La cabaña del bosque —le cuenta Mike—. Nosotros la llamamos la cabaña de la bruja.

Ella parece comprender.

—Nosotros no entramos en el bosque siquiera porque es peligroso, ya sabéis.

Asentimos ambos ante sus palabras. Y tanto que es peligroso…

—Anna vino para comprobar si era real que procedía de esta época y se encontró con todo lo que sucedió después con su padre y…

Olive mueve la cabeza ante las palabras de Mike, entendiendo la situación poco a poco.

—¿Me viste a mí? —me pregunta ahora con ilusión.

—Sí, te vi cada una de las veces que vine —le confirmo—. Y en alguna ocasión, incluso hablaba contigo.

—¿Y he sido maja o una tonta que nunca te ha reconocido?

Sonrío y abrazo de nuevo a mi amiga, a la que tantos años he estado sin ver, queriendo recuperar el tiempo perdido.

—Yo tampoco te reconocí a ti la primera vez —le cuento—. Pero escuché tu nombre y…

—Así que, después de tantas veces… —Y detiene su frase—. ¿Cuántas has, o habéis, venido? —Al ver nuestra cara de empezar a recordar cada una, se ríe—. Vale, vale. Después de todas esas veces, ya tenéis que conocernos bien a todos en el presente.

—No a todos —reconozco—. Por ejemplo, Jenna nunca había estado, y la chica con la que Tyra está…

—Cynthia —me recuerda ella.

—Sí, Cynthia. Ella tampoco estaba ninguna de estas veces.

—Vaya, eso es muy curioso —dice, algo sorprendida—. Tendríamos que contárselo a Pete porque está empeñado en que algo raro está sucediendo este mes en…

—No, no quiero que sepa que yo… Que nosotros estamos aquí —le pido.

—Pero, ¿por qué?

—Cuando en otra ocasión se lo conté, no reaccionó demasiado bien y… La cosa acabó muy mal —le cuento—. No pienso dejar que le pase nada por mi culpa de nuevo.

—No va a sucederle nada, Annie —me asegura, agarrando mi brazo otra vez—. Ahora estoy yo de vuestro lado.

—¿Y si te pasa también algo a ti? —pregunto más para mí misma—. ¿Y si lo que estamos haciendo es lo que provoca que…? —Echo la vista hacia el cielo gris que amenaza con volver a lanzar pequeños copos de nieve en breve. Cojo aire y continúo hablando—. Siempre es igual. Sucede cualquier cosa que provoca que la noche de Nochevieja…

—Pues estaremos atentas para que no pase nada. Encerraremos a Pete bajo llave en su oficina si hace falta —me promete, haciéndome sonreír de nuevo—. No tenéis que hacer esto vosotros solos, Annie. Todo Mist Rachs va a ayudaros esta vez y no tendrás que volver a reiniciar el tiempo para intentar salvar a tu padre.

Miro a Mike, que me observa con una sonrisa tan hermosa que me hace sonreír de igual forma a mí.

—Pero deja que primero piense alguna manera de contarle quién soy. En un lugar seguro y…

—Esta tarde hay una sesión de cuentacuentos en el teatro y probablemente se pasará para ver si todo va bien. Podéis ir y a lo mejor en un lugar tan tranquilo no sucede nada. No, estoy segura de que no va a suceder nada —me dice, rectificando su frase anterior.

—Muy bien, pues… —Miro a Mike, que asiente—. Vale, iremos esta tarde y se lo contaré.

Olive aplaude con emoción y me abraza unos segundos de nuevo, pasando a abrazar después también a Mike, que ríe con aquel gesto de cariño. Pasa su brazo por encima de mis hombros y se acerca a mí, volviendo a hablar.

—Oye, tú y yo nos tenemos que poner rápidamente al día en cuanto todo esto se solucione, ¿eh?

—Sí, claro.

—Y me tienes que contar cómo es la vida en… Dime que no acerté cuando dije lo de la Edad Media.

Ambos nos reímos mientras asentimos, haciéndola reír a ella también.

—Dios mío… Por eso no sabías lo que era lo que te enseñamos en el móvil. —Y vuelve a reír, empezando a caminar sin rumbo junto a nosotros—. Sí que tenemos cosas sobre las que ponernos al día.

—En esa conversación prefiero no estar yo presente si no os importa —nos pide Mike.

Olive ríe conmigo, dándole un pequeño empujón con su mano.

—Contigo ya hablaré también yo a solas —le amenaza ahora—. Porque las costumbres de aquella época no son para nada como las de ahora y si estás con mi amiga, significa que tienes que saber comportarte.

—¡Lo hago! —le asegura él con algo de miedo—. Además, estoy aprendiendo rápido.

Mi amiga me mira para que le confirme aquello.

—Siempre ha sido un adelantado a su tiempo —le digo, encogiéndome de hombros.

—Bueno, eso tendrá que juzgarlo tu amiga. Y por cierto… —Parece que va a decirme algo muy importante por cómo se prepara para ello—. ¿Tienes alguna amiga en el otro tiempo mejor que yo?

Hasta Mike se ha echado a reír a carcajadas.

—No es muy sociable —le cuenta sin dejar de reírse todavía.

—Maravillo… Es decir —dice ella, rectificando—, no es que sea genial que… Bueno, lo sé, vale, me ha quedado muy tóxico. Pero… ¿Podemos seguir siendo mejores amigas como de pequeñas?

¿Explotaré de felicidad si contesto a eso?

—Nunca hemos dejado de serlo.

Y parece que sigo de una pieza incluso con el abrazo que Olive me da al decirle aquello.

Mi amiga, mi mejor amiga, da los abrazos más confortables del mundo entero.

XV

Michael

—No, ninguna de las otras veces se hizo esto.

—¿Por qué?

—Por lo de Gabriel —le explica Anna a Olive en bajo mientras continuamos escuchando a la gente del pueblo contar cuentos a los niños y niñas de Mist Rachs—. Casi todo fue cancelado después de eso.

Olive comprende, asintiendo en silencio. Yo sigo vigilando las puertas de esta sala por si Pete entra mientras ellas dos siguen hablando. Anna le ha pedido a Olive que no le cuente a nadie más quiénes somos, pero no sé durante cuánto tiempo más va a poder cumplir su promesa, porque imagino que en algún momento los vecinos empezarán a sospechar que se llevan de repente demasiado bien ambas. Aunque la verdad es que a nadie de Mist Rachs parece sorprenderle nunca nada de lo que sucede, como si estuvieran acostumbrados a los sobresaltos inesperados que incluso escapan del entendimiento humano. Todo lo aceptan con una sonrisa, como si supieran que las situaciones más extrañas que se imaginan, podrían suceder delante de sus narices. Es increíble la capacidad de adaptación que han desarrollado en este pueblo. En mi tiempo ya éramos bastante avanzados, pero en este…

—¿Tampoco embotellábamos la Navidad? —le vuelve a preguntar Olive.

Creo que se refiere al ritual que me contó Anna que solían hacer en este tiempo. Ella recordaba que de pequeña se reunían todos para meter especias y adornos navideños en pequeños tarros que dejaban reposar hasta pasada la medianoche de Nochevieja, es decir, justo cuando el año terminaba y daba paso al siguiente. Cada uno embotellaba lo que era para esa persona la esencia de la Navidad que terminaba y deseaba recordar durante todo el año que tenían por delante. Meses después, concretamente en la medianoche del treinta de noviembre, se volvían a reunir en el mismo lugar para quemar todos juntos el contenido, dando paso al mes de diciembre frente al reloj del pueblo, deseando que esa nueva Navidad fuera mejor que la anterior. Nos gustó tanto en su día ese ritual que en mi tiempo decidimos empezar a hacerlo también. Puede que fuera el motivo por el que llegó la tradición a estos días, quién sabe.

—La gente iba y dejaba su pequeño botecito bajo el reloj del ayuntamiento, pero todo era muy silencioso y, además, al día siguiente…

Olive comprende que, lo que hemos vivido cada una de las veces que hemos regresado, no ha sido nada comparado con lo que estamos descubriendo en esta ocasión. Este parece ser el verdadero Mist Rachs en la actualidad, no la versión gris y triste que habíamos descubierto con anterioridad. Es así como Anna lo recordaba. Puede que por eso en esta ocasión esté incluso disfrutando, a pesar de lo que sabe que nos jugamos.

Una puerta se abre detrás de nosotros y vemos aparecer por fin a Pete con uniforme de sheriff y rostro serio. Sí, como decía Olive, ha venido para asegurarse de que todo está bien por aquí. Tiene que ser agotador su trabajo. ¿No descansa ni un segundo en todo el día?

—Tu padre ha llegado —le dice Olive, dándole un codazo a Anna.

Ella sonríe levemente de forma hermosa sin dejar de seguir con la mirada a Pete, que se ha quedado de pie al fondo, en uno de los pasillos del lateral derecho de la sala.

—Y no parece que Frederick esté por aquí —dice ella, bastante aliviada—. A lo mejor si se lo digo…

—Frederick no va a pasarse por Mist Rachs en una larga temporada —comenta Olive.

Anna la mira con el ceño fruncido.

—Ha estado aquí.

—¿Cuándo?

—El sábado.

—¿El sábado? —pregunta su amiga con asombro—. Nadie le ha visto.

—Mi padre sí, y estuvo hablando con él —explica—. Por poco se me para el corazón cuando vi que empezaban a discutir y pensé que… —Detiene sus palabras al ver que Pete nos ha localizado y viene hacia nosotros—. Ay, dios mío, ¿qué hago?

Olive sonríe por los nervios de su amiga y le da unas friegas en el brazo a distancia desde su asiento, tratando de calmarla de esa forma.

—¿Vas a decírselo ahora? —pregunto.

—No sé, yo… —Su padre llega hasta nosotros, agachándose en cuclillas ante su hija, sentada en la butaca de al lado del pasillo—. ¿Pasaba algo, sheriff?

—¿Va todo bien? —pregunta él en un susurro.

Anna duda un instante antes de contestarle.

—Sí, estábamos viendo…

Señala el escenario, en donde alguien del pueblo está contando un cuento para todos los niños y no tan niños presentes en la sala.

—¿No queréis participar? —le pregunta ahora a su hija.

¿Por qué se comporta cada vez con más dulzura hacia Anna? ¿Es que sospecha algo?

—No, gracias. —Y al ver que Pete no se mueve de su lado todavía, vuelve a hablar—. ¿Y tú? ¿Participas?

Él se sorprende con aquella pregunta por cómo abre los ojos y echa hacia atrás unos milímetros su cuerpo, aunque sigue en cuclillas a su lado.

—¿Yo? ¿Contando un cuento?

—Seguro que los cuentas de maravilla.

Pete sonríe. ¡Sonríe! No le hemos visto sonreír ninguna de las veces que hemos venido a este tiempo, pero en esta ocasión…

Esta vez hay demasiadas cosas diferentes.

—La verdad es que a mi hija le encantaba que le contara cuentos, ¿sabes?

Anna sonríe en exceso y temo que se vaya a echar a llorar otra vez por la emoción.

—Me gustaría escucharte —le dice.

Ambos se miran unos segundos hasta que Pete se levanta y asiente con la cabeza, yéndose sin más hacia adelante, caminando con firmeza de sheriff que está de vuelta de todo.

—¿Qué es lo que acaba de pasar, Anna? —le pregunta con emoción Olive.

—Creo que he metido la pata, ¿no?

Antes de contestarle nada, vemos a Pete hablar con alguien de la organización, que se sorprende tanto o más que nosotros cuando ha empezado a sonreír hace un momento. Asiente repetidamente y empieza a hacerle indicaciones que no comprendemos.

—Me parece que va a subir al escenario —nos dice Olive sin creérselo ni ella misma.

—¿Que va a…? No creo —dice Anna.

Pero la persona que estaba contando un cuento hasta ahora mismo, termina y comienza a

bajar del escenario mientras todos aplaudimos. Y entonces vemos a Pete subir por las mismas escaleras por las que la otra persona baja, la cual se queda sorprendida de ver al sheriff allí, igual que todos los presentes cuando se dan cuenta de lo que está pasando.

—No me lo puedo creer —murmura Olive, medio riéndose y sacando un aparato que enfoca hacia Pete—. Esto lo tengo que inmortalizar porque la gente va a pensar que me lo he inventado.

Pete se aclara la garganta al llegar al lugar que han ocupado antes todos los que han pasado por el escenario. Se coloca frente al aparato que amplifica el sonido y le da unos golpecitos antes de hablar.

—Buenas tardes a todos —dice ahora con una voz totalmente alejada de lo habitual—. Este año me he decidido a subir aquí para contaros un cuento que a mi hija le encantaba. —Sonríe para sí mismo antes de continuar—. Cada noche, al llegar de trabajar, me pedía este mismo cuento; nunca se cansaba de él. —Parece pensar en algo después—. A pesar de su edad, era muy cabezota, y si le gustaba ese cuento, lo quería escuchar cuantas veces fueran necesarias. —La gente se ríe con él, aunque no por eso dejan de murmuran entre ellos—. Bueno, espero que os guste tanto como le gustaba a ella. Y ojalá, dondequiera que esté ahora, se siga acordando de esta historia y de su viejo padre que tanto la extraña.

—Cariño… —le digo a Anna acariciando su pelo, viendo que se ha echado a llorar con las últimas palabras que ha dicho su padre.

—Te quiere muchísimo —le dice Olive con emoción.

—Y yo a él —escucho que dice con un hilo de voz, secándose las lágrimas de las mejillas con rapidez.

Pete comienza a hablar mientras Anna va calmándose poco a poco, intentando prestar toda la atención a su padre.

—Había una vez, hace muchos, muchos años, una pequeña niña que no creía en magos ni brujas, ni en unicornios ni dragones. Una niña de bucles dorados en el pelo que pensaba que en este mundo no existía la magia ni ninguna criatura sobrenatural. —Hace una pausa después de esa introducción y continúa hablando, mirando de reojo a Anna—. Un buen día, su padre le trajo una bellota que decía ser mágica. La niña la rechazó, repitiéndole que todo eso no era real, que le habían engañado si alguien se lo había vendido. El padre le aseguraba que era cierto, que aquella pequeña bellota podía conceder un deseo, como si de una lámpara mágica se tratara. Después de ese deseo, la bellota desaparecería para siempre, así que tenía que pensar mucho lo que quería antes de pedírselo. —Los niños empiezan a emocionarse con aquellos elementos mágicos, contados, además, con emoción por alguien que ninguno de los adultos presentes habríamos imaginado que sería capaz de hacer algo así—. Como la pequeña niña no quiso saber nada de aquella bellota, su padre le dijo que la guardaría en el bolsillo de su camisa hasta que ella se la pidiera, pero pasaban los días y aquella niña olvidó por completo la existencia de la bellota. —Hace una nueva pausa; parece controlar de maravilla el arte del cuentacuentos, quién lo iba a decir—. Poco después, apareció en el pueblo un malvado mago que comenzó a atemorizar a todos los vecinos, buscando algo de divertimento en aquellas pobres gentes que lo único que querían era vivir en paz. —Todos los niños que escuchan a Pete sin parpadear exclaman, asustados, que alguien haga algo para salvar a los vecinos del malvado mago, haciéndonos reír —. Nadie sabía cómo acabar con aquella pesadilla. Fue entonces cuando la niña que no creía en magos ni brujas, ni en unicornios ni dragones, salió a enfrentarse con quien estaba aterrorizando a todos sus vecinos, sin más ayuda que una pequeña espada de madera, retando a aquel mago.

Este se echó a reír, por supuesto, ya que pensó que la niña no representaba ningún problema para él. Pero al empezar a luchar, vio que esa pequeña tenía un valor que no había visto en nadie del pueblo hasta ahora. Y aunque al principio se divirtiera con esa pelea, pronto el mago volvió a aburrirse y decidió que ya era hora de acabar con la pequeña niña valiente que seguía blandiendo su espada de madera hacia él.

La sala empieza a llenarse de gritos de los niños, pidiendo que alguien haga algo para salvar a la niña que se atrevió a enfrentarse a un mago tan malo. Pete sonríe, intentando no mostrar lo mucho que se está divirtiendo con todo esto.

Miro a Anna, que está escuchando con atención y emoción a su padre contar aquel cuento. Parece recordarlo perfectamente por cómo dice en ciertos momentos algunas de las palabras que el propio Pete pronuncia sobre el escenario.

—¿Estás bien? —le pregunto, rodeándola con mi brazo.

Ella me mira un instante y asiente, volviendo a prestar toda su atención a Pete.

—Ahora viene la mejor parte —me explica.

Aquello me hace reír. Anna ha vuelto a ser la pequeña niña que vi por primera vez saliendo del bosque, llorando mientras buscaba a sus padres, no entendiendo qué es lo que estaba pasando a su alrededor. Ahora lo comprende demasiado bien, pero Pete ha vuelto a llevarla con sus palabras a aquellos días en los que no tenía que preocuparse por intentar salvarle la vida una y otra vez.

A esa época en la que era plenamente feliz.

XVI

Pete

He vuelto a vivir la emoción que sentía cuando le contaba este cuento a mi pequeña Annie, mientras ella me pedía que salvara a la niña de aquel malvado mago, noche tras noche, aunque supiera cómo terminaba el cuento. Aquellos niños, sentados en las butacas de las primeras filas del teatro, me piden lo mismo que ella, y es algo que me hace no poder dejar de sonreír.

La extraño tantísimo…

—El padre de aquella niña escuchó entonces gritos provenientes del lugar en el que estaba sucediendo todo —continúo contándoles, consiguiendo con esto que dejen de pedirme tan alto como pueden que, por favor, haga algo con aquel mago. Porque saben que si el padre se ha enterado de que su hija corre peligro, él podrá salvarla; siempre tendría que ser así, también en la vida real—. Se dirigió corriendo hacia ellos justo cuando el mago disparaba un rayo mortal a su hija. El padre se colocó en medio de ambos, recibiendo él, y no su pequeña niña, la descarga que le recorrió el cuerpo de arriba abajo, tirándole al suelo, moribundo, mientras intentaba coger aire a bocanadas. La hija se echó a correr hacia él, llorando sobre su cuerpo. Su padre estaba muriéndose y ella no podía hacer nada por evitarlo.

—¡Que busque la bellota mágica! —grita una niña entre el público, provocando que todos ellos repitan aquella petición hasta casi ensordecer al resto de los presentes, que ríen encantados por lo que les está gustando a todos esta historia.

—Efectivamente, la niña recordó la existencia de aquel regalo que su padre le hizo tiempo atrás. —Todos empiezan a aplaudir, más que emocionados. Veo que al fondo, en las filas de atrás, aquella chica que llegó el día de Navidad junto al otro chico, aplaude también un instante. Sus ojos brillan con tanta intensidad que incluso puedo verlo desde aquí—. Buscó la bellota en todos los bolsillos de su padre hasta que halló el pequeño objeto, que mantenía el mismo aspecto y frescura que el primer día que lo vio. Lo cogió entre sus manos y formuló su deseo: quería que la bellota le devolviera la vida a su padre. Entonces aquel pequeño fruto comenzó a moverse de manera extraña. Se agitaba en sus manos hasta que salió disparado hacia arriba, explotando en mil pedazos que cayeron en forma de lluvia brillante. ¿Eso significaba que su deseo sería concedido?

—¡Sí! —gritan todos los niños al unísono, juntando sus manos como si rezaran para que fuera verdad.

—Su padre comenzó entonces a mover los párpados, consiguiendo abrirlos a los pocos segundos. La pequeña niña valerosa abrazó a su padre al darse cuenta de que volvía a estar vivo, tal y como le había pedido a la bellota hacía un momento. El mago, al presenciar aquel acto puro de amor profundo entre padre e hija, empezó a agitarse de igual forma que la bellota, elevándose unos centímetros en el aire. En cuanto volvió a posarse en el suelo, no parecía ser el mismo; su sonrisa y su gesto angelical parecían indicar que ya no era un temible mago, sino uno bondadoso y arrepentido de sus actos pasados por cómo comenzó a pedir perdón a cada uno de los vecinos del pueblo. La magia del amor acababa de devolver a la vida a su padre y había logrado cambiar al malvado mago que tanto había atemorizado a su pueblo. —Consigo continuar el cuento entre

los aplausos de los más pequeños y también los más adultos—. A partir de ese día, la niña de rizos dorados empezó a creer en magos y en brujas, en unicornios y en dragones. Desde entonces, siempre que veía una bellota por el lugar, sonreía al recordar aquel momento mágico que todavía no era capaz de explicar. Hasta que ella misma fue madre, muchos años después, y un buen día llegó a su casa con una bellota mágica que le entregó a su hijo, como su propio padre le entregó a ella en su momento. —Hago un silencio de un par de segundos antes de terminar—. Aunque su hijo le preguntó cómo podría funcionar algo así, sin comprender del todo lo que su madre le estaba regalando, lo único que ella pudo explicarle, con una sonrisa en los labios, fue que donde no llega la razón, la magia del amor, de la valentía de una pequeña niña o de una bellota, todo lo puede lograr.

Cada uno de los presentes comienza a aplaudir ante el final del cuento, como si les hubiera gustado lo que todas las noches mi propia hija me pedía que le repitiera una y otra vez de forma incansable. Recuerdo todavía su rostro emocionado al sentarme a su lado, en la cama de su dormitorio, dispuesta a que comenzara a hablar. Sus ojos brillaban bajo la luz cálida de la lámpara sobre la mesita de noche. Es como si con este aplauso multitudinario pudiera sentir el abrazo de mi pequeña Annie al terminar el cuento, justo antes de que ella pronunciara las palabras que siempre, sin faltar un solo día, me decía al acabar: *Papá, ¿y mi bellota?* Y yo, invariablemente, sacaba una de dentro de mi cazadora, ofreciéndosela a ella, que la guardaba como un tesoro hasta que pedía un nuevo deseo que siempre procuraba satisfacer para que siguiera creyendo en la magia.

Hasta que el destino me la arrancó de los brazos y no pude hacerlo más.

—Creo que vas a tener que repetir al año que viene —escucho decir a Massie junto a mí.

Ni siquiera me he enterado de cuándo ha subido, pero está aquí a mi lado, parece que emocionada, dándome unas palmaditas en la espalda.

—Estaré encantado de repetir todas las veces que queráis —le respondo, asintiendo ante su petición.

Ella sonríe con mis palabras.

—Si quieres decir algo más… —propone señalando el micrófono, viendo que va descendiendo la intensidad de los aplausos.

Miro hacia el magnífico público que he tenido en esta ocasión, tantos años después, y me vuelvo a acercar al micrófono.

—Hacía muchos años que no contaba de nuevo este cuento y me alegra saber que sigue gustando. —Agacho un instante la mirada, pensando en ella—. Mi hija Annie, cuando llegaba al final, siempre me decía…

—Papá, ¿y mi bellota?

El silencio que se ha hecho en la sala me ha permitido encontrar con facilidad de dónde procede esa voz. Y cuando mis ojos consiguen localizarla, veo que aquella turista que llegó hace pocos días a Mist Rachs está viniendo hacia mí sin dejar de mirarme.

¿Está llorando? Sí, veo con claridad que llora cuando la tengo lo suficientemente cerca de mí, sobre el escenario también. Su proximidad me abrasa y siento que voy a acabar colapsando delante de todos los presentes si ella se acerca más a mí. Porque en cuanto ha dicho aquellas palabras que nadie más sabía, he sentido que mi mundo volvía a girar por y para ella.

¿Es…?

¿Es mi…?

—¿Annie? —pregunto con miedo a que su respuesta no sea afirmativa.

Una nueva cascada de lágrimas resbala por sus mejillas mientras asiente con la cabeza, no atreviéndose a acercarse más a mí. Sus ojos desprenden la misma mirada curiosa que entonces, hace ya quince larguísimos años. Temo tocar su cuerpo por si todo esto es parte de otro de mis sueños y se desvanece de nuevo, dejándome una vez más totalmente devastado.

Veo que extiende su mano hacia mí, reclamándome algo y dejándome ver aquella marca de nacimiento que todos los Rastchims tienen en la palma de la misma, aquella que tantas veces acaricié hasta que se quedaba dormida y tanto extrañé durante todos estos años de ausencia.

—La última que me diste, la gasté aquel día en el bosque, pidiendo encontraros de nuevo —me dice con voz adulta mi pequeña, haciéndome llorar a mí también.

Mi mano busca en el bolsillo interior de mi cazadora un objeto que siempre llevo encima y se lo ofrezco. Poso la bellota en el centro de la palma de su mano y ella la cierra, apretándola como si quisiera hacerla explotar ella misma por estar pidiéndole un deseo en este preciso momento.

—¿De verdad eres tú, Annie? —vuelvo a preguntar.

Asiente, sonriéndome sin dejar de llorar. Y creo que continúa asintiendo y llorando mientras la abrazo con todas mis fuerzas, repitiéndole una y mil millones de veces cuánto la quiero y lo mucho que he sufrido su ausencia. Y sé que tendríamos que contarnos demasiadas cosas, que estamos volviendo a tentar al destino. Que la maldición sigue ahí y nos arriesgamos a que algo horrible pueda suceder, pero todo eso tendrá que esperar un instante al menos. Tengo de nuevo a mi niña entre mis brazos, algo que jamás pensé que volvería a suceder, y puedo sentir su corazón acompasado con el mío, latiendo aceleradamente ante una multitud que sigue aplaudiendo.

Las preguntas y los miedos pueden esperar, porque la tengo conmigo de nuevo; eso es en lo único en lo que soy capaz de pensar.

XVII

Anna

Esta vez no ha habido intentos de encarcelamiento ni gestos de enfado. No he recibido desplantes ni amenazas de expulsión del pueblo. Tampoco parece haber ningún peligro a la vista y Frederick no ha estado presente, así que no hemos peligrado ni nosotros mismos ni nadie de nuestro alrededor. Todo ha sido demasiado perfecto y, después de lo que hemos pasado en las veces anteriores, casi no me puedo creer que haya podido abrazar por fin a mi padre.

—Todavía me cuesta asimilarlo —escucho decir a Marie a mi lado mientras habla con su hermana.

—Ahora lo importante es que encontremos entre todos una solución a lo de la maldición —insiste Olive.

—Cariño, ¿no vas a soltar a tu padre en ningún momento? —me dice Mike—. Porque va a acabar con alguna extremidad gangrenada.

Noto reír a mi padre con aquel comentario, pero no hace amago de intentar que le suelte. Es más, su mano alcanza mi pelo y empieza a acariciarlo lentamente, relajándome más aún de lo que ya estaba.

—Émilie es la que más sabía sobre estos temas —comenta él ahora—. Pero es complicado localizarla.

Levanto la cabeza del pecho de mi padre y le miro en cuanto menciona a mi madre. La extraño a ella también tantísimo…

—Podría intentarlo yo con mis padres, aunque tengo el mismo problema —interviene Gabriel junto a su hermana, que nos observa a mi padre y a mí con una reveladora sonrisa.

—De todas formas —vuelve a decir mi padre—, ella no se arriesgaría a volver así como así. Temería que algo pudiera sucedernos a cualquiera de los tres si volvemos a estar juntos, como ya pasó hace años.

Al decir aquello, me abraza con fuerza y se hace un momentáneo silencio en el que todos clavan sus ojos en nosotros, creo que comprendiendo la situación.

—Pero no podemos dejarlo así —se queja Olive—. Ellos han estado muchos años sufriendo por una situación horrible y merecen empezar a ser felices. Todos juntos, como la familia que querían ser.

—Además, ahora que mi hija está embarazada, es urgente que…

Corto a mi padre con un carraspeo y él me mira al instante.

—Esa era una pequeña mentira que se me ocurrió decirte para disimular, pero no estoy embarazada —le confieso.

Abre los ojos al doble de lo normal y se echa a reír, cogiendo mi cabeza y llevándola de nuevo a su pecho.

—Entonces tenemos algo más de tiempo —dice ahora—. La actividad de este mes es inusual y no sé si será porque mi hija ha estado alterando todo demasiado por cruzar tantas veces seguidas o es por algo más.

—Perdón, papá —le digo yo desde su pecho, sin soltarle todavía.

Él me mira y cambia su gesto, volviendo a sonreírme, como si me estuviera diciendo que

no me preocupe por eso ahora.

—La leyenda dice que la maldición se romperá si tres generaciones de Rastmichs demuestran ser merecedores de la compasión de los mistrachianos —explica Marie, como si supiera de memoria todas y cada una de las leyendas del pueblo.

—¿Sabemos qué pasó con la familia de Émilie antes de…? —comienza a preguntar Jenna, que parece estar incluso nerviosa, intentando hallar una solución.

Mi padre niega con la cabeza, haciendo un chasquido con su lengua nada halagüeño.

—Su padre se fugó con el dinero de las arcas públicas en cuanto su mujer falleció cuando Émilie todavía era una niña. Lo achacó a la maldición y quiso vengarse de esa forma —nos explica, bastante avergonzado.

—¿Fue el padre de Émilie quien…? —exclama Gabriel—. Mist Rachs tardó años en reponerse medianamente de aquello.

Y por las caras de todos, me parece que mi abuelo no fue merecedor de la compasión de ninguno de ellos precisamente.

—El dolor y la impotencia pueden provocar que la gente se vuelva demasiado oscura —comenta Massie con pena, meneando la cabeza mientras dirige su mirada hacia el suelo de madera de la sala de teatro, en la que seguimos hablando.

—Entonces tendrían que esperar a que Annie fuera madre y…

Pero la propuesta de Marie no me gusta nada.

—¿Por qué tengo que ser infeliz toda mi vida hasta que mi supuesto futuro hijo o hija decida cómo quiere comportarse? —me quejo, sintiendo ganas de llorar otra vez—. No quiero volver a separarme de mi padre y merezco ver a mi madre de nuevo.

Las caricias de mi padre vuelven a calmarme poco a poco, pero sigo indignada con una maldición que parece que tengamos que sufrir eternamente por algo que no merecemos en el presente.

—Algo se tiene que poder hacer, porque no es justo —dice Olive acariciando mi brazo, solidarizándose conmigo.

Todos los presentes se quedan en silencio, destrozándome con ello, porque eso quiere decir que a nadie se le ocurre nada que pueda librar a mi familia de esta maldición.

—Esto significa que podría pasarnos cualquier cosa si seguimos juntos, ¿no? —le pregunto a mi padre, rogando internamente para que me prometa que mis miedos no son reales y que todo va a salir al final bien, que todos podremos tener un final feliz de alguna forma.

Pero su sonrisa es demasiado triste como para soñar siquiera algo así.

—Te prometo que haré lo que sea para que podamos volver a ser una familia —susurra para mí, separando el pelo de mi cara con cariño. Mira entonces a Mike y vuelve a sonreírme—. Y para que vosotros dos podáis formar una nueva familia.

—Ampliar la nuestra —le corrijo.

Y mis palabras le han encantado por cómo sigue sonriendo.

—Ampliar la nuestra —repite, besándome en la frente y volviendo a la conversación con el resto, intentando hallar la forma en que las cosas se acaben solucionando.

Pero todos sabemos que es bastante complicado.

Si mi familia lleva maldita durante generaciones desde hace cientos de años, ¿qué podríamos hacer ahora para revertir un maleficio que ha durado tanto?

XVIII

Pete

No va a haber forma de poder localizarla. Lo he intentado de todas las maneras posibles, pero sigue sin dar señales de vida. Sí es cierto que de vez en cuando sé algo de ella. Un breve mensaje, unas pocas líneas en un email. Poco más. Sé que eso ya es demasiado para Émilie. Sigue sufriendo por lo que sucedió y estoy seguro de que me culpa por ello. Yo mismo me culpo, ¿cómo no iba a hacerlo ella?

Cada día de mi vida me he sentido a morir al despertarme. Incluso antes de abrir los ojos, notaba el peso de la culpa por no ser capaz de hacer nada para recuperar a mi pequeña. Pero, ¿qué se suponía que iba a hacer? Si trataba de recuperarla, corría el riesgo de que le sucediera algo realmente grave.

Sabíamos que había cruzado a alguna parte dentro del bosque; la misma Émilie me lo confirmó. Quise ir a por ella, realmente lo intenté, pero fue mi mujer la que me rogó que dejara que fuera ella quien se encargara, que esta situación había ido demasiado lejos por no hacerle caso desde el principio. Me dio verdadero miedo cuando me mostró los casos en los que sus antepasados habían intentado remediar cosas parecidas: sus hijos habían terminado teniendo un final fatal.

Pero yo no era capaz de vivir sin Annie.

Fueron días, semanas, meses horribles, en los que incluso intenté acabar con todo. Pensé que si yo desaparecía, ella podría volver con su madre al menos. Émilie no me lo permitió. Me juró que estaba trabajando en ello, que tuviera paciencia, que todo lo podría terminar arreglando, pero que confiara en ella. Y lo hice, porque no tenía más remedio. Me convenció diciendo que si a mí me pasaba algo, cuando consiguiera hacerla regresar, Annie se podría sentir tan culpable que la maldición no se rompería y eso le destrozaría la vida. Y no podía permitir que, por mi culpa, ella sufriera.

Recé día y noche desde entonces para que, dondequiera que estuviera, hubiera encontrado gente que cuidara de ella. Rogué para que no recordara nada de esta época, ni siquiera a nosotros, sus padres, para que su vida no fuera un constante dolor. Ella merecía ser feliz, cuando, donde y con quien fuera. Y yo…

Yo seguiría queriéndola en este tiempo hasta el fin de mis días, soñando con un reencuentro que jamás pensé que se daría.

—No me lo puedo creer —dice mi hija, que continúa riéndose mientras camina junto a todos hacia Mistletoe Square—. ¿En serio somos famosos? ¿Esa leyenda de Mist Rachs puede ser sobre nosotros?

—Yo creo que sí, porque se parece muchísimo lo que nos acabáis de contar a lo que se cuenta en esa leyenda —responde Olive. Y me mira—. ¿No crees que podrían ser ellos?

Yo me encojo de hombros y sigo mirando a Annie, viendo cómo es de bonita cuando sonríe.

—Pero yo no tengo ninguna hermana —le dice Michael—. Fue una vecina la que se perdió en el bosque. Mi madre murió cuando yo era muy pequeño y mi padre acabó yéndose a la ciudad con otra mujer y me quedé sirviendo a los vecinos de al lado.

—Por dios, Mike, menuda tragedia —exclama Marie.

—¿Tragedia? —dice él, parece que sin comprender por qué la alcaldesa ha dicho eso—. No fue nada traumático. Además —y mira a mi hija con ojos de amor puro—, pude quedarme a su lado.

La gente ovaciona esa frase mientras ella le regala un tierno beso en los labios. Parecen ambos demasiado inocentes para este mundo.

—Bueno, las leyendas van cambiando detalles con el paso del tiempo —les explico yo ahora—. Esa tiene muchos años, así que habrá cosas que no coincidan exactamente.

—Y la bruja tampoco daba tanto miedo —dice mi hija.

—¿Cómo que no? —protesta Michael—. Me contaste que tuviste pesadillas con ella durante una semana.

—¡Te dije que eran por cenar demasiado fuerte! —protesta ella, dándole un pequeño empujón, haciendo reír a todos los presentes, incluyéndome a mí.

Hemos llegado frente al ayuntamiento, donde Tom, el manitas del pueblo que hace también las veces de relojero, nos recibe a todos con el tarro que él usa cada año invariablemente para esta actividad. La Magia de la Navidad es un taller que todo el pueblo ama y al que intenta asistir todo el mundo. Es por eso que las calles de Mist Rachs llevan atareadísimas desde hace horas, ya que la gente va de aquí para allá buscando las cosas que quiere meter en sus respectivos recipientes, unos más originales que otros, de diferentes materiales y tamaños, y que durante todo el año guardarán en sus casas para recordar que ya falta menos tiempo para que llegue la temporada navideña. Su contenido se quemará antes de comenzar el próximo diciembre, pero volverá a llenarse con recuerdos de los días navideños que tendremos por delante durante todo el mes y, con un poco de suerte, el deseo que se pida, se hará realidad. Yo llevaba quince largos años haciendo este ritual en mi casa, alejado de la gente y del bullicio y alegría que emanaban de este día, pidiendo una y otra vez el mismo deseo de forma invariable. No podía soportar recordar a mi propia hija corretear por el pueblo, buscando por todas partes junto a su madre algo más que meter en su botecito. Además, fue a finales de la temporada navideña de hace quince años cuando ella despareció en el bosque.

No podía soportar enfrentarme a algo así bajo la entristecida mirada de todo el pueblo.

—Parece que ya vais llegando todos —comenta Tom desde aquella caseta de madera que habilita cada año bajo el reloj, en donde la gente puede preparar su frasco y dejarlo reposando hasta la noche siguiente—. Venga, id pasando para terminar de enfrascar y colocad vuestros botes en las estanterías del fondo. No os olvidéis de poner la etiqueta con vuestro nombre para identificarlos mejor, que luego hay problemas con la concesión de deseos, y no quiero mirar a nadie —dice cuando pasa precisamente por delante Erik, uno de los cocineros del restaurante de Philip.

—Quisiera yo saber quién fue la persona que pidió que Alan le llevara tantísimas plantas a su casa —se queja él, haciéndonos reír a todos.

Sí, a mí también. Porque desde que tengo a mi hija cerca, la vida parece menos dolorosa.

—Eso pudo ser porque Alan tiene la cabeza en las nubes y no porque alguien pidiera algo así —le dice Jo, su compañera de trabajo y amiga—. Que tú lo achacas todo a lo que te conviene.

Erik recibe una suave colleja de Jo, pero este se queja como si le hubiera traspasado el cráneo, haciendo reír a los que tiene alrededor.

—Yo intentaba cancelar los pedidos del invernadero y Alan no me hacía caso —vuelve a intentar justificarse mientras comienzan a guardar los nuevos ingredientes y recuerdos en los

respectivos frascos.

—¿Ya lo tienes todo? —le pregunto a mi hija, que está muy concentrada en el suyo, metiendo pequeñas ramitas de abeto que encontró cerca del bosque.

Me mira y me sonríe.

—Sólo me queda mamá.

—Te aseguro que estoy intentando…

Agarra mi brazo con delicadeza sin dejar de sonreír.

—No pasa nada, papá, lo sé. Ya conseguirás localizarla cuando sea. —Se queda observando los pequeños frascos que estoy preparando desde hace un rato—. ¿Y todo eso?

—Me ha pedido Tom que le ayude con esto. Parece ser que desde hace unos años preparan varios frascos genéricos por si acaso llega alguien que no tiene y quiere participar o por si un vecino rompe el suyo —le explico como lo hizo hace un rato el mismo Tom—. Pero no me he olvidado del mío.

Mira mi frasco y luego vuelve a levantar sus ojos hacia mí.

—Y tú entonces, ¿ya has guardado todo en tu frasco?

Asiento antes de responder mientras lo cojo y pongo el tapón de corcho en el pequeño bote de cristal transparente que he elegido para la ocasión.

—Espero no tener que pedir lo mismo de siempre al año que viene.

Y creo que ella sabe lo que he podido estar pidiendo todos estos años.

—Yo también espero no tener que hacerlo —me dice, confirmándome que ambos seguimos con esta tradición, aun estando tan lejos en el tiempo durante tantos años.

—¿Antes también se hacía? —pregunta ahora Marie, que acaba de terminar de meter un poco de muérdago en su bote, ayudada por Gabriel.

—De hecho, nos lo enseñó Anna —les cuenta Michael.

—A lo mejor fue ella la que llevó la tradición a ese tiempo y… —empieza a decir Loreen, pero entonces detiene sus palabras y me mira—. Uy.

Todos se han girado también hacia mí con cara de preocupación.

—Un curioso bucle temporal —es lo único que comento yo, alargando mi mano y acariciando un mechón de pelo de mi hija, que no deja de sonreírme.

—¿Cómo que…? —comienza a decir Philip—. Por poco me exilias del pueblo cuando vino mi madre y te pedí tiempo para estar con ella, ¿y ahora dices que…?

Se ha quejado con tanta gracia que el resto ríe por sus palabras.

—No se puede hacer nada con respecto a esto, Philip, pero lo tuyo sí se podía evitar —le reprendo de forma bastante más suave de la que merecería.

Y él lo sabe, por eso se echa a reír.

—Vaya, podríamos haber traído algo de la oficina —escucho que le dice Marie a Gabriel.

—¿Una grapadora? No sé cómo se podría quemar eso al año que viene.

Ella se ríe, demostrando lo feliz que debe ser en estos momentos para hacerle gracia tamaña tontería.

Mi hija me pellizca el ceño y me giro hacia ella, viendo cómo parece esparcir algo en su bote de entre los dedos con los que me acaba de pellizcar.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto.

—Quería meter dentro un poquito de tu ceño fruncido.

Sonrío con su broma y…

Ah, vale. Yo he hecho lo mismo que hace la gente que es feliz. Bien, lo entiendo, sí.

—Voy a por algunos papeles y vuelvo ahora mismo —le dice Gabriel a Marie, dándole un breve beso que ella recibe como si fuera lo más increíble del mundo.

—Es tan bonito veros así… —comenta Jenna en cuanto él se va.

—Me pasa lo mismo contigo y con mi hermano —responde ella, señalando a Philip con su mirada, el cual charla con su otra hermana, Olive, intentando que comprenda que si se come los trocitos de galleta de jengibre que le ha traído a petición de ella, no va a poder meterlos en su frasco.

Tengo que reconocer que soy sheriff del mejor pueblo del mundo, con los vecinos más acogedores y comprensivos que podría alguien como yo imaginar tener cerca.

—Voy a hacer una ronda rápida alrededor y ahora vuelvo —le digo a mi hija, besando su frente.

—Pero todavía no has terminado —se queja ella, igual que cuando era pequeña.

—No tardaré nada, te lo prometo.

—Yo la cuido mientras tanto.

—No hace falta, Michael —le digo, dejándole cortado con mi respuesta—. Ella se puede cuidar muy bien sola.

—Papá… —vuelve a quejarse ella—. Primero, puedes llamarle Mike. Y segundo, él se está acostumbrando a todo esto. Es una frase que le ha salido sin querer, no porque piense que realmente necesito ser cuidada por un hombre.

—Te aseguro que me esfuerzo, Pete —me dice él, asintiendo ante todo lo que Annie me ha dicho.

En fin…

—Vuelvo ahora —les digo, aunque sé que ha sonado a amenaza incluso.

Todavía me cuesta dejar los hábitos de siempre y recordar que ya puedo ser feliz.

Y hablando de felicidad…

Cojo el móvil y trato de volver a localizar a Émilie. En algún momento tendrá que responder; su hija también la necesita a ella y espero que ese reencuentro no tarde en llegar.

XIX

Frederick

Tiene que estar aquí, estoy seguro. Es el único sitio que me queda por revisar a fondo. En el ayuntamiento no hay nada y estoy empezando a desesperarme, porque pronto volverán y me pedirán explicaciones sobre lo que hago todavía en Mist Rachs. Puede que ya se hayan enterado de que no soy teniente de alcalde desde hace días; ellos parecen saber todo siempre. Y querrán que les cuente por qué vuelvo a este infernal pueblo si ya no tengo nada que hacer aquí. Podría inventarme algo, decirles que estoy tramando alguna maldad contra los vecinos, porque sé que eso les encantaría. Pero me pedirían detalles y… ¿Qué voy a decirles? ¿Qué detalles podría facilitarles sobre algo así?

Hace años seguramente podría haberlo hecho. Sí, sin ninguna duda. Podría incluso haber llevado a cabo cualquier tipo de maldad contra este pueblo. Y por eso vine aquí, para infiltrarme y pasar información. Ellos trabajan en… Sé que es algo importante, aunque nunca me dan detalles, dicen que por mi seguridad. Tampoco yo los solicito. Comprendo que un chico de veinticinco años como yo hay cosas que no es capaz de entender y siempre he pensado que en algún momento me irían contando algo más de lo que hacen.

Pero ahora…

Ahora estoy en un buen lío como vuelvan y me pillen metiendo las narices donde seguro que dicen que no debo tenerlas.

Que, en el momento actual, es en los archivos de Mist Rachs, ubicados en la biblioteca del pueblo.

Y tengo que darme prisa, porque no va a durar para siempre la mierda esa de la magia navideña que tiene a todos como locos en el pueblo. En cuanto August acabe de hacer lo que sea que hacen allí, volverá y no quiero que me pillen rebuscando en papeles antiguos del pueblo. Tengo que salir antes y largarme de aquí para no volver más.

Eso, si consigo encontrar algo, por supuesto.

Anna

—Yo creo que es un poco injusto, la verdad.

Miro a Mike de reojo y veo que está terminando de enfrascar todo por fin. Le ha costado decidirse más que nunca. Decía que tenía mucho que recordar de este año y no le iba a caber todo. Buscó incluso un tarro más grande que los que normalmente usaba en su tiempo y, aun así, ha tenido que esforzarse para que todo le quepa.

—¿Qué te parece injusto?

—Lo de tu padre. —Eso capta mi atención y dejo quietas las manos sobre mi frasco, mirándole atentamente, esperando a que continúe hablando—. Él puede llamarme Mike, todos pueden llamarte Annie y yo, sin embargo, sigo teniendo que decir Anna.

Ha terminado de hablar con voz de lamento absoluto, pero no por ello me mira. Parece dolido de verdad.

Levanto su barbilla para que por fin me mire y veo sus ojos brillantes y bellos observarme como nunca lo hace con ninguna otra persona. Es como si traspasara mis entrañas y abrazara mi alma con su mirada.

—Me molestaba que me llamaras así cuando estaba enfadada, nada más, pero puedes llamármelo siempre que quieras —le aclaro.

Y por su marcada sonrisa, sé que eso le ha encantado.

—¿En serio? —pregunta, como si no se creyera algo tan sencillo como esto.

—Claro, tonto —le aseguro, riéndome en cuanto me abraza con fuerza.

—Pensé que como no te querías casar conmigo, no sabías cómo decirme que…

Me dice aquello en voz baja, con su rostro hundido en mi melena, sin soltar mi cuerpo. Soy yo la que me separo un poco para mirarle a los ojos.

—Pero cariño, si yo te dije que no, fue por las circunstancias en las que estamos ahora mismo, nada más. Por eso te dije que no te lo tomaras como algo…

—No me vuelvas a decir eso de que no es personal, porque una proposición matrimonial siempre lo es —me corta, haciéndome reír aunque he intentado aguantar.

Acaricio su tersa mejilla afeitada, viendo cómo entrecierra los ojos un instante con el paso de mi mano por su piel. Beso sus abultados y enrojecidos labios que siempre saben a frutos del bosque por alguna extraña razón. O puede que sea yo, que su sola presencia la relaciono siempre con aquel primer encuentro de niños, cuando me encontró y vino hacia mí, corriendo, para preguntarme qué me pasaba y quién era yo. Cuando llegó a mi lado y vio que no dejaba de llorar buscando a mis padres, lo primero que hizo fue abrazarme tan fuerte que las lágrimas dejaron de salir de mis ojos. No recuerdo ya cuánto tiempo estuvimos abrazados; puede que algún adulto nos interrumpiera, porque yo no quise que ese abrazo terminara jamás.

Desde entonces, no se ha separado de mí. No lo hizo cuando los vecinos del pueblo de aquel tiempo, recelosos por mi presencia, sobre todo, por haber aparecido saliendo del bosque, no se fiaban de dejar que me quedara entre ellos. Pensaban que tenía que ver con la bruja que habitaba aquella maldita cabaña a la que las circunstancias de la vida nos condujeron años después. Fue gracias a él que una buena familia me acogió; él no se fue de mi lado incluso cuando su padre se fue a la ciudad. Siempre ha estado conmigo y no me imagino la vida sin él. Porque incluso cuando le expliqué lo que en realidad estaba haciendo, no me tachó de loca ni de bruja, no dijo nada a nadie, sólo pidió acompañarme y poder estar más tiempo a mi lado. Es un ser humano tan puro que no sé si me lo merezco.

Y yo he rechazado la propuesta de matrimonio de alguien así.

Es que soy idiota.

—Mike, quería decirte que yo…

Mis palabras se ven interrumpidas por voces demasiado altas fuera de esta caseta. Salimos todos sin pensárnoslo ni un segundo y vemos a mi padre llevando a Frederick hacia el puente, agarrándole por la espalda de su cazadora. Este se revuelve, intentando que le suelte, gritándole algo que no escuchamos desde donde estamos.

—Te lo advertí —vamos oyendo decir a mi padre, hablando con Frederick.

—¿Qué es lo que sucede? —les grita Marie, intentando llegar hasta ellos antes de que alcancen el puente.

Yo me echo a correr y consigo separarlos, haciendo que mi padre suelte a Frederick al verme ponerme en medio de los dos.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —me dice mi padre enfadado de nuevo, tratando de

alcanzarle.

Pero, aunque Frederick ya no está siendo retenido por él, no hace amago de huir a ninguna parte. Se mantiene a una distancia prudencial, pero continúa frente a todos, esperando a que se calmen los ánimos.

—No pienso dejar que te suceda nada, ¿de acuerdo? —le respondo ahora a mi padre, que en cuanto me escucha decir eso, frunce el ceño sin entender.

—¿De qué estás hablando? Tengo que…

Trata de volver a agarrar a Frederick, pero se lo vuelvo a impedir.

—Ya lo sujeto yo, Pete —le dice Olive, agarrando a quien mi padre intenta alcanzar, diciéndole de paso algo al oído y consiguiendo que deje que ella le agarre sin resistirse.

Ambos entonces parecen calmarse un momento, lo justo como para poder hablar sobre lo que está sucediendo.

—Tú vas fuera. Ya —es lo primero que le dice mi padre, señalando el Rachs Pont con el dedo de forma enérgica.

—Tengo cosas que hacer aquí, ya te lo dije el otro día —se excusa Frederick, al que Olive no suelta.

—¿Qué es lo que tienes que hacer? —interviene Marie con intriga.

—Ya no trabajas en el ayuntamiento y ni siquiera vives aquí —le recuerda Loreen junto a Marie, manteniéndose todos ellos a una distancia prudencial de Frederick.

—Te advertí que te detendría si volvías a Mist Rachs por intento de homicidio. ¿O sería de asesinato? —le dice mi padre, intentando dar un paso al frente que no le permito dar.

Y no me importa que resople, molesto. Esta vez voy a salvarle, pase lo que pase.

—Cariño… —escucho a Mike a mi lado, tratando de separarme a mí de entre los dos y quedarse él solo, no consiguiéndolo porque no pienso ceder.

—No intenté matar a Gabriel —responde Frederick, molesto por aquella insinuación—. No pensé que fuera tan grave la tormenta; aquí sois muy exagerados con todo.

—¡Tú podías ver el parte meteorológico igual que cualquiera! —le espeta Marie, que lógicamente se toma lo de Gabriel de forma personal—. Y, aun así, intentaste llevar a la muerte a Gabriel.

Este se gira hacia ella con cara de sorpresa para responder.

—Yo no hice tal cosa.

—¿Cómo que…?

Ahora es a Marie a quien hay que frenar para que no alcance a Frederick con sus propias manos.

—Me lo estás poniendo realmente difícil, así que cálmate un poco, ¿no? —le dice Olive, consiguiendo desviar a su hermana de la trayectoria de Frederick.

—Pero es que yo no he hecho nada de lo que están acusándome —se queja él.

—¿Cómo que no? —dice Marie, cada vez más enfadada—. Te inventaste que Sandrine y yo nos habíamos ido al castillo cuando empezó la tormenta y él tuvo que ir a por nosotras. Por poco le cuesta la vida, Frederick, eso es algo muy grave, ¿no te das cuenta?

—E intentaste convencer a todo el mundo para que no se fuera a su casa, cuando la alcaldesa estaba pidiendo que despejaran las calles porque teníamos encima la tormenta —comenta Tom.

Pero la cara de este choca con las acusaciones que se están haciendo de él.

—Todo eso es algo que me dijeron a mí —comienza a decir Frederick—, yo no he ido

soltando esas cosas porque se me hayan ocurrido sin más.

—¿Quieres hacernos creer ahora que no eres un chulo y un creído que va por ahí como si tal cosa? —le dice Marie, todavía enfadadísima.

—Mira, esas acusaciones sí que son reales —le contesta él con una sonrisa socarrona.

Ella vuelve a enfadarse, pero ya no hace amago de lanzarse hacia él.

—¿Puedo ya detenerle o queréis suplantarme como sheriff por algún motivo? —protesta ahora mi padre, bastante molesto con toda esta situación.

—No pienso dejar que te acerques a él —le digo muy seria, tanto que él me mira y parece preocuparse.

—¿Por qué dices eso?

—Porque todas las veces que he venido… Cada vez que tú discutías con Frederick, algo terrible te sucedía y… No puedo soportar vivir algo así una vez más.

Y ante mis palabras, mi padre no sabe ni qué decir.

—Menudos dramas que os montáis en este pueblo, de verdad que sois empalagosos hasta para discutir —escuchamos decir a Frederick, medio riéndose al habernos oído hablar—. Bueno, qué, ¿ya puedo irme o el sheriff tiene algo de lo que acusarme que sea real y sobre lo que tenga pruebas? Porque en minutos tendría aquí a todo un equipo de brillantes abogados que acabarían destrozando el pueblo si hiciera falta.

Mi padre parece de repente calmarse por completo. Coge aire y me pide con la mirada que le suelte para ir hacia él, pero ve que no pienso ceder.

No esta vez.

—No vas a hacer tal cosa, Frederick —le dice a distancia todavía.

—Ah, ¿no? —le responde con chulería el otro—. Y eso lo sabes tú porque…

—Porque llevo el tiempo suficiente de sheriff en Mist Rachs como para distinguir a quienes vienen a hacer daño al pueblo y a quienes, por el contrario, no quieren dañar a nadie. Tú fuiste al llegar de los primeros, y poco a poco cambiaste a los segundos. Y quiero saber ahora mismo por qué no dejo de tener esa extraña sensación contigo, a pesar de que todo apunta a que eres de los primeros.

Frederick se ha quedado mudo por completo. Mira a mi padre con asombro, como si no se pudiera creer lo que acaba de escuchar. Nadie se mueve, prácticamente ni respiramos durante varios segundos.

—Tú no sabes nada sobre mí —le dice, aunque su voz no suena nada convencida.

—Te ha dolido que te acusáramos de esas cosas —continúa hablando mi padre—. Eso no le molestaría a alguien que disfruta haciendo todo eso y más.

—Mentía. Estaba intentando engañaros para que me soltarais.

Escucho a mi padre reírse levemente antes de responder.

—Sabes que no es así. Lo que quiero entender es qué te sucede para actuar como lo haces.

Olive deja de agarrar a Frederick cuando ve que todos, de repente, estamos más que calmados. Él comienza a dar pasos hacia atrás, pero no los suficientes como para que mi padre sienta que debe ir hacia él.

—Todos vosotros pensáis que soy de una forma y no voy a molestarme en haceros cambiar de opinión —nos dice con voz entrecortada—. Creéis que soy alguien horrible que ha venido aquí para haceros la vida imposible y no tenéis ni idea. —Parece que su pecho va a estallar por lo rápido que lo mueve; aun con todas las capas de ropa que lleva puestas, se puede

apreciar perfectamente—. ¿Para qué voy a explicaros nada, si ya me habéis juzgado?

—¿Quién te dijo todas aquellas cosas horribles por las que nos pusiste en peligro? —le pregunta directamente mi padre—. Dinos qué sucede, Frederick, y a lo mejor podemos ayudarte.

—¿Vosotros? —Se echa a reír, como si esa opción fuera una idiotez—. Os creéis que la vida está llena de galletas de jengibre y chocolate caliente, pero las cosas no son así.

—Vale, entonces dinos cómo podemos… —vuelve a insistir mi padre.

Pero su frase se ve interrumpida por el grito desgarrador de Frederick.

—¡Nadie puede ayudarme! ¿Lo entendéis? ¡Nadie puede hacer nada! —Y de la desesperación en su voz y en sus gestos, pasa a la frustración—. En cuanto se enteren, las cosas se van a poner realmente feas, y yo… Yo tengo que…

Comienza a mirar hacia todas partes, como si quisiera huir, pero algo se lo impidiera. Y nadie lo hace, ni siquiera mi padre.

—Las tres generaciones…

Escuchamos esas palabras y todos nos giramos hacia el lugar de donde provienen. Gabriel parece que acaba de llegar y le vemos frente a nosotros, mirándonos a Frederick, a mi padre y a mí como si estuviera viendo al tribunal de la Santa Inquisición al completo.

—¿Qué es lo que estás diciendo tú ahora? —le inquiere Frederick con voz molesta por la interrupción.

—Ella… —comienza a decir, acercándose a nosotros—. Esa mujer me dijo que recordaría lo que me dijera y…

—Gabriel, no sé de qué estás hablando —le dice mi padre—. ¿Te encuentras bien?

—Hubo alguien que me salvó en el castillo —intenta explicarnos—. Estaba muriéndome de frío, estoy seguro de que si no llega a aparecer ella…

—¿Una mujer? —vuelve a preguntar mi padre.

—Era… Llevaba una especie de capa y… Era rubia, bellísima y tenía una voz dulce que me pidió que recordara algo. —Nos mira fijamente antes de continuar hablando—. Y lo he hecho.

—¿Qué es lo que…? —me atrevo a preguntar.

XX

Pete

Gabriel nos sigue mirando como si todavía no se pudiera creer que somos reales. Como si se estuviera replanteando toda su vida en segundos, incluso su propia existencia.

—Dijo que estaban por reunirse las tres generaciones que romperían la maldición de los Rastchims y que, con ello, empezaría todo.

—¿Cómo? —pregunta Marie—. ¿Qué tres…? Aquí solamente está Annie, porque Pete ni siquiera…

—Ella dijo que Frederick…

Pero no consigue ni terminar la frase. Aquel maldito mocoso, ex teniente de alcalde, se lanza hacia Gabriel, aunque no le toca siquiera cuando le alcanza, así que no necesito ir a detenerle.

Todavía.

—¿Quién te ha dicho algo de mí? —le pregunta con ansiedad—. ¿Qué fue lo que te dijeron?

—No sé quién es ella —reconoce Gabriel—. Pero dijo que tú… Que mostraras la palma de tu mano.

—¿La palma de mi…? —pregunta él, extrañado—. ¿Por qué iba a…?

—Por esto —le dice mi hija, mostrando la suya—. ¿Tienes esta marca, Frederick? —Al ver que él se ha quedado sin habla, observando su mano, insiste elevando la voz—. ¿Tienes tú también esta marca en tu mano?

Frederick levanta poco a poco la suya y al cabo de unos segundos todos podemos comprobar que aquel chico que lleva tanto tiempo por Mist Rachs molestando a todos y haciéndonos la vida demasiado complicada, es un Rastchims.

Y todo en mi cabeza comienza a cuadrar.

—Eres un Rastchims —le digo, acercándome lentamente a él—, pero parece que tú no sabes lo que eso significa.

—No tengo ni idea de lo que está pasando y empezáis a asustarme —dice él, bajando su mano y caminando hacia atrás.

—La maldición dice que… —intenta explicarle Philip, pero en cuanto Frederick escucha aquello, se lleva las manos a los oídos, como si no quisiera saber nada más de todo eso.

—No pienso escuchar sandeces —nos advierte—. Me voy a ir antes de que…

—¡Pero te necesitamos! —le dice Annie con voz nerviosa—. Tienes que ayudarnos.

—¿Yo? —Frederick ríe de forma pretenciosa—. El perfectísimo pueblo de Mist Rachs no necesita nada ni a nadie.

—Te equivocas —vuelve a decirle—. Si tú eres un Rastchims, necesitamos que…

—A mí no me metáis en vuestras cosas —le corta—. Ya me lo habéis dejado claro: no soy uno de vosotros, así que no tengo por qué seguir escuchando ninguna de vuestras locuras.

Va a darse la vuelta para irse, pero lo que está en juego es la felicidad de mi propia hija, así que me lanzo hacia él y le agarro para que no se vaya de aquí hasta que sepamos qué hacer. En ese momento comienza a moverse de tal forma que acaba empujándome hasta tirarme al

suelo ante el grito asustado de Annie, que se agacha a mi lado con urgencia.

—¿Estás bien, papá? —me pregunta una y otra vez ante la preocupada mirada de Frederick, que parece lamentar lo que acaba de suceder.

—Estoy bien, sí —le aseguro—. Creo que… No es nada grave, no te preocupes. —Y me dirijo a Gabriel—. Dime de nuevo cómo era aquella mujer, la que te salvó en el castillo y te dijo todo aquello.

—Era… Era rubia, llevaba una capa por encima, tenía los ojos grises y la piel muy blanca —me explica—. Ah, y una especie de lunar sobre…

—Sobre la ceja izquierda —termina de decir Frederick por él.

Todos le miramos con verdadera atención, pero en especial yo, porque acaba de describir a alguien que él no tendría que conocer.

—¿Cómo sabes de la existencia de mi mujer? —le pregunto todavía en el suelo.

—¿De mamá? —me dice Annie, que ahora mira a Frederick—. ¿Conoces a mi madre? ¿De qué la…?

—Tengo que… —comienza a decir él, mirando hacia un lugar por el que pueda huir—. Esto no puede estar pasando. Mierda, esto es… ¡Era ella la que me dijo…! No, no puede ser.

—¿Cómo que…? ¿Qué es lo que Émilie te dijo concretamente? —le insto—. Espero que no estés queriendo decir que fue ella la que puso a Gabriel y a todo el pueblo en peligro.

—¿Yo? —exclama con voz aguda, alejándose de todos nosotros—. ¡Es ella la que me ha puesto en peligro a mí!

—No, ¡espera! —le pide Annie queriendo levantarse de mi lado cuando ve que ya se está echando a correr.

Pero es tarde. Frederick ha cruzado el puente antes de que ella pudiera levantarse del todo y nadie hemos podido o querido detenerle. Ni siquiera yo, que sigo en el suelo muy a mi pesar, dolorido por el golpe todavía.

Ser sheriff con mi edad y años de tristeza acumulada, no es lo mismo que serlo con treinta y rebosando felicidad, está claro.

—Tengo que volver a llamar a tu madre y espero que por fin me coja el teléfono —le digo a Annie, que me ayuda a levantar junto a Mike y Gabriel—. Tengo mucho que hablar con ella.

—Yo sigo en shock —dice Gabriel—. No puede ser que ella… Me salvó la vida, pero Frederick ha dado a entender que fue ella quien me puso en peligro en realidad.

Meneo la cabeza en cuanto me pongo en pie por fin.

—Émilie a veces tiene razones que nadie más comprende, pero esto excede de cualquier lógica —le digo—. Puede que no estemos entendiendo bien a Frederick desde hace mucho tiempo.

—Porque él tampoco colabora que digamos —me recuerda Olive—. Es un engreído insoportable que…

—Así en la vida se va a romper el maleficio —se queja Annie con pesar—. Todo el pueblo odia a una de las generaciones de Rastchims. Por lo menos, porque como se confirme lo de mamá…

—Annie, no, no pienses eso —le pido, cogiendo su rostro entre mis manos—. Puede que le hayamos entendido mal o que ella tuviera sus motivos.

—Pero en el resto de ocasiones en las que he venido, Gabriel moría por culpa de aquello —dice, provocando el asombro terrorífico de todos los presentes—. Y tú… ¿Tú estás bien?

¿Seguro que no te hizo nada?

Vuelve a intentar buscarme con nerviosismo alguna herida que haya podido provocarme aquella caída.

—No me ha pasado nada, Annie, cálmate —le pido, acariciando su pelo—. Estoy bien.

—No le ha pasado nada esta vez, cariño —le dice Mike, tratando de calmar a mi hija también.

Ella vuelve poco a poco a respirar con normalidad mientras el resto intenta comprender todos los nuevos datos que tenemos a raíz de los últimos acontecimientos.

—Lo primero es contactar con ella e intentar que venga —propone Marie, que se dirige ahora a Gabriel—. Sigue llamando a tus padres, a ver si te lo cogen y consiguen dar con ella. Yo trataré de localizar a Frederick para que vuelva y así podamos hablar con tranquilidad y nos quede más claro todo eso.

—Tienes algo de sangre en las manos, papá —me dice Annie—. Hay que ir a que te curen eso y a que te revisen por si…

—Estoy bien —le repito—. Ahora me lavo, no es nada.

—¿Seguro? Porque las otras veces… —insiste sin lograr calmarse.

—¿Cuántas veces habéis venido, Annie? —le pregunto, silenciándola de repente.

—Es que… Tenía que salvarte, papá —se excusa con la cabeza gacha.

Levanto su barbilla con mis dedos y hago que vuelva a mirarme.

—Soy yo quien debe salvarte a ti —le digo—. Es ley de vida. Así que te pido por favor que dejes que yo haga mi trabajo como sheriff y mi labor como padre, y…

—No podría quedarme de brazos cruzados aunque me lo rogaras de rodillas.

Lo dice totalmente decidida, sin ningún atisbo de duda o miedo por lo que le pueda pasar. Y me recuerda tanto a Émilie que mis labios sonríen sin darme ni cuenta.

—Eres como tu madre —le confieso—. Igual de testaruda, fuerte y valiente. Daba lo mismo que yo le pidiera que volviera a casa, que no se pusiera en riesgo. Ella me decía que tenía que encontrar la forma de salvarte y que, tarde o temprano, lo conseguiría. —Acaricio la mejilla de mi hija, la que tanto tiempo creí perdida para siempre—. ¿Sabes? Creo que tu madre ha conseguido reunirnos y sigue trabajando en algo para romper la maldición. Aunque ahora no lo entendamos.

—¿En serio crees eso? —me pregunta con ilusión renovada.

Asiento antes de contestarle.

—Habrá que esperar un poco más.

—Y darle un empujón al destino —escuchamos decir a Jenna junto a nosotros—. Si no salvamos Mist Rachs nosotros mismos, nadie lo hará.

Se escuchan aplausos entre la gente por las palabras que acaba de decir alguien que hasta hace pocas semanas no conocía siquiera la existencia de este pequeño lugar. Es curioso cuando menos el amor que despierta en todos este pueblo, pudiéndolo llegar a considerar incluso en horas tu hogar.

—Voy a empezar a llamar a Frederick —dice Marie con energía.

—Y yo a mis padres —añade Gabriel, sacando su teléfono.

Philip se dirige a nosotros.

—No preparéis nada de cena hoy. Pasaos por el restaurante; estáis invitados, ¿de acuerdo?

—Philip, no hace… —comienzo a decir cuando él levanta la palma de su mano, frenando

mis palabras.

—¿Tú también? —escuchamos a Cynthia decir mientras mira a Philip—. Ah, no, vale, no tienes esa marca. Pensé que tú también eras un…

—Philip tiene bastante con su familia biológica como para que se le junten más problemas —le explica Tyra mientras nosotros nos reímos por el susto que se ve que se ha llevado Cynthia.

—Ah, pero, ¿su familia no es…? —pregunta ella.

Tyra niega con la cabeza, agarrándola por la cintura y comenzando a caminar, alejándose de aquí.

—Es una historia larga y emocionante que te contaré durante la cena —le dice—. ¿Quieres que abramos hoy uno de los vinos especiados que compramos el otro día donde Pascal?

—¿El de frutos del bosque?

Se alejan mientras charlan sobre el nuevo vino que beberán hoy en la cena, dejando esta plaza cada vez más vacía todos los vecinos de Mist Rachs.

—Si me dejáis ir a lavarme un poco las heridas, prometo ir al restaurante de Philip a cenar —les digo a Annie y Mike, que no dejan de mirarme de arriba abajo, como si pensaran que de un momento a otro me desplomaré en el suelo.

—No sé cómo Mist Rachs no tiene médico propio —se queja Annie, mirando mi mano magullada.

—Esto no es como para ir al médico —le recuerdo.

Ella frunce el ceño en un gesto casi infantil que siempre adoré que hiciera.

—Venga, cariño, dejemos que tu padre se limpie las heridas un poco y vayamos hacia el restaurante a esperarle, ¿de acuerdo?

Pero Annie no parece muy convencida.

—¿Y si le pasa algo mientras…?

—¿Mientras me lavo las manos? —le digo, tratando de que se dé cuenta de que no me va a suceder nada.

—Cada vez que volvíamos, tú… Cuando te enfrentabas con Frederick… —sigue insistiendo con verdadero miedo.

—Entonces algo ha pasado desde la última vez, porque lo he hecho ya dos veces y sigo en pie. —Viendo que sigue con el ceño fruncido, pruebo con Mike—. Id al restaurante; en unos minutos iré yo también.

Él asiente y agarra a Annie de la cintura, tirando suavemente de ella y alejándola de aquí por fin. Me miro las manos de camino a mi pequeño piso, a pocos pasos de donde estábamos. Ha sido una caída tonta, pero nada más. Mi pobre hija estaba más que alterada por ello; a saber lo que presenció cuando vino aquí con anterioridad.

Y ese Frederick…

¿Es un Rastchims? ¿De dónde ha salido? O puede que la pregunta correcta que haya que hacerse sea de cuándo ha salido. ¿Por qué parecía tan perdido como el resto de nosotros con todo este asunto? ¿Por qué siento que realmente él no tuvo que ver en nada de lo que le hemos estado culpando hasta ahora? Sí, es un engreído y un soberbio, pero puede que sean características que han ido mutando a más y peor desde la valentía y la tozudez de la que tanto mi hija como mi mujer siempre hicieron gala. Puede que todo eso, mal llevado en la vida, desemboque en rasgos negativos que pueden revertirse. Además, él parecía estar preocupado por algo que no dice y no consigo averiguar qué es. Y después de lo que ha pasado hace un momento, no sé si volverá por

Mist Rachs.

Puede que la maldición de los Rastchims sea eterna y nada pueda hacerse por evitarla.

Si tan sólo Émilie estuviera aquí, con nosotros…

Si al menos pudiéramos contar con ella…

Cojo mi móvil antes de entrar en casa y lo vuelvo a intentar.

Una vez me di por vencido en mi vida y me dejé llevar a la deriva, creyendo que a partir de entonces no tenía sentido seguir luchando por nada.

Eso nunca más me pasará.

XXI

Frederick

No puede ser.

No, no, no…

¿Cómo va a ser posible?

¿Cómo ella…?

Ella provocó todo esto. Estoy seguro de que tenía intenciones ocultas que no sé si me atrevo a averiguar; para eso tendría que volver a ese pueblo infernal y no me han quedado muchas ganas de ello.

Pero ella… Ella me dijo que buscara. Que yo no era quien pensaba que era. Que encontraría la respuesta allí, en Mist Rachs.

Al principio pensé que era una perturbada con mucho tiempo libre, pero su voz no dejaba de resonar en mi cabeza.

Todavía recuerdo el día que la vi. Fue al estar esperando a que mis padres salieran de trabajar. Yo estaba sentado en una terraza de una hermosa cafetería del centro cuando alguien se sentó a mi lado, en la misma mesa, junto a mi propia silla. Parecía salida de otro tiempo, como si no perteneciera al presente, sino a un glamuroso pasado. La gente alrededor no le prestaba atención aunque tuviera puesta una capa aterciopelada por encima. Pensé en Caperucita Roja. En mi estúpida mente medio infantil todavía, creí que podría estar viviendo un extraño cuento y que ella me llevaría al país de la fantasía. Nada de eso sucedió. Simplemente habló conmigo. Me asustaron sus palabras porque no comprendía nada de lo que me estaba diciendo, pero lo hizo con tanta calma y comprensión que conseguí escuchar todo lo que tenía que decirme hasta que ella consideró oportuno quedarse a mi lado. Luego se fue de allí sin mirar atrás, prometiendo volvernos a ver años después.

¿Y si ese día ya ha llegado?

¿Y si es ahora, en este tiempo, al que se refería que pertenecía? Dijo algo del futuro, ¿no es así?

¿Y si tuviera que volver a Mist Rachs, muy a mi pesar?

Sigo caminando bajo una fina lluvia que me empapa hasta llegar al coche que siempre aparco alejado del pueblo. Es curioso lo que llueve fuera de Mist Rachs, como si aquel pueblucho se mantuviera en la temperatura ideal para que lo que cae durante en invierno sea nieve blanca y pura, y no esta lluvia medio sucia y helada que te cala hasta las entrañas.

No, no voy a volver; no me atrevo a regresar. Porque también recuerdo que dijo que ese día todo comenzaría, y no me gustó nada cómo sonó aquello.

Prefiero mantenerme lejos de Mist Rachs y su gente, al margen de leyendas y misterios, antes que volver a un sitio en el que podría peligrar mi propia integridad.

XXII

Anna

—Y ahora puedes darle a este botón de aquí… Y ya está, ya habéis votado los dos.

Mike suspira con evidente alivio después de que Olive nos haya explicado paso a paso cómo podíamos participar en las votaciones para elegir la mejor decoración navideña de este año. Está muy reñido, porque todas las casas y negocios se esmeran muchísimo cada mes de diciembre en llamar la atención del resto de vecinos con muñecos, nieve artificial, guirnaldas de colores y luces que empiezan a parpadear en cuanto cae la luz en Mist Rachs.

Recordaba este concurso vagamente y me ha encantado volver a vivirlo, aunque de forma modernizada: antes tenías que meter una papeleta en un buzón que habilitaban en Mistletoe Square y ahora hay una máquina para que puedas introducir ahí tus datos y elijas al que quieres que sea el ganador. Aparecen ante ti en esa máquina las imágenes de todos los lugares que participan y puedes tocar con tu dedo el que más te gusta. ¡Ha sido muy divertido hacer eso! A Mike al principio le daba algo de miedo porque creía que podría quemarle el dedo si lo tocaba, pero luego se ha atrevido él solo y ha dicho que quiere incluso que alguien le enseñe cómo se hace una máquina así.

Tenemos a una emocionada Massie subida a una plataforma en la plaza, rodeada de vecinos aquí y allá que empiezan a agolparse a su alrededor, unos con un vino especiado en la mano, otros con un chocolate bien calentito para no sentir el frío helador de esta mañana invernal.

—Espero que los más rezagados hayan podido votar al final —nos dice desde allí arriba, mirándonos a Mike y a mí directamente, con una entusiasta sonrisa.

—¡Todo arreglado! —le dice Olive, haciéndole un gesto con el pulgar hacia arriba para indicarle que lo hemos conseguido por fin.

El resto de gente a nuestro alrededor ríe con amabilidad porque saben que estas cosas son demasiado nuevas para nosotros y han esperado pacientemente a que los dos fuéramos capaces de semejante hazaña.

—Muy bien, pues si ya estamos listos, podemos cerrar las votaciones y comprobar a quién hemos elegido entre todos —nos dice Massie mirando otro aparato que tiene en las manos, parecido a un móvil. La vemos sonreír y levantar la cabeza, y eso seguramente es porque ya ha visto el resultado—. Y el ganador del concurso de decoración navideña de este año es para… ¡Nuestro flamante chef Philip, tanto en la categoría de hogar como de negocio!

La multitud comienza a aplaudir y vemos a Philip abrazar a Jenna, besándola después como si su vida dependiera de ello.

—La verdad es que ha sido increíble lo de Philip —nos comenta Olive—. Llevaba años odiando la Navidad, pero llegó Jenna y… —Mira a su hermano mientras sonríe con emoción—. Vuelve a ser el Philip de siempre.

Hace poco me enteré de lo que sucedió con Philip en este tiempo y casi no me lo podía creer. Recordaba que siempre era un chico al que le encantaban estas fiestas, que nos quería adornar hasta a nosotras mismas. Nos reíamos muchísimo con él. ¿Cómo a alguien la vida puede cambiarle tanto como para perder hasta el espíritu navideño?

Y, sin embargo, ahora se le ve tan feliz…

—Quiero agradeceros a todos vuestros votos —nos dice él desde la plataforma junto a Massie, que acaba de entregarle una especie de trofeo—. Ya sabéis lo que significa este año para mí un premio de este tipo.

—¡Pero el de patinaje sobre hielo no lo ganaste! —le dice alguien desde el público, haciendo reír a todo el mundo.

—Seguiré practicando, Daiana —dice él entre risas. Pero al momento, vuelve a hablar—. Este premio tiene que ser de dos. Porque ella compartió el suyo conmigo y es justo que este sea también para ella, ya que es más suyo que mío en realidad. —Antes de que vuelva a hablar, la gente ya sabe qué va a decir—. Porque Jenna ha conseguido que este año quiera decorar no sólo la casa y el restaurante. Ella ha decorado mi corazón con miles de luces de colores y no tendré vida suficiente como para agradecerle todo lo que ha hecho por mí en tan poco tiempo. Porque ahora también es su casa y su restaurante los que han ganado, así que sube a recoger tu premio —le dice, haciéndole una indicación con la mano ante los aplausos de todos los presentes.

Ella sube a la plataforma y lo primero que hace es besar de manera escandalosa a Philip, redoblando los aplausos a su alrededor.

—Eso seguro que la mandaba a la hoguera en otro tiempo —me dice Mike al oído, haciéndome reír.

Me giro hacia él y siento ganas de besarle precisamente de esa forma. Siento un excesivo calor en mis mejillas y estoy a punto de llevar a cabo mi repentino plan cuando Jenna comienza a hablar.

—No os hacéis una idea de lo que ha sido para mí encontrar un hogar en Mist Rachs —dice mientras Philip la rodea con el brazo que tiene libre—. Sois la mejor familia que se puede soñar tener y haré lo que sea para demostraros cuánto os aprecio a todos. —Y cuando la gente ya está comentando lo dulce que es, ella mira un instante a Philip y luego vuelve a dirigirse hacia sus vecinos—. Pero al año que viene, mi negocio competirá contra el suyo en este concurso, así que veremos quién gana.

Philip se echa a reír junto al resto del pueblo. Hace cosquillas a Jenna hasta que ella comienza a reír con él mientras bajan con su trofeo del escenario, besándose de nuevo al llegar al suelo, siendo felicitados por todos al momento. Se les ve felices y no sólo por el premio. Y ver algo así en la gente, provoca mi propia felicidad.

Y en Mist Rachs te sientes de esta forma a cada instante.

Philip y Jenna se acercan a las hermanas de este, que están a nuestro lado, así que todos les felicitamos por su merecido premio. Abrazo a Jenna como si fuera de mi propia familia y ella acaricia después mi pelo.

—Te quedarás, ¿verdad? —me pregunta mientras el resto empieza a hablar.

—Eso espero.

—Así podremos conocernos mejor —dice con entusiasmo—. Philip me ha estado hablando mucho de ti en las últimas horas, ¿sabes?

—Ahora me siento fatal, porque yo casi no sé nada sobre él más que lo que Olive me ha contado estos días —respondo.

Jenna se acerca a mi oído, sonriendo.

—Yo todavía estoy conociéndole, así que tendremos que quedar con Olive y que nos cuente a las dos.

Me echo a reír con ella y siento que la quiero de amiga desde ya mismo.

—Cortina, te lo mereces —escuchamos decir a Mike hablando con Philip, que se echa a reír en cuanto le dice aquello.

—¿Cortina? —pregunta Marie, no comprendiendo como el resto de nosotros.

Mike parece no saber por qué la gente se sorprende y, sobre todo, el motivo por el que Philip sigue riéndose sin poder explicar algo que él parece haber entendido.

—Philip y yo somos cortinas —nos intenta explicar Mike, aunque sólo consigue que las risas aumenten de volumen—. Pero eso es lo que me ha enseñado Philip hace un rato. —Y le mira, pidiéndole ayuda urgente—. ¿No es eso lo que…?

—¡Colegas! —consigue decir el chef sin dejar de reírse—. Somos colegas, Mike.

La gente sigue riéndose aunque Mike se tape en este momento la cara por vergüenza, pero él también termina riéndose con todos. Ni siquiera en su época le he visto reír tanto. Es como si se hubiera integrado en este Mist Rachs mucho más de lo que se integró en el otro durante su vida allí. Y eso me hace albergar un poco de esperanza. Porque si se siente feliz aquí, podremos quedarnos a vivir en este tiempo y, quién sabe, a lo mejor…

A lo mejor, cuando todo esto se solucione, formar una pequeña familia.

—Te vienes, ¿no? —escucho que me pregunta alguien.

Me giro hacia quien me está hablando y veo a Tyra mirarme, mientras Cynthia le da un beso en la mejilla, volviendo a hablar con Olive sin soltarse ambas la cintura.

—¿Dónde?

—A tomar algo —me dice—. Vamos a la cafetería de Chas… —Y se gira hacia un lado, comenzando a señalar—. Nosotras dos, Jenna, Olive, Marie, Jo…

—¡Genial! ¡Yo voy! —exclamo antes siquiera de que acabe de enumerar las que iremos, haciéndola reír un instante. Cojo el brazo de Mike, que sigue hablando con Philip y Jenna, pero en cuanto siente que le toco, se gira hacia mí—. Me voy con las chicas.

—Claro, vamos.

Hace amago de moverse conmigo, pero Philip le agarra y tira de él para que se quede a su lado.

—Annie va con las chicas —le explica—. Tú te vienes conmigo a por unas galletas de jengibre al restaurante.

—Pero si ella… —protesta Mike, que no comprende.

Nunca nos separamos y en su tiempo solamente estamos alejados el uno del otro cuando trabajamos. Si yo voy a alguna parte, él va conmigo. Estamos acostumbrados a eso *por seguridad*, imagino, pero aquí…

Este tiempo es muy diferente.

Y me encanta.

—Annie se va con las chicas a tomar algo —le repite Philip, que ve que Mike trata de entender rápidamente—. Colega, tengo que ponerte al día, y eso con un vino especiado se hace mejor.

Agarra a Mike por los hombros y se lo lleva a la caseta de Pascal mientras Jenna ríe y se acerca a nosotras.

—¿Café donde Chas? —le pregunta a Tyra.

—Efectivamente —le responde ella.

—Al calorcito, porque yo hoy estoy helada —nos dice Marie frotando sus manos al acercarse a nosotras, después de despedirse de Gabriel.

—Ah, pues yo estoy bien —comenta Jenna.

—En la gloria estás tú con mi hermano, ya lo sabemos —bromea Olive, riéndose y haciéndonos reír al resto.

—Pasando calor día sí y día también con él —dice Jo, que acaba de llegar, habiéndose hecho paso entre la multitud.

Todas se ríen y yo intento disimular, pero creo que es una broma entre ellas o algo y por eso no lo comprendo.

—Tenemos mucho que explicarle a Annie —les dice Olive sin dejar de mirarme, sonriendo—. Creo que hay que meterla de lleno en este siglo cuanto antes.

—Si yo ya… —comienzo a decir, aunque me interrumpen sus risas.

—Dejad a mi hija en paz o iréis todas a la celda de comisaría —les amenaza mi padre con seriedad aunque bromeando, viniendo hacia nosotras. Me mira y sonríe mientras el resto ríe por sus palabras—. ¿Todo bien?

—Claro que todo bien, Pete —le responde por mí Olive—. Annie se viene con nosotras a tomar algo donde Chas. Para ponernos al día, ya sabes.

Él asiente, mirándola un momento.

—Claro, claro. —Y sigue sonriéndome—. Tú y yo también tendríamos que ponernos al día —me dice él. Y viendo que todas empiezan a protestar, se echa a reír antes de seguir hablando—. Lo sé, ahora mismo no. Vosotras donde Chas, yo a hacer una ronda y… —Vuelve a mirarme—. Tenemos tiempo de sobra para hablar, ¿no?

—Claro, todo el que queramos, papá.

Se hace el silencio hasta que Jo toma la palabra.

—Pete, ¿vas a llorar?

Él agita su cabeza, sonriendo más por la risa que escucha de Jo y del resto.

—Sois todas muy graciosas —les dice, y se dirige a mí—. Tú no les hagas mucho caso.

—Sabes que nos lo va a hacer —dice Olive—. Es mi mejor amiga.

Mi padre menea la cabeza sin dejar de sonreír, haciéndonos ese gesto tan suyo de sheriff, saludando con un par de dedos sobre su sien.

—Tened una buena mañana, chicas —nos desea, alejándose de nosotras, creo que mientras se ríe.

Olive rodea mis hombros con su brazo y comenzamos a caminar por fin en dirección hacia esa cafetería de Chas, el marido de Massie.

—Annie, ya tienes edad para saber muchas cosas, así que las clases intensivas con nosotras van a ser diarias —me advierte, volviendo al tema del que hablábamos antes de que mi padre nos interrumpiera.

—¿Clases?

—Podríamos llamarlo… escuela de adultez —comenta Tyra con una extraña sonrisa.

—Me gusta ese nombre —le dice Jenna.

Chocan las manos entre ellas como si fuera otra cosa muy suya, aunque ya no sé.

—¡Sally, nos vamos donde Chas! —escucho que le dice Marie a una chica que va en dirección contraria a nosotras, por la otra parte de la calle.

Ella se gira y saluda con la mano, viniendo hacia aquí con rapidez. Es alegre y bonita, y siempre tiene una sonrisa sincera en los labios. La he visto estos días en Mist Rachs e invariablemente dan ganas de acercarte a ella para saludarla.

—Puedo abrir más tarde la tienda; lo primero es lo primero —nos dice, haciéndonos reír.

Ya voy pudiendo entender mejor la dinámica de su grupo de chicas. Y eso me hace

mucha ilusión.

—Tú eres la que estás con ese chico… —le digo en cuanto me mira y me saluda.

—Yo no estoy con nadie —me corrige.

—¿Con quién estás tú, que no nos has contado nada? —le dice Marie, que luego me mira —. Cuéntanos tú, porque se ve que ella no ha tenido tiempo.

—¡Pero que yo no…! —protesta entre risas.

—Pero yo te he visto todas estas veces con alguien —explico—. No recuerdo su nombre.

—¿Es de Mist Rachs? —pregunta Olive.

—No le he visto esta vez por aquí y las otras veces la verdad es que no sé si…

—¡Cómo era! ¡Dinos algo más! —inquiere Jo, agitando mi cuerpo con nerviosismo, provocando la risa de todas de nuevo.

—Pues era muy guapo —comienzo a decir—, y te miraba con unos ojos como… Como Philip mira a Jenna, así.

—¡Pero bueno, Sally! —le dice Tyra—. ¡Y nosotras sin saberlo!

—¡Que os digo que no estoy con nadie! —sigue quejándose ella. Y me mira—. ¿Me viste de verdad con alguien las otras veces que viniste?

Yo asiento, riéndome por la cara de asombro absoluto que pone ella.

—Esta vez me sorprendió no verte con él, porque siempre estabais juntos —le digo.

—Qué mala suerte la mía —vuelve a quejarse, parece que bromeando—. Encuentro a alguien que me quiere y ni me entero.

Todas se echan encima de ella, abrazándola.

—Nosotras también te queremos, Sally —le dice Tyra—. Pero que Annie nos cuente detalles sobre ese misterioso hombre, a ver si le conocemos.

Todas ríen y no dejan de bromear mientras continuamos caminando hasta que llegamos a la entrada de la cafetería de Chas.

—Vas a ser muy feliz aquí, Annie —me asegura Olive antes de que ambas entremos, hablándome en bajo.

Yo asiento, henchida de felicidad.

—No tengo ninguna duda.

Creo que por fin he reencontrado mi lugar.

XXIII

Mike

—Eso lo sé, de verdad —le aseguro—. Pero a veces me sale hacer cosas que se ve que aquí no se hacen y…

—Bueno, pero sabiendo ya lo básico sobre igualdad de derechos y…

—No soy tan mala persona —me quejo por las palabras de Gabriel, que se ríe con Philip.

—No lo eres, lo sabemos —me dice él—. Pero estás en una época muy diferente a la tuya y podría costarte un poco al principio. Porque vais a quedaros aquí, ¿no?

Me encojo de hombros antes de responderle.

—Eso creo, pero si lo de su padre…

Asienten, comprendiendo la situación.

—Y tú has venido aquí por ella cada vez que cruzaba —comenta Gabriel con una especie de tono de admiración—. La quieres de verdad, ¿eh?

—Claro que la quiero —le contesto—. Siempre la he querido. Creo que me enamoré de ella desde que la vi por primera vez saliendo del bosque.

—Eso es mucho tiempo —dice Philip, aunque no parece burlarse de mí por ello.

—Me contaron que le pediste matrimonio —dice Erik, uno de los que creo que trabajan en este lugar, que está limpiando toda la cocina mientras hablamos.

Me tapo la cara con las manos cuando todos ellos me piden que les cuente algo más de eso, con bastante intriga por el suceso.

—No fue algo memorable, la verdad —les aseguro—. Dijo que no me lo tomara como algo personal, pero que su respuesta era que no.

Sé que han intentado no reírse, pero se les nota que están aguantando como pueden.

—¿Que no te lo tomaras como algo personal? —pregunta Gabriel sin comprender.

Yo tampoco entiendo, así que no sé ni qué responder.

—Puede que no fuera el mejor momento —reconozco—. Pero se lo iba a haber pedido antes de todo esto de los viajes en el tiempo y…

—Es que está bastante estresada con lo de Pete —reconoce Philip—. Es normal que ahora no le apetezca pensar en otra cosa.

—Y en cuanto se ha enterado de lo de la maldición… —me quejo yo, frotándome la cara otra vez, volviendo a agobiarme—. Tengo miedo de que no quiera estar conmigo por todo esto.

—Pero tío, que se os ve genial, no te comas la cabeza por eso —dice ahora Mathias, un trabajador del hotel en donde nos hospedamos que nos ha acompañado hace un rato.

—Me gustaría contestarte a eso, pero no he entendido prácticamente nada —reconozco.

Mis nuevos amigos se ríen, pero sé que no de mí. Y es un alivio tener gente a tu alrededor con la que sabes que puedes equivocarte y no va a pasar nada por ello.

—Quiero decir que no te preocupes, porque se ve que os queréis —me explica con paciencia—. Además, no es el fin del mundo aunque no os casarais.

—¿No? —pregunto, intrigado con esa afirmación.

—Ahora podéis vivir juntos y formar una familia sin tener que hacer papeles de ningún tipo —me cuenta él mismo—. Y tampoco tiene que dar el visto bueno ningún dios.

—¿Hay más de uno? —exclamo al escuchar aquello.

—En realidad, yo creo que no hay ninguno —responde, echándose a reír—. Pero tú puedes creer en el que quieras.

—¿Eso no es herejía aquí?

—En este tiempo las cosas van de otra forma —dice Gabriel.

—Tampoco se ha avanzado mucho —le replica Philip—. Siguen matándose por ese tema —y me mira—, pero creo que no es tan salvaje ni tan normal como en tu época. O bueno, puede que… —Parece que no quiere profundizar en ese tema y deja la frase sin terminar—. En Mist Rachs puedes creer en lo que quieras o no creer en nada, porque nadie va a juzgarte por ello. Puedes vivir con Annie sin casaros, podéis formar una familia con cinco perros y siete gatos, o tener hijos. O no tenerlos jamás. No pasa nada. Podéis ser felices de la forma que elijáis.

Me quedo boquiabierto con todo lo que acaba de decir. ¡Esta época es maravillosa! Dejan hacer lo que a uno le da la gana y no hay consecuencias mortales ni celestiales por ello. No te condenan a morir en la hoguera ni en la horca y tampoco te auguran una eternidad entre llamas infernales.

No me extraña que Anna desee quedarse en este tiempo.

—Philip, saca otro vino, ¿no? —le dice Gabriel mirándome—. Que hay que brindar porque tenemos un nuevo amigo.

—E imagino que gratis, claro —se queja él entre risas, levantándose y saliendo de la cocina.

—Oye, y vosotros, ¿cómo hacéis para pagar el hotel y todo lo demás cada vez que venís? —pregunta con intriga Mathias, metiéndose en la boca otra galletita de jengibre en cuanto me hace la pregunta.

—Empeñamos cosas de nuestro tiempo y… Bueno, en realidad tengo que confesar un delito bastante grave, pero imagino que se acabará sabiendo al final. —Todos me miran, esperando a que vuelva a hablar—. Como siempre nos vamos con prisa después de… Bueno, de lo que le sucede a Pete, nunca acabamos pagando el hotel.

Pensé que se enfadarían como poco, pero se echan a reír de nuevo, como si no fuera grave lo que acabo de decir.

—Trabajos forzados como mínimo va a ser la pena —dice Gabriel, sirviéndose un poco del vino que Philip acaba de traernos.

—Unos latigazos —añade Erik sin aguantar la risa.

—Dios mío, que no se entere Pete —les pido, no queriendo sufrir ese castigo.

—¿De qué no me puedo enterar? —escucho precisamente detrás de mí al padre de Anna con voz profunda.

Doy un respingo en mi silla que a todos les hace gracia.

—De que están viviendo en pecado, Pete —le cuenta Gabriel, pasándole una copa de vino, aunque este la rechaza.

—¡Para nada! —me apresuro a aclarar—. No hacemos nada, te lo aseguro, es sólo que compartimos habitación para ahorrar en el Timeless.

—Podríais pedir una planta entera con vuestra forma de pago —escucho a Mathias decir, haciendo que el resto estalle en carcajadas.

Pete me observa detenidamente con el ceño fruncido, pero no parece enfadado, no sé por qué.

—No hay necesidad de dar detalles —me pide—, pero si algún día necesitas cualquier

cosa, espero que sepas que puedes contar conmigo. —Alarga su mano hacia mí y tardo unas milésimas de segundo en atreverme a estrechársela—. Eres parte de la familia, Michael. —Parece que con aquello ha terminado su trabajo aquí, porque nos despide con un par de dedos sobre su sien, haciendo una leve inclinación de cabeza—. Buenos días, chicos.

Se va hacia la puerta mientras todos vuelven a charlar animadamente, como si no hubiera pasado nada de gran trascendencia. Y sí que ha pasado. Su padre acaba de hacer algo increíble y yo…

Yo…

—¿Otra galleta? —me pregunta Philip, enseñándome el plato con una docena de galletitas navideñas de jengibre, especialidad de la casa.

—Otra galleta, colilla —contesto, cogiendo una de las que me está ofreciendo y llevándomela a la boca.

—¿Colilla? —escucho que Erik me dice, no comprendiendo a lo que me refiero.

—Philip es mi colilla —le explico, cogiendo otra galleta de aquel plato, repleto de un manjar fabuloso que me tiene fascinado desde la primera vez que vine a este tiempo.

Veo a Erik mirar a Philip, con los ojos abiertos como platos, mientras este y Gabriel se echan a reír.

—Colega, Mike —me vuelve a corregir Philip cuando consigue respirar lo suficiente como para hablar—. Creo que estás aprendiendo demasiadas palabras en poco tiempo.

—Algunas me cuestan algo más que otras —reconozco, riéndome ahora con ellos.

Estando con amigos parece que todo, incluso las preocupaciones o las fuertes emociones, puede esperar.

XXIV

Anna

El día de Nochevieja ha estado nublado desde primera hora de la mañana y no parece que el tiempo vaya a cambiar en lo poco que queda para que acabe. Puede que sea por estar ubicado en un enclave único o porque realmente sea cierto lo que se cuenta y Mist Rachs haya tenido siempre algo de mágico, pero incluso su clima es espectacular. No hace mucho calor en verano, la primavera y el otoño se diferencian perfectamente de las otras dos estaciones, y el invierno goza de una climatología envidiable. Porque sí, soy de las que aman este clima, con días nublados alternándolos con otros de nieve, recordándonos que todavía estamos en diciembre y es tiempo de disfrutar.

Aunque eso es algo de lo que, desde hace años, no soy muy capaz.

—¿Sabemos algo nuevo?

Niego ante la pregunta de Loreen en cuanto nos ve bajar de la habitación a Mike y a mí después de haber venido a arreglarnos para despedir el año lo mejor que podamos, a pesar de las circunstancias. Y esas circunstancias son que la maldición parece que será eterna, que no conseguimos localizar a mi madre todavía y que Frederick seguramente se haya ido de Mist Rachs para no volver, así que no nos ayudará.

—Pero al menos mi padre sigue bien —comento, casi más para mí que como respuesta hacia su pregunta.

Y ella entiende. Sonríe con una tristeza que trata de disimular mientras cierra unos grandes libros que tiene sobre la mesa de la entrada.

—Hoy es un gran día para Mist Rachs —me dice—, así que no perdamos la esperanza; podría ocurrir un milagro.

—Llegados a este punto, me cuesta creer que los milagros existan, Loreen.

Me vuelve a sonreír de la misma forma, sabiendo que tengo mucha razón. Es poco probable que, aunque sea Nochevieja, uno de los días más especiales del año en Mist Rachs, todo lo que tendría que suceder, suceda. Mi madre, Frederick, la maldición… Demasiadas cosas.

Y sí, he crecido en una época en la que no abundaban los avances científicos y que el pensamiento generalizado era que las cosas sucedían prácticamente porque sí o porque Dios así lo quería. Tampoco es que estuviera bien visto creer en la magia, pero lo hacíamos. Y, aun así, prefiero seguir pensando en algo más realista.

Y la realidad es que mi familia sigue maldita, pudiendo quedar así por toda la eternidad.

—¿Quieres ir primero a tomar algo donde Chas? —me pregunta Mike mientras me coloca por quinta vez la bufanda antes de salir.

—Sí, claro, vamos —respondo bastante desanimada, así que trato de mostrar algo de más de entusiasmo; no es justo para nadie que mi humor lo paguen las personas que más quiero, y Mike es una de ellas—. Me apetece muchísimo un chocolate con churros, ¿sabes? —Y creo que me mira sin comprender de qué le hablo—. Es un manjar exquisito que todavía recuerdo y no he vuelto a probar. Mi padre me decía que podíamos comer churros en días especiales, como en Año Nuevo, pero no creo que pase nada porque comamos un par de ellos un rato antes.

Me hace un gesto con la cabeza para que salgamos y despedimos con la mano a Loreen, a

la que veremos como al resto del pueblo, si no es en la cena en el polideportivo, al final de la noche frente al reloj de la plaza, mientras recogemos nuestros frascos navideños, recargados de magia para todo el año. Tengo ganas de saber si se cumplirá mi deseo, aunque tenga que esperar para formularlo un año entero.

—Así que en días especiales, ¿eh? —comenta en cuanto salimos al exterior, en donde una bocanada de aire frío nos da la bienvenida una vez más en este hermoso día gris.

—A veces era por cosas pequeñas —reconozco—. Me gustaban demasiado.

Sonríe y agarra mi cintura mientras continuamos caminando en dirección a la cafetería de Chas.

—Tu padre seguro que se saltaba sus propias normas si era por ti —me dice, sonriendo al pensar en mi padre de esa forma.

—No siempre, pero…

Río con él, aunque mi entusiasmo se apaga en cuanto las preocupaciones familiares vuelven a sobrevolar por encima de nosotros hasta casi estrellarse en nuestras cabezas.

—Todo va a arreglarse —me asegura, dándose cuenta de lo que me sucede.

—No sabemos nada de mi madre todavía. Y Frederick no va a volver —le digo, empezando a sentir cada vez más ansiedad—. Eso quiere decir que no vamos a poder ser nunca felices ni formar una familia. Yo no podré volver a estar con mis padres, nosotros no podremos estar juntos si…

—Annie, no —me pide, cortando mi monólogo angustiante—. Todo va a solucionarse, estoy seguro.

—No es algo que puedas prometerme, Mike.

—Pero las cosas esta vez son diferentes, ¿no te das cuenta? Algo ha cambiado y es a mejor.

—Bueno, sí, pero…

—Durante este rato, intenta no pensar en nada más que en disfrutar de lo que queda de época navideña y luego ya se verá.

Suspiro, sabiendo que tampoco tengo muchas más opciones.

—Qué remedio.

—Esa respuesta no es muy navideña —se queja, animándome a que al menos sonría de nuevo.

—Acabemos el año con una dosis extra de azúcar —propongo, haciéndole reír—. ¿Así mejor?

—Creo que ya que vuelves a estar en sintonía con el espíritu navideño de Mist Rachs.

—¡Vaya! —exclamo al escucharle aquella frase—. Cada vez hablas mejor, Mike.

Él se ríe con vergüenza, frotándose la nuca con la mano enguantada que tiene libre.

—A veces me cuesta un poco aprender ciertas palabras, pero la gente tiene mucha paciencia aquí.

—Porque les caes muy bien.

Mike sonríe pronunciadamente, con una excesiva felicidad en el rostro por lo que acabo de decirle.

—Ya tengo un buen puñado de cojines con los que charlar de…

Me gustaría poder aguantar la risa en momentos así, pero os aseguro que es harto difícil.

—¿Cojines?

Pone cara de circunstancia antes de responder.

—¿Correas? —Niego con la cabeza, tratando de dejar de reírme para decirle la palabra que busca e intenta aprender desde hace días—. ¿Coletas?

—Uy, ¡esa estuvo cerca! —exclamo, todavía riéndome, ahora con él.

Pero cuando voy por fin a recordarle la palabra, nos encontramos con Gabriel, Marie, Olive y los padres de estas últimas al entrar en Snow Avenue. Olive me abraza como si fuera esta la primera vez que nos vemos desde hace quince años, haciendo reír al resto durante unos segundos.

—¿Venís al final a la cena común? —les pregunto en cuanto Olive me deja respirar, saludando al resto, al igual que Mike, que lo hace cada vez con menos vergüenza.

—No podíamos perdernos la celebración de este año —me dice Max, dándome unas palmaditas en la mejilla que me transportan al pasado en un segundo.

—Esto lo hacías también cuando era pequeña —le digo con emoción, recordando aquellos momentos.

Él se sorprende y sus ojos se enrojecen.

—¿Te acuerdas de eso? —pregunta con asombro.

—Hay cosas que voy recordando con el paso de los días —le cuento.

—Olive se quedó destrozada cuando… —me cuenta él.

—Papá, vamos a intentar no ponernos tristes, anda —le corta Marie, tratando de que el ambiente navideño con villancicos de fondo no se difumine en una triste anécdota del pasado.

—Sé que todavía tiene pesadillas con aquello —insiste él, que se acerca más a mí, cogiendo una de mis manos entre las suyas—. No vas a volver a irte, ¿verdad?

—Max, yo aquella vez no quise irme —le aseguro.

—Lo sé, lo sé —reconoce—. Pero ya me entiendes. Esta es tu época, ¿no? —Y entonces mira a Mike, que atiende a la conversación con una dulce sonrisa—. A ti ya te queremos como si fueras de este tiempo desde siempre.

Olive se ríe por el esfuerzo que está haciendo su padre para que Mike y yo nos quedemos.

—Tienen que hablar entre ellos para ver qué hacen, papá —le dice mi mejor amiga, que me mira después—. Pero vais a quedaros, ¿no?

Mike ríe con ganas por la insistencia de todos ellos, haciéndome por fin reír a mí.

—Mi nuevo colega yo creo que también se quiere quedar, pero es lógico que tengan que hablarlo a solas —dice Gabriel, interviniendo para intentar cerrar el tema.

—¡Eso es! ¡Colega! —exclama Mike con tremendo alivio.

—¿Sigues sin recordar esa palabra? —pregunta entre risas Gabriel.

—No sé qué me pasa con ella, pero me está costando más que con otras —reconoce Mike, que me mira después—. Pero voy a tener tiempo de sobra para aprenderla, ¿no es así?

Olive empieza a aplaudir con emoción al ver que yo asiento, sabiendo que eso significa que nos quedaremos. No sé todavía cómo conseguiremos adaptarnos, pero podremos hacerlo juntos. Y si Mike está conmigo en esto, estoy segura de que vamos a ser muy felices incluso durante el proceso.

XXV

`

Pete

Me duelen los músculos de la cara de tanto sonreír. ¡Incluso estoy riéndome! ¿Hacía cuánto tiempo que no sentía que mi corazón estaba tan lleno de vida? Quince largos años. Quince años en los que he vivido en los recuerdos de una familia que se rompió por causas ajenas a nosotros. Quince años de culpabilizarme por ello y no poder hacer nada al respecto para intentar solucionarlo. Quince años de dolor, espera, miedos y sufrimiento extremo. Sin embargo, hace unos días la luz volvió a mi vida y mi hija, mi pequeña y hermosa Annie, volvió a casa por ella misma. Todavía no sé exactamente cómo resolver todo lo que tenemos por delante, y sé que será complicado, a juzgar por las circunstancias que nos rodean, pero no puedo perderla de nuevo. Aquella vez fui un estúpido al no dar la importancia debida a la maldición de la que tanto me hablaba Émilie y tantísimo la aterraba.

Ahora no voy a dejar que mi soberbia vuelva a llevarse lo que más quiero en mi vida.

—Me lo apuntaré para tu cumpleaños —me dice Jenna, levantando su copa de champagne y dejándola a mitad de camino mientras frunce el ceño—. ¿Cuándo dices que es tu cumpleaños?

La gente vuelve a reír, yo incluido.

—¿En serio me harías una tarta de tres chocolates simplemente por ser mi cumpleaños?

Ella asiente ante mi pregunta.

—Pete, eres muy importante para todos nosotros —me explica—. Y te lo dice alguien a quien hace bien poco seguro que querías echar del pueblo.

Todos volvemos a reír con su descripción de mi comportamiento.

—Te queremos mucho, Pete, y esperamos que sigas sonriendo muchos años más, así que haremos lo que sea necesario para verte siempre así de feliz —dice ahora Marie con una sonrisa contagiosa.

Alzan sus copas, yo incluido, y brindamos una vez más por todo y por nada, porque después de llevar toda la cena brindando por mil motivos, poco nos queda ya por decir.

La gente ha ido terminando de cenar y se divierten ahora bailando por la zona del polideportivo que no hemos llenado de mesas. Todo aquí dentro es alegría y celebración, como si no existiera en el mundo ningún problema ni preocupación que no se pudiera resolver viviendo en Mist Rachs. Este pueblo a veces se convierte en un remanso de paz en el que poder refugiarte de todo lo demás. Pero cuando en un lugar así se te parte el corazón… ¿Adónde podrías huir para escapar del dolor?

Comienza a sonar un viejo y conocido villancico que me trae infinitos recuerdos de los años en los que fuimos una familia unida y feliz.

Last Christmas, I gave you muy heart…

Me levanto de mi silla mientras el resto de comensales que quedan sentados continúan charlando animadamente. Me acerco a mi hija y extiendo mi mano hacia ella, la cual observa antes de levantar la mirada hacia mí.

—¿Le concederías este baile a tu viejo padre? —le pregunto, provocando murmullos de emoción a nuestro lado.

Ella sonríe y le brillan los ojos de forma preciosa, como cuando adivinaba la solución de algún acertijo o veía a una mariposa posarse sobre su mano durante unas milésimas de segundo.

Coge mi mano mientras se levanta, haciéndome el hombre más feliz de todo Mist Rachs.

—Siempre, papá —me dice—. Pero ni se te ocurra volver a decir que eres viejo, ¿entendido?

—A sus órdenes —respondo ante aquella riña tan deliciosa que hace reír a la gente que la ha escuchado.

Caminamos unos pasos de la mano hasta que nos alejamos un poco de las mesas y comenzamos a bailar.

—Hacía muchos años que no bailábamos —comenta sin perder su sonrisa.

—Aquel último día bailamos —le recuerdo con pena envuelta en la felicidad de volver a tenerla a mi lado.

—Siempre bailábamos mucho —dice entre risas.

This year, to save me from tears, I'll give it to someone special.

—Lo siento, cariño —me atrevo a decirle por fin, comenzando a romperme una vez más —. Tuve que ir a buscarte hasta dar contigo. Tuve que…

—Oye, no —me corta—. Papá, no sabías ni cómo encontrarme.

—No es excusa. Tuve que…

—No tuviste que hacer nada —vuelve a cortarme, acariciando mi mejilla sin dejar de bailar—. Yo fui la que no tuve que desobedecer y entrar en el bosque.

—Eras una niña, por el amor de dios.

—Y tú el padre que la adoraba y que sabía que, estuviera donde estuviese, mi vida no correría peligro.

Now I know what a fool I've been…

—Tu madre me pidió que tuviera paciencia, porque te haría volver —le cuento.

—¿No volvió a Mist Rachs para quedarse contigo?

—Nos rompimos demasiado y cada uno trató de recomponerse como pudo.

—¿Pero os seguís queriendo?

—Es la única mujer de la que estuve y estoy enamorado —le digo, dando por respondida su pregunta.

—Volverá, ¿verdad? —pregunta con ilusión—. Ella va a volver a Mist Rachs, todo esto terminará de alguna forma y podremos volver a ser una familia.

Apoyo su cabeza contra mi pecho un instante, como si con aquel gesto el oxígeno pudiera llegarme de manera más profunda a los pulmones.

A crowed room, friends with tired eyes…

—Cariño, tengo que decirte algo. —Ella levanta la vista y me mira fijamente, esperando a que vuelva a hablar—. Si Mike y tú decidís finalmente que tenéis que iros…

—Papá, vamos a quedarnos —me vuelve a decir, como lo ha estado haciendo durante toda la cena.

—Pero si las cosas se complicaran aquí y prefirierais formar una familia en la época de Mike, quiero ir con vosotros.

Su gesto es de absoluta extrañeza.

—¿Cómo ibas tú a sobrevivir en…? —comienza a decirme, esbozando una incrédula sonrisa.

—Si vuelvo a perderte, no podría soportarlo —le aseguro—. Me iría contigo al fin del

mundo si hiciera falta. Pero por favor, esta vez avísame antes de entrar en el bosque, ¿de acuerdo?

Sonríe, asintiendo.

—Lo haría, pero no va a hacer falta, porque ya te he dicho que hemos decidido quedarnos aquí.

—Quiero pasar el tiempo que me quede de vida cerca de ti y…

—Pero papá, por favor —se queja ella, riéndose—. No pienso dejar que hables así. Tenemos muchos años por delante para resolver lo que sea que necesitemos para romper la maldición. Juntos, ¿de acuerdo?

La abrazo, moviéndonos de esa forma al ritmo del final del villancico.

—Annie, te quiero tantísimo…

Levanta la vista sin dejar de abrazarme.

—Yo también te quiero, papá. Siempre lo he hecho, incluso cuando me aseguraban que todo había sido un sueño —me cuenta por primera vez—. Siempre te quise, porque sabía que mi imaginación no habría sido capaz de crear a un padre tan maravilloso como lo eres tú.

Volvemos a abrazarnos mientras el villancico termina, no queriendo separarme de ella nunca más.

Michael

Haber cenado compartiendo mesa con gente tan maravillosa como la de esta época, tratando de charlar todos con nosotros para hacernos menos duro el momento que Annie y su padre están pasando, me parece el preludio de una maravillosa época que podremos vivir en el actual Mist Rachs.

—Hemos cenado como reyes —le comento a Annie mientras bailamos junto a varios vecinos en el mismo lugar de la cena, a un lado de la zona de mesas que todo el pueblo hemos ayudado a montar.

It’s beginning to look a lot like Christmas everywhere you go…

—Y todo esto es una cena muy normal en este tiempo —dice ella sin dejar de mirarme a los ojos, brillantes con el reflejo de las luces que parpadean lentamente por el techo de la sala.

—Aquí todos viven como si tuvieran millones de monedas en sus casas.

Sonríe y seguimos bailando unos segundos, agarrando su cintura yo y rodeando mi cuello ella.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte en esta época? —me pregunta con algo de miedo.

It’s beginning to look like Christmas, soon the bells will start…

—Claro que sí, ya lo sabes.

—Es que como lo de mi familia… Es decir, nosotros puede que no…

And the thing that’ll make them ring is the carol that you sing…

—Annie —le corto, sabiendo que va a recordarme lo de la maldición—, no me importa nada de eso. Si volvemos a mi tiempo, tendríamos el mismo problema, ¿no?

—Pero tú podrías rehacer tu vida con otra persona. —Y parece caer en algo—. Bueno, y aquí también podrías…

—Sabes que si no es contigo, no es con nadie, cariño —le aseguro, volviendo a hacerla

sonreír.

Right within your heart.

Apoya su cabeza en mi pecho mientras continuamos bailando hasta que vuelve a mirarme para hablar.

—¿Seguro que no vas a querer tener hijos? —pregunta.

Eso me hace gracia, pero no pienso reírme con algo así, sólo por lo seria que lo está diciendo.

—¿Contigo?

—Conmigo puede que no sea posible por… —dice con pena infinita.

He visto cómo es Annie con los niños de mi época y se desvive jugando con ellos y cuidándolos el tiempo que sea necesario. Cura sus heridas y les ofrece a todos enseñanzas que hacen siempre de ella la más popular entre todos los pequeños.

—Annie, quiero estar a tu lado aun sabiendo todo lo que eso conlleva. Aunque me parta un rayo mañana mismo, aunque no podamos tener hijos propios… Quiero pasar nuestro presente cuando y como sea.

But the pretties sight to see is the holly that will be on your own front door.

—¿Cómo puedes ser tan absolutamente perfecto, Mike? —dice, lanzando la pregunta al aire.

—Porque te he encontrado —respondo sin dudarlo.

Menea la cabeza con una ligera sonrisa mientras la canción que bailábamos llega a su fin y nos detenemos en mitad de la sala, con todos los vecinos de su tiempo a nuestro alrededor, aunque en este momento es como si cada uno de los mistrachianos que ha habitado estas tierras alguna vez, estuviera presente de alguna forma para darnos su incondicional apoyo en una decisión así.

—Chicos, tenéis una ramita de muérdago precisamente sobre vosotros —escuchamos a Loreen decirnos con complicidad, echando la vista hacia el techo, desapareciendo después sin que tampoco nos demos cuenta.

Nos besamos sin comprobar que lo que decía era cierto, porque no necesitamos nada más que tenernos el uno al otro. Beso los labios de la mujer de la que estoy enamorado y lo estaré hasta las últimas consecuencias, por la que daría mi propia vida, aunque ella me repita que eso no le gusta y que es poco moderno, signifique eso lo que signifique en esta época. Sí, beso a Annie, que me devuelve el beso mientras la abrazo para hacerla saber que estaré siempre a su lado.

De la forma que ella quiera y el destino nos permita.

Sure, it’s Christmas once more.

Seguimos abrazados, aunque la música ya haya acabado.

XXVI

Anna

Uno de los momentos más importantes que Mist Rachs vive en diciembre es este precisamente: el último día del año. Da igual la época en la que lo haya vivido. Invariablemente, los vecinos del pueblo sentimos que la Navidad se nos escurre entre los dedos y tratamos de juntarnos para soportar la pena, ya que comenzará una nueva cuenta atrás para las siguientes navidades, demasiado lejos todavía en el horizonte.

Este año, además, tiene más carga emocional para todos. Porque normalmente tratamos de quedarnos con todo lo sucedido en los últimos días para pasar la pena de forma algo más edulcorada. Y sí, yo este año he conseguido algo de suma importancia como es volver a tener a mi padre a mi lado, pero he pasado por tanto hasta llegar al momento actual, y queda tanto dolor por despejar y tantísimos problemas por resolver, que no sé si prefiero no recordar.

—¿Se recogen ahora o después de las doce? —le pregunta Jenna a Philip mientras caminamos hacia el reloj de la plaza, minutos antes de las doce, con un vaso de vino en la mano y grandes dosis de nervios por el año que está a punto de comenzar.

—Es después, mi vida —le dice con absoluto cariño, besando la mano de ella que agarra con la suya.

Mike me mira, alzando las cejas en un gesto que parece expresar lo mucho que le gusta ver parejas enamoradas. Aprieta con algo más de fuerza mi mano al ver que estoy sonriéndole y seguimos caminando en silencio hasta llegar bajo el reloj, en donde todo el pueblo está reuniéndose para recibir el año nuevo juntos.

Mi padre echa un vistazo al móvil y me dirige una triste mirada que acompaña como puede de una sonrisa, indicándome de esa forma que no hay noticias todavía de mi madre.

No voy a perder la esperanza, así que seguiré pensando en el momento en el que podamos estar por fin los tres juntos de nuevo.

—Vamos, vamos, id pasando todos por aquí —nos va diciendo Tom, el que parece ser que está al mando en esta ocasión—. Venga, que quedan pocos minutos y tenemos que estar todos preparados, vamos. —Tom nos ve llegar a Mike y a mí y se dirige a nosotros—. ¿Celebrabais así la entrada del nuevo año en la otra época?

—De hecho, era muy similar, sí —le dice Mike—. Annie nos convenció a todos para que lo celebráramos precisamente así, aunque estas bebidas están bastante mejor conseguidas que las de mi época.

Tom ríe con ese comentario y deja que vayamos a colocarnos junto al resto. Hace frío, o eso creo. Dicen que va a nevar esta noche, pero todavía no parece que ningún copo interrumpa este momento. Olive llega junto a Marie, Gabriel y Sandrine; los padres de mi mejor amiga vienen detrás. Vemos a Loreen, que nos saluda desde lejos, volviendo a hablar con Helen y Mathias, también trabajadores del Timeless. Massie y Chas comparten unas palabras al oído y se sonríen con complicidad, saludando acto seguido a Tyra y Cynthia, que acaban de llegar a carreras, agarradas de la mano; se las ve tan felices que es un placer observarlas. Jo y Erik charlan con André y parecen estar gastando una inocente broma a Rudolph, el ayudante del restaurante que conocí en esta ocasión. Sally habla mientras tanto con Pascal de algo que parece

serio, pero acaban riendo ambos. Hay tantos vecinos a los que me gustaría agradecer su hospitalidad y amabilidad con Mike y conmigo, que sería imposible hacerlo en estos pocos minutos que quedan para la medianoche. Me limito, pues, a disfrutar de sus risas, sus comentarios animados y los saludos rápidos que nos dedican al vernos entre la multitud.

Habrá tiempo a partir de hoy para estrechar lazos. Sé que me queda una larga vida por delante para vivirla junto a Mike en las animadas y pintorescas calles de Mist Rachs.

Pete

Un año más estamos aquí, esperando a terminar la temporada navideña todos juntos. Y creo que no falta casi nadie, por lo que he podido comprobar al hacer mi última ronda del año. Mist Rachs no es un pueblo de muchos habitantes y podemos reunirnos en la misma plaza para despedir el año en compañía de todos.

Aunque hay algunos que son algo más reticentes a disfrutar de un poco de felicidad.

—¿Seguro que no prefieres pasarte?

Alan menea la cabeza, sirviéndose un poco de té caliente en su vieja taza y regresando a sentarse a su butaca, frente a la que yo mismo estoy sentado.

—Me apetece más quedarme aquí tranquilo, Pete, ya sabes.

Y sí, sé lo que Alan siente; lo sé demasiado bien. Porque, aunque mi hija haya vuelto y mi corazón esté recomponiéndose por ello, también comprendo lo que es no volver a ver a la persona de la que te enamoraste años atrás. Lo he vivido todo en esta vida y creo que por eso comprendo tan bien el dolor de Alan, que perdura en el tiempo desde hace demasiado ya.

—Sabes que puedes contar conmigo o con cualquier vecino de Mist Rachs, ¿no? —le recuerdo.

Él sonríe, pero sé que este año tampoco voy a convencerle para que nos acompañe al cierre de la temporada navideña. Lo intento todos los años e invariablemente Alan siempre me da una educada negativa como respuesta. En realidad, yo no me unía a las celebraciones. Iba para comprobar que todo salía bien y no había ningún altercado, pero no sentía que tuviera motivos para festejar nada. Este año, sin embargo, he prometido a Annie que asistiré y lo celebraré con todos ellos. Sé que queda mucho por hacer y que la maldición sigue ahí, pero mi situación ha mejorado sustancialmente con respecto a la del año pasado y tengo motivos de sobra para sentir felicidad.

Pero Alan…

—Disfruta del cierre de este año, Pete; lo mereces más que nadie —me dice, dándome unas palmadas en la pierna.

Me levanto con algo de desgana por no ser capaz de convencerle para que vuelva a celebrar con todos un momento tan importante en nuestro pequeño Mist Rachs. Voy hacia la puerta y subo la cremallera de mi cazadora, mirándole desde allí.

—Tú mereces mucho más de lo que te permites, Alan. —Se encoge de hombros, comprendiendo mis palabras perfectamente—. Espero que este año puedas sanar.

—Feliz año, amigo —es su triste y escueta respuesta.

Asiento, sonriendo al que, por raro que parezca, considero también mi amigo. Puede que compartir un dolor extremo estreche lazos entre almas rotas y que eso haya sido nuestro punto de unión desde hace tiempo.

—Feliz nuevo año, amigo mío.

XXVII

Pete

—Esta cuenta atrás me mata los nervios —reconozco frente a mi Annie, que ríe con mi impaciencia.

—Todavía recuerdo cuando me subías a tus hombros y me contabas historias del mago relojero mientras esperábamos.

—¿Qué historias son esas? —pregunta Mike con intriga.

—Hubo un curioso personaje hace alrededor de un par de siglos en Mist Rachs que se encargaba de las labores de mantenimiento del reloj central —le cuento mientras acaricio el pelo de mi hija—. Dicen que era muy sabio y que tenía la capacidad de ver las almas de todos los seres vivos. Contaban con él para todo y siempre conseguía el mejor remedio.

—Eran unas historias increíbles —le dice mi hija con emoción, como si todavía recordara aquellos relatos con los que intentaba amenizarle la espera—. Además, después de eso siempre aparecía mamá para celebrar todos juntos el año nuevo que comenzaba con el fin de la última campanada. —Y me mira con ojos de esperanza—. A lo mejor si cuentas una de esas historias ahora…

Me río con la voz que pone al pedirme algo así.

Y yo, encantado, le bajaría la luna y un millón de estrellas, así que no me cuesta nada cumplir sus deseos.

—No sé si recordarás aquella historia cuando el mago relojero fue consultado por un hombre que tenía el corazón roto en mil pedazos y no sabía recomponerlo. —Y ella, por la cara de emoción que pone, sé que lo recuerda—. Aquel buen hombre no sabía qué hacer con todos esos pequeños fragmentos. Había probado de todo, pero nada funcionaba. Los pedazos de su corazón seguían sin poder encajar los unos en los otros y no había sustancia que los volviera a unir. —Echo un vistazo alrededor de forma automática, no sé bien si comprobando profesionalmente que todo siga en orden o buscando con la mirada a Émilie, que en otro tiempo aparecería por sorpresa entre nosotros. Y no, eso no va a suceder, como lleva sin pasar desde hace demasiados años ya—. Aquel buen hombre había consultado con los que él creía que eran los mejores especialistas médicos y científicos, pero ninguno de ellos consiguió que el corazón volviera a su forma original, dándolo como un caso perdido. Fue entonces cuando consultó con el mago relojero de Mist Rachs, que tenía fama en la región de ser el mejor. Y entonces, después de examinar pieza a pieza con detenimiento y con una precisión que sólo un relojero podría conseguir, llegó a la solución.

—Es buenísima, ya verás —anticipa con emoción Annie, haciéndonos reír a Mike, a mí y a un par de vecinos que parecen haberse unido a este cuentacuentos improvisado.

Continúo después de esta tierna interrupción para un público más amplio, que espera el final del cuento en silencio.

—El mago relojero le dijo a aquel pobre hombre que debía llevar cada fragmento a todas aquellas personas que amaba en su vida y que entonces sentiría que su corazón volvía a funcionar. El hombre del corazón roto no comprendía cómo sería eso posible, pero decidió hacer caso al famoso mago relojero, ya que no tenía más opciones. Así pues, se dirigió a todos los que

amaba para entregarles un fragmento de su propio corazón, inerte y apagado, esperando una reacción. Pero no parecía funcionar.

—Vaya… —escucho a Sandrine decir con pena.

Me giro hacia ella y sonrío ante las leves risas de su alrededor.

—El hombre —continúo hablando—, algo desesperado, volvió a ver al mago relojero de Mist Rachs. Le expuso lo que había hecho, pero que no había conseguido que nada cambiara. Fue entonces cuando el famoso mago le explicó lo que faltaba. Y es que tenía que darle un fragmento también a quien él seguía amando, aunque ya no estuviera vivo. Así pues, el hombre del corazón roto se dirigió al lugar en el que sólo había estado una vez en su vida, años atrás. Su padre había fallecido cuando él era un pequeño niño travieso y le dolió tanto su pérdida que no quiso volver a aquel lugar nunca más. Se arrodilló ante su lápida y depositó encima de la tierra el fragmento de su corazón, el cual, en cuanto sintió la humedad del lugar, comenzó a hundirse poco a poco, desapareciendo en segundos de su vista. —Escucho suspiros de emoción alrededor y comienzo la parte final del cuento—. Fue en ese instante cuando el hombre del corazón roto sintió que algo en su pecho comenzaba a latir de nuevo. Se llevó la mano al lado izquierdo, donde antaño albergaba su roto corazón, y sintió de nuevo calidez en la piel. La sangre corría por sus venas con mucha más rapidez y se dio cuenta de que, efectivamente, el mago relojero de Mist Rachs había tenido razón desde el principio. Porque al darle un fragmento a cada uno de los que amaba, estuvieran vivos o muertos, le reparó todo el daño que el tiempo le había causado. Y jamás volvió a sentir roto su corazón.

Los aplausos se suceden mientras mi hija me abraza, besando mi mejilla después.

—Eres mi cuentacuentos favorito —me dice con una sonrisa bellísima que acaricio con mis dedos para darme cuenta de que ella es real, que es cierto que está a mi lado, entre mis brazos.

No voy a permitir que me la arrebaten otra vez y haré lo que sea para evitarlo.

—¡Quedan unos segundos para las campanadas! —anuncia Tom con entusiasmo, haciéndonos girar a todos hacia el reloj del ayuntamiento.

Y en cuanto me doy la vuelta, veo que la gente comienza a murmurar algo mientras se mueven hacia un lado. No pasan más de unos segundos hasta que veo entre la multitud la figura de Émilie acercarse a nosotros, con una capa de hermoso terciopelo y una sonrisa en su rostro.

—No puede ser —le escucho decir a Gabriel cerca de mí—. Es la mujer que me salvó en el castillo.

Pero yo no puedo esperar ni un solo segundo más. Me echo a correr hacia ella, haciéndola reír por algún motivo. Extiende los brazos en mi dirección y en cuanto la alcanzo por fin, me envuelve con ellos nada más que mis labios se encuentran con los suyos, tantos años después.

Y creo que mi corazón acaba de recomponerse del todo por fin, tanto tiempo después de haberse roto.

—No me habría perdido este momento por nada del mundo —me susurra cuando nuestras bocas se separan.

—Cariño, yo… No puedo creerme que tú… —balbuceo.

Acaricia mi pelo un momento y vuelve a hablar.

—Deja que ahora abrace a nuestra hija y luego hablamos, ¿de acuerdo? —me pide con la voz dulce y decidida que me enamoró hace tantos años.

Me giro entonces hacia Annie, que está haciéndose paso entre el resto de vecinos. Desde aquí veo que viene con el corazón en un puño, el pecho agitado y los ojos enrojecidos. Me hago

a un lado cuando llega hasta su madre, fundiéndose ambas en un abrazo que todo el pueblo aplaude mientras comienzan a dar las primeras campanadas.

—Mamá, has venido —no deja de repetir Annie sin soltar a su madre, extendiendo su brazo en mi dirección para incluirme a mí en ese momento íntimo y familiar.

—Tenía algo que hacer antes, pero claro que iba a venir, mi vida —le responde ella, llorando con su hija. La separa un momento para acariciar su rostro, como si quisiera comprobar que ella está bien—. Que volvieras tantas veces requería arreglar ciertas cosas, pero ya está todo bien.

—Perdón, mamá —le dice ella—. Es que papá…

—Lo sé —le corta Émilie—, ya lo sé, cariño. Ahora todo va a ir bien, ya lo verás.

—No, todavía la maldición… No hemos conseguido saber cómo…

—No te preocupes tampoco por eso.

Me choca su respuesta y decido preguntar directamente, ya que a ella no le parece que necesitemos una explicación.

—¿Cómo que no se preocupe por la maldición? ¿Qué quieres decir con eso?

Ella se gira para mirarme y acaricia mi mejilla, volviendo a atusar el pelo de su hija.

—Todo está arreglado —nos dice con una sonrisa tranquila—. Más bien, está a punto de arreglarse.

Las últimas campanadas acompañan el momento en el que nos damos cuenta de que un avergonzado Frederick aparece ante todo el pueblo, caminando de forma poco decidida entre la multitud hasta llegar a nosotros tres.

Y no sé exactamente cómo va a acabar todo esto.

XXVIII

Pete

—¿Qué hace él aquí? —pregunto antes de sacar conclusiones precipitadas.

El reloj del pueblo ha dejado de sonar y ha dado paso a una conocida melodía escocesa que cada año Tom programa para que suene al comenzar oficialmente el año. Nadie se mueve y seguramente alguno esté incluso conteniendo a ratos la respiración. Frederick no es alguien que sea bien recibido en Mist Rachs, aunque el giro de los acontecimientos ha hecho que estén expectantes ante lo que pueda suceder.

—Si me permitís, me gustaría intentar aclarar algunas cosas —nos pide él, mirándonos a todos. Al ver que nadie parece poner objeciones, comienza a hablar de nuevo—. Sé que me odiáis, y no os culpo. He cometido demasiados errores en mi vida y el primero ha sido tratar de odiaros yo a vosotros. Mis padres intentaron por todos los medios que así fuera. Movieron hilos para que consiguiera llegar a Mist Rachs y me hiciera con un puesto en la alcaldía. Y luego… —Agacha un poco la cabeza antes de continuar—. Luego todos vosotros me sacabais una sonrisa aunque intentara que no fuera así. Trataba de seguir odiándoos, pero se me hacía cada vez más difícil.

—Pues no se te notaba la dificultad —comenta en alto Gabriel, haciendo reír en bajo a los de su alrededor.

—Me esmeraba en hacer cosas horribles que luego contaba a mis padres para que se sintieran orgullosos de mí —le dice ahora, mirándole directamente—. Y no tengo excusa por ser un crío idiota que buscaba la aprobación constante de ambos, lo sé. Puede que porque soy adoptado y sentía que les debía algo.

La gente empieza a murmurar ante esa noticia que todos desconocíamos.

—Y tus padres biológicos son… —pregunta Annie, que no ha dejado de abrazarnos a ambos.

Frederick entonces se encoge de hombros, mirando a Émilie.

—No lo sé —reconoce—. Conozco a mis padres adoptivos, pero a los reales… Los primeros siempre me contaron que eran de este pueblo, que me vendieron al mejor postor o algo así. Pero alguien me animó a buscar más información sobre ellos —dice, mirando a Émilie con una sonrisa— y resulta que… Bueno, somos familia, ¿no?

Nos mira a los tres, encogiéndose de hombros, esbozando una tímida sonrisa.

—De cuándo —insiste Annie.

—No lo sé. No he encontrado nada en ninguna parte del pueblo. Pero volver tantas veces para seguir buscando información, me ha permitido enterarme de…

Levanta la palma de su mano para recordarle que lleva esa marca, igual que ella.

—Me parece genial que hayas sabido algo más de tu vida —interrumpe Marie—, pero has provocado muchos problemas y los más graves fueron hace días.

Sigue indignada, como es lógico. Y el perdón de los mistrachianos es imprescindible para que la maldición termine.

No va a ser fácil conseguir algo así.

Frederick entonces se acerca a ella, pidiéndole antes permiso con un gesto de los ojos

para hacerlo.

—No he querido provocar tantos conflictos, te lo aseguro, pero me acusas de cosas de las que yo no soy directamente culpable.

—Por poco matas a Gabriel, provocaste el caos en el pueblo por cancelar la ayuda de emergencias durante la tormenta… —comienza a enumerar ella.

—Ya te dije que yo no tuve que ver con lo de Gabriel y ni siquiera sé de qué estás hablando con respecto a lo segundo.

—Me dijiste que ellas estaban en el castillo —interviene él ahora.

—Pero eso es porque a mí me lo dijeron.

—Por favor, Frederick, que nos conocemos —le dice—. Querías que fuera al castillo, sabiendo lo peligroso que sería con la tormenta encima del pueblo.

—Te aseguro que no sabía que la tormenta iba realmente a comenzar y creía firmemente que Marie y Sandrine estaban en la zona del castillo —responde Frederick con tanta firmeza que Gabriel duda si creerle incluso—. Me dijeron que la tormenta se retrasaría todavía, pero que Marie pretendía hacer algo turbio y por eso intentaba meteros a todos en vuestras casas. Y te aseguro que alguien me dijo que ella y Sandrine estaban por donde el castillo.

—Y, ¿quién te dijo todas esas cosas? —le pregunta Marie, cruzándose de brazos.

—Y espero que no vuelvas a decir que fue mi mujer —le advierto.

—¡Yo no he dicho tal cosa! De hecho, no sé quién era la persona que me dijo lo de Marie y Sandrine. Jamás le había visto por Mist Rachs antes de ese día —confiesa.

—Ahora sales con eso, claro… —le dice Marie.

—¡Os aseguro que alguien se acercó a mí y me lo dijo!

—Y ese alguien fue el mismo que te dijo que la tormenta no iba a ser nada, ¿no? —insiste Marie.

Frederick ahora parece avergonzarse.

—En realidad mis padres me dijeron lo de la tormenta —nos cuenta—. No debí fiarme, lo sé. Tenía mis sospechas, pero siguen siendo mis padres. Aunque… —Agacha la cabeza un instante, volviendo a mirarnos a todos—. Siento haber seguido viniendo al pueblo a pesar de todo, pero necesitaba encontrar respuestas sobre mis orígenes.

—Por eso te colabas en el despacho de Marie —dice con sarcasmo Gabriel.

—Sí, pero no pude encontrar lo que…

—¡Te colaste porque querías enviar todos aquellos emails para sembrar el caos antes y durante la tormenta! —le grita Gabriel.

En cuanto lo hace, comienza a respirar como queriendo calmarse, viendo que se está alterando demasiado. Y es lógico: ha estado a punto de morir y cree que el culpable de todo es Frederick, aunque yo sospecho que aquí está pasando algo que nadie llegamos a comprender.

Todavía.

Y decido frenar la discusión que comienza a subir de tono demasiado.

—Me parece que hay algo que está sucediendo y que ninguno sabemos lo que es —les digo—. Ni nosotros, ni Frederick. —Todos se quedan en silencio, escuchándome—. La única forma de salir de esta va a ser uniendo fuerzas. Llevo semanas sintiendo que algo extraño sucede en Mist Rachs y creo que esto puede estar relacionado. Y ninguno de los presentes tiene ni idea. ¿Vamos a seguir discutiendo o vamos a intentar defendernos de lo que está por venir?

Todos se quedan en silencio durante unos largos minutos, mirándose los unos a los otros, decidiendo internamente qué hacer.

Y cuando empezaba a pensar que no había nada que hacer, mi maravillosa mujer interviene.

—Frederick, ¿por qué volviste hoy, después de lo que sucedió la última vez?

—¿Cómo sabes lo que…? —comienza a decir nuestra hija.

Pero su madre le hace un gesto amable para que deje que Frederick conteste y Annie se queda en silencio, esperando la respuesta de él.

—Sentí que tenía que volver —consigue decir por fin—. Y no sé por qué. No quería, os aseguro que no me quedaron ganas de pisar de nuevo este pueblo. Pero yo… Estoy harto de comportarme como alguien que no soy, así que quise… No sé, quise hacer algo diferente, no esconderme, no engañar a nadie, para variar. Porque al principio odiaba todo lo que tenía que ver con Mist Rachs por lo que mis padres me habían contado, pero cuando empecé a trataros, lo que odiaba era que empezaba a dejar de odiaros. —Parece estar costándole demasiado explicar lo que siente, pero coge aire y vuelve a hablar—. Creo que me educaron de alguna forma para odiar este pueblo, no sé por qué motivo, pero ahora quiero averiguar dos cosas: quiénes fueron mis verdaderos padres y quiénes son en realidad mis padres adoptivos.

Se hace un cómodo silencio entre todos nosotros, creo que sintiendo que Frederick nos está contando la verdad. Por mucho que haya sucedido, por muy idiota que haya sido, me parece que él también ha sufrido. Y puede que sea un pensamiento generalizado por cómo el resto de vecinos comienza a darle la bienvenida a Mist Rachs, estrechándole la mano a un sorprendidísimo y más que emocionado Frederick, que los mira con absoluta incredulidad. Comienzan a charlar todos ellos animadamente, como si en realidad todos los malos entendidos fueran situaciones que a partir de ahora habrá que ver por qué han sucedido, al margen de culpar a nuestro anterior teniente de alcalde, al que parece que finalmente van a dar una nueva oportunidad.

En ese momento Gabriel se acerca a él y se hace el silencio en la plaza. Casi podría asegurar que Frederick traga saliva con algo de esfuerzo y se yergue, dispuesto a afrontar lo que sea que tenga que decirle Gabriel.

—Tú y yo vamos a tener que aclarar muchas cosas —le dice este último—, pero juntos, ¿de acuerdo?

Le ofrece su mano mientras esboza una sonrisa. Y es tal la emoción que parece sentir Frederick que en vez de estrecharle aquella mano, se lanza hacia él, abrazándolo.

—Te aseguro que nunca quise… —comienza a decirle sin soltarle.

—Eres un idiota engreído, pero no creo que seas un asesino —le contesta Gabriel, haciéndonos reír a todos, incluyendo a Frederick.

—Dios mío, papá —escucho a mi hija exclamar cerca de mí.

La busco con urgencia con la mirada, sintiendo mi corazón encogerse en el pecho. Y lo primero que veo cuando la localizo por fin es la palma de su mano, que me muestra con lágrimas en los ojos, tan emocionada que no es capaz de hablar.

—La mancha… ¿No está? —exclamo al ver su mano limpia de toda maldición por primera vez en su vida.

Émilie y Frederick se miran sus propias manos y comprueban que ellos tampoco tienen mancha alguna. Ella clava sus bellos ojos en los míos y comprendo al instante todo lo que está pensando sin necesidad de que me lo diga con palabras. Sonríe mientras sus ojos se enrojecen. Se acerca a mí poco a poco, a la vez que Annie besa a Mike con intensa emoción y alivio.

—Creo que lo hemos conseguido, cariño —me dice, dándome un breve beso en los labios

después.

—¿La maldición? —pregunto para que alguien me lo diga claramente.

—Sí, exacto —confirma sin dejar de sonreír, asintiendo repetidas veces.

—¿Estás segura?

Sigue asintiendo cuando la levanto por el aire y la abrazo al posarla de nuevo en el suelo, como si fuéramos dos adolescentes con toda una vida por delante para vivirla juntos, con la familia que siempre quisimos formar y nunca nos pudimos permitir por el pasado. La beso con intensidad mientras vuelvo a repetirle una y otra vez si está segura de que aquello ha terminado al fin.

Y ella parece estar más que encantada de confirmármelo cuantas veces sean necesarias.

XXIX

Anna

Todo a mi alrededor es una locura. La gente está feliz por nosotros, nos abrazan, se abrazan, se besan y vuelven a abrazarse entre ellos. Hay aplausos y gritos de emoción cada poco, alegrándose realmente por lo que acaba de pasar. Porque la maldición que soportaba mi familia desde hacía siglos se ha roto por fin, no sé todavía ni cómo, y podremos empezar a vivir como queramos y con quien queramos.

Ya no habrá nada que nos lo impida.

—Cariño, ¿no estás feliz tú también?

Miro a Mike, que acaba de hablarme cogiéndome por la cintura, viendo que estoy algo despistada todavía sin saber bien cómo digerir lo que estamos viviendo.

—Sí, es que… Creo que todavía no lo estoy asimilando del todo, pero estoy bien.

Acaricia mi mejilla y pasa un mechón de mi pelo por detrás de la oreja, volviendo a mirarme con unos ojos tan hermosos como sinceros.

—Entonces tómate todo el tiempo del mundo para asimilarlo a tu manera —me dice con comprensión, derritiéndome con sus palabras.

Y siento que debo hacer algo.

Ya mismo.

Sin esperar ni un segundo más.

—Creo que lo que primero he asimilado es que por fin podremos formar una familia.

Sonríe ante mis palabras, emocionado.

—Es cierto, sí.

—Y recuerdo que hace poco me pediste algo muy concreto. —Frunce un poco el ceño sin saber a lo que me estoy refiriendo—. Dijiste que querías casarte conmigo.

Echa su cabeza hacia atrás, riéndose. Frota unos segundos su cara, algo avergonzado todavía.

—No hace falta que me recuerdes un momento tan… —Y cuando ve que estoy poniéndome de rodillas en el frío suelo, como él hizo en su momento, abre los ojos en exceso sin comprender todavía. O comprendiendo muy bien—. Annie, ¿qué es lo que…?

—Ahora que podemos ser dueños de nuestro futuro —comienzo a decirle, haciendo que todos los presentes a nuestro alrededor se queden en silencio, observando la escena—, me gustaría decirte algo.

—Pero eso tendría que hacerlo yo —protesta, riéndose.

—Estás en un tiempo en el que, por fin, las cosas van cambiando, colega —le dice Philip —, así que disfruta de este momento, nada más.

Mike le mira un instante, echándose a reír, volviendo a fijar su mirada en mis ojos, acariciando mis manos con sus pulgares.

—Quiero pedirte que te cases conmigo —le digo al fin—. Porque te quiero, siempre lo he hecho. Desde que llegué a tu tiempo, cuando no era más que una niña, hasta que dejaste a un lado tus creencias y miedos para adentrarte en toda esta locura junto a mí.

—Y no te denunció por bruja, que eso es también un punto —escuchamos decir a Tyra,

echándonos a reír con su comentario.

—Es mi preciosa brujita y la quiero con mi vida —reconoce Mike, diciendo aquello con tanto amor que me alegro de estar de rodillas porque, de lo contrario, las piernas me habrían temblado demasiado.

—Sé que hace días tú me preguntaste esto mismo —reconozco— y tuve que decirte que no.

—Pero no era nada personal… —dice ahora Gabriel, echándose a reír junto al resto.

Incluso nos contagian a Mike y a mí.

—Ahora todo ha cambiado —prosigo hablándole— y espero que podamos formar la familia con la que siempre habíamos soñado. Si tú quieres, claro. Así que… —Y cojo aire—. Mike, ¿querrías casarte conmigo?

—La verdad es que no quiero que te lo tomes como algo personal… —comienza a decir, tomándome el pelo entre risas. Pero se agacha, colocándose de rodillas frente a mí sin soltar mi mano, posando la otra sobre mi mejilla—. Siempre he querido estar contigo, sea como sea. Y donde y cuando sea —añade, sonriendo conmigo—. Casémonos y sigamos siendo felices.

—Pero sin comer perdices, que ellas no tienen ninguna culpa —escuchamos que dice Sandrine mientras nos besamos.

Todo el pueblo ríe y aplaude a la vez. Y en cuanto nos levantamos, mis padres son los primeros que nos abrazan.

—No te imaginas lo que me alegra saber que por fin vas a poder vivir la vida que quieras, mi niña —me dice mi madre.

—Habría dado mi propia vida por verte feliz —añade mi padre, realmente emocionado, palmeando el hombro de Mike.

—No es porque seamos familia, sea en el grado que sea —dice Frederick ahora, viniendo hacia nosotros—, pero os aseguro que me alegro por todos vosotros.

—Nosotros también por ti, Frederick —le dice mi padre, dándole la mano.

—Te prometo que encontraremos respuestas algún día —le asegura mi madre, acariciándole un momento el pelo, como si se conocieran de toda la vida—. No te vayas muy lejos, ¿de acuerdo?

—Si mis padres adoptivos se enteran de todo esto, no creo que pueda volver a casa, así que…

—Ya pensaremos qué hacer con ese tema —le interrumpe mi padre—, pero creo que no tienes por qué decirles todavía nada. Disimula delante de ellos y que crean que sigues odiando Mist Rachs. Puede que consigamos averiguar más cosas de esa forma.

Frederick asiente sin dejar de sonreír. Creo que está sonriendo más en este rato que sumando todas las veces que lo he visto al regresar a este tiempo.

—Creo que estábamos muy equivocados contigo —dice Massie, algo avergonzada.

—Bueno, no tanto; siempre fue un idiota egocéntrico —apostilla Gabriel, aunque ya a modo de broma, haciendo reír incluso al propio Frederick.

—Yo creo que acabaremos siendo todos colegas —dice Mike.

—¡Lo has dicho a la primera! —exclama Philip, apretando el brazo de mi ahora prometido, provocando nuevas risas entre los vecinos de Mist Rachs.

—Creo que tendríamos que ir a buscar nuestros frascos antes de que el frío nos gangrene los dedos —le escuchamos decir a Tom, dando un par de palmadas en el aire para que le hagamos caso.

—Mi deseo ya se ha cumplido por adelantado —me dice Mike mientras nos dirigimos a la caseta en donde los dejamos la noche anterior.

Beso sus labios y acaricio la afeitada mejilla de quien espero que pase conmigo el resto de nuestra vida. Una vida que viviremos como queramos, lejos de todo lo que llevamos tiempo intentando dejar atrás. Una vida que merecemos y que nos hemos ganado a pulso.

Una vida juntos, aquí, en el presente.

Siempre en Mist Rachs.

Pero eso no ha sido todo…

Un año después…

Frederick

—Pero, ¿pediste ya un deseo?

—¿En serio no se pueden pedir varios? ¿Sólo uno?

Philip me mira con cara de pocos amigos, pero sonríe, así que no tengo de qué preocuparme.

Hoy es el día que vamos a quemar lo que el año pasado guardamos en el interior del frasco navideño. Esta vez pienso hacer uno para mí en vez de usar de los genéricos.

Sólo espero poder saber qué meter en el frasco al final del mes de diciembre.

—Lo quieres todo siempre —escucho que me dice Olive, caminando junto a Annie, las dos cogidas del brazo como si hiciera media vida que no se ven.

—Pediré como deseo que se me concedan tres —replico, provocando que Jenna me dé un empujón cariñoso, riéndose con mi ocurrencia—. ¿Qué pasa? ¿Os da rabia que se me haya ocurrido a mí antes que a vosotros en todos estos años?

—Claro, Fred, lo que tú digas —responde Gabriel entre risas—. No cambias, ¿eh?

Le amenazo con el dedo para que deje de una vez de despeinarme el pelo. Parece que tiene obsesión con eso desde hace tiempo y no me explico por qué. Le hace gracia ahora mi amenaza y se echa a reír, amenazándome él a mí con llevar a cabo su malvado plan, no consiguiéndolo porque me escabullo de su lado a tiempo.

—No puedes parar quieto ni un solo instante, ¿verdad? —se queja ahora Pete, después de que casi le arrollo durante mi huida.

—Deja al chico, cariño —le pide Émilie con tono amable, acariciándome la barbilla después—. ¿Todo bien por casa? —me pregunta.

Me encojo de hombros, con pocas ganas de hablar de eso.

—Sigo sintiendo que algo sospechan —reconozco—, y no sé qué más puedo hacer. Como no prenda fuego al pueblo… —Al ver que Pete vuelve a mirarme con ganas de detenerme aquí mismo, levanto las palmas de las manos para declararme inocente—. ¡Era broma, Pete!

Su mujer se ríe y comienza a hablar con él, que me mira todavía un instante más, jurándome con los ojos que me va a arrancar los míos si me atrevo a hacer algo semejante.

Y no, no haría nada así, ni aunque me obligaran a punta de pistola. En este año que llevo viviendo aquí, mi amor por Mist Rachs ha ido aumentando. Siento desde hace tiempo que ya formo parte de todo esto y por primera vez en mi vida soy feliz. Trabajo en el ayuntamiento como administrativo y he alquilado un pequeño piso en Rain Street, a pocos pasos del trabajo. Han sido todos más que amables conmigo, primero por readmitirme en el ayuntamiento, aunque ni loco habría querido volver a mi anterior puesto. Ese mismo día consiguieron un pequeño apartamento para que pudiera instalarme cuando quisiera; forma parte de la vivienda social que pertenece a todo Mist Rachs, un programa que impulsó Marie hace tiempo y al que yo me opuse desde el primer día.

Qué ironías tiene la vida.

El caso es que pago mi renta, la cual repercute directamente al pueblo que ya es mi hogar y siento que por fin pertenezco a una comunidad que me aprecia y a la que yo también aprecio.

No he hecho muchos avances con respecto a mis orígenes. Émilie me mantiene informado de lo que puede, ya que su trabajo parece ser de alto secreto o alguna chorrada parecida. Igual que el de mis padres, aunque no tan hermético. A veces llega a Mist Rachs y me cuenta cosas, pregunta otras, toma nota y… Bueno, no sé aún de dónde o cuándo vengo ni quiénes fueron mis padres, pero según Émilie, está a punto de averiguar algo. Me gustaría que así fuera, aunque si soy sincero, cada vez me importa menos.

Soy tan feliz que el dolor y la frustración por no conocer mis orígenes han pasado a un segundo plano.

Llegamos a la zona del reloj del ayuntamiento, donde Tom nos espera para la quema de la magia de la Navidad pasada, y con ese acto dará comienzo la temporada navideña de este año. Mañana es el encendido de luces y es extraño, pero estoy deseando volver a ver Mist Rachs iluminado por miles de bombillas de colores. Ya está todo preparado y la gente ha estado decorando sus casas y negocios para la ocasión. El árbol de Mistletoe Square luce hermoso a la espera del encendido y el mercadillo de Navidad dará comienzo en pocas horas.

Yo también he decorado mi pequeño piso. Mike y el resto de amigos me han echado una mano; jamás había celebrado la Navidad y no sabía por dónde empezar. En mi casa decían que esas cosas eran para perdedores ilusos y nunca sentí que quisiera vivir esta época hasta que vine a Mist Rachs.

Mi vida es tan diferente ahora que casi no me reconozco ni yo mismo.

—Vamos, que van a dar ya las doce y tenéis que estar todos listos para quemarlo —nos apremia Tom, haciéndonos pasar a todos a la caseta de madera, donde ya hay cerillas y cuencos de sobra para que cada uno quememos el interior de nuestro frasco.

—¿Siempre huele a canela, jengibre y abeto aquí dentro o Philip y Alan están colaborando en algo? —pregunto en alto, haciendo reír a unos cuantos.

Froto mi pelo antes de colocar el interior de mi pequeño frasco en la bandeja y coger una cerilla de las que Tom va repartiendo. Y tengo que pensar bien mi deseo, porque me gustaría tener casa propia en Mist Rachs, saber algo más de mis orígenes, seguir teniendo amistad con toda la gente del pueblo, optar a un ascenso en mi trabajo… Podría pedir el menos factible de todos, con el que vea que tengo menos posibilidades de conseguirlo por mí mismo.

Y, por supuesto, sé cuál voy a pedir.

Froto mis manos por el frío, aunque dentro de la caseta se está mucho mejor. Algunos vamos saliendo al exterior para recibir el inicio de la temporada navideña viendo el reloj dar las campanadas. Llevo en una mano la bandeja con el contenido del frasco y lo prendo con la cerilla mientras todos vamos contando hacia atrás con cada campanada. El contenido navideño del año pasado va convirtiéndose en ceniza mientras recuerdo qué diferente fue todo hace meses y pienso con fuerza en mi deseo para este año.

El olor a naranja, canela, abeto y fuego entre otros asciende en el aire, creando la atmósfera navideña que no nos abandonará en todo el mes de diciembre. Miro a mis vecinos y amigos, que tan bien se han portado conmigo a pesar de todo. Sus ojos ilusionados, la sonrisa en sus labios, las miradas que todos nos dedicamos en un momento que parece trascender de alguna forma hasta convertirse casi en algo irreal y de otro mundo. Puede que sí que estemos haciendo magia, algo rudimentario, simple y primitivo, pero magia al fin y al cabo, o puede que sólo sea un infantil ritual que Mist Rachs conserva simplemente para tener un motivo más para juntarnos

y celebrar algo.

Terminan las campanadas y las bandejas, ya sin llama alguna, son vaciadas en el aire entre aplausos y gritos de emoción. Acaba de comenzar el mes de diciembre y eso en Mist Rachs es algo casi místico que se espera con ilusión durante todo el año. Y yo, en esta ocasión, pienso aprovecharlo. Les he contado a mis padres que me quedaré por aquí para ver si saco algo más de información, porque si les cuento que quiero apuntarme a todos los talleres y concursos que Massie me ha contado que va a haber este año, a lo mejor sospecharían demasiado que algo está pasando.

Siento tantos abrazos de repente que casi me agobio; todavía no me acostumbro a la cantidad de muestras de afecto que los mistrachianos reparten por doquier, pero voy haciendo avances. Y cuando la gente va quitándoseme de encima, veo una sombra acercarse al pueblo desde December Street. Camina con asombrosa decisión a pesar del viento que se acaba de levantar de repente. Los vecinos parece que también se han dado cuenta de que alguien ha llegado a Mist Rachs y se miran entre ellos mientras esperan con paciencia a que llegue quienquiera que camina hacia nosotros.

No puede ser…

Abrigo negro de ante sobre traje oscuro, melena rubia infinita, ojos negros como el carbón y mirada desafiante. Esboza una sonrisa sarcástica, la típica que indica que esa persona cree que está por encima de todo; la misma que yo lucía hasta hace bien poco.

Y me mira fijamente, tanto que siento que me empiezo a marear.

—Paola, ¿qué haces tú aquí? —digo sin querer acercarme siquiera a ella, quedándome al lado de todos los demás, sorprendidos al ver que sé quién es esta persona que acaba de llegar a Mist Rachs.

Y parece incluso alegrarse con el tono confundido con el que le he preguntado aquello, comenzando a hablar.

—Eso iba a preguntarte yo a ti.

[1] Todos los extras estarán incluidos en la edición en tapa dura. En otras ediciones puede que no se incluyan algunos de ellos por limitaciones propias de la misma o circunstancias ajenas a la voluntad de la escritora.